CARLOTA GURT

Los páramos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
XXVI
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
Agradecimientos
Créditos

A vosotros, queridos, que esperáis el diluvio:
Andrea, Míriam, Jordi, Frans

El que tenga sed, venga.

APOCALIPSIS 22:17

XXVI

–Para empezar deberíamos conocernos bien, o mejor dicho: muy bien –dice ella.

–Lo que tú digas. Eres tú la que sabe.

–No te creas, también es mi primera vez. Y para que no haya malentendidos: nada de amor y nada de sexo.

Él la mira horrorizado:

–No, no, claro que no. ¿Cómo has podido pensar que...? Perdona, estoy nervioso. Es que...

–No pasa nada. Venga, disparo yo.

Fuera, llueve.

I

Se llama Ramona.

Son las dos y media de un 24 de diciembre cuando aparca su coche microscópico frente al hotel, entre un Audi y un BMW, en una de las pocas plazas libres que hay. Es un utilitario barato y sucio de color negro, que lleva el sello de su conducción arrebatada: un intermitente trasero agrietado y un rasguño que atraviesa el lateral derecho como una cicatriz.

Dentro del vehículo suena un piano furioso, y las ventanillas subidas no pueden contener la música, que se desborda y llega amortiguada hasta la terraza del bar. Ramona apaga el motor y se queda sentada al volante para terminarse el cigarrillo mientras contempla la espesa niebla. Rodeada de toda esa grisalla glaucomatosa, le parece como si alguien hubiera borrado el mundo con una goma colosal. Fuera de ese hotel y ese aparcamiento, acaso ya nada exista, piensa, tampoco el aeropuerto donde ha dejado a Greta hace unas horas, tampoco Brighton.

Entre el cenicero lleno y la tapicería impregnada de millones de partículas de humo viejo, el olor a tabaco es repulsivo. Cuando el piano toca la última nota, Ramona quita la llave del contacto y apaga el cigarrillo en el montón de colillas. Una rueda por el suelo; no la recoge, sino que hurga en la bolsa de tela raída que hay en el asiento del copiloto hasta que da con un frasquito de colirio. Se echa una gota en cada ojo y parpadea para que el líquido se reparta bien por las córneas. Y ahora sí, por fin, abre la puerta y saca las piernas kilométricas con un gesto casi robotizado, como si fueran piernas

telescópicas desplegándose. Tiene algo insectil, de mantis religiosa mecánica inspeccionando su entorno.

Fuera hace frío y una humedad desagradable. Con cada inspiración, la niebla se le va infiltrando en los pulmones; con cada espiración exhala un poco de humo. Es una pequeña fábrica orgánica de nubes. Después de ponerse un anorak amarillo plátano y cargarse una mochila negra a la espalda, coge una maleta, también amarilla, del maletero y se dirige al hotel.

Tres peldaños. Tres puertas acristaladas bajo arcos de medio punto. Cruza el umbral.

Se sumerge en el gran vestíbulo con ínfulas de templo –el techo es una vidriera que tiñe de azul la sala y le confiere una solemnidad de iglesia; en el centro hay un belén tocado por una luz de ámbar–, y lo primero que ve es el barrigón inmenso del hombre sentado en el sofá de la entrada, si bien, más que un hombre sentado, es un hombre desparramado, dilatado, desperdigado sobre un sofá. Un hombre de mirada dulce con mejillas de bizcocho y pelo color natillas; un hombre buñuelo que le recuerda a aquel actor americano..., ¿cómo se llamaba?, el que murió de una sobredosis. Tenía tres hijos y lo encontraron con una jeringa clavada en el brazo a modo de banderilla. ¿Cómo puede haber olvidado su nombre si le dedicó un episodio del podcast?

Ella (todavía) no lo sabe, pero el hombre a medio derretir se llama Faust, y ahora hace como que se examina las uñas; la ha visto –es imposible no fijarse en ella: el metro ochenta y tres, la turbulencia de la melena negra, la elegancia hipnótica de sus movimientos– y la estudia de reojo mientras ella hace cola. La recepcionista está atendiendo a una pareja de jubilados franceses, *et voilà la clé, le petit-déjeuner est servi de huit heures à dix heures*.

Están en el Parador de Sau. Un edificio tardofranquista construido en lo alto de un cerro con unos balcones que señorean el embalse (siempre que el telón de niebla no oculte el espectáculo). El edificio combina muros de sillería, madera oscura y salas absurdamente altas y espaciosas concebidas para intimidar y aplastar a los visitantes en lugar de acogerlos; es decir, arquitectura prototípica de las dictaduras, que también intimidan y aplastan.

Desbaratado sobre el sofá del vestíbulo, Faust consulta el reloj por tercera vez desde que llegó hace diez minutos (siempre llega demasiado pronto). Mira la hora y acto seguido se pone a buscar el móvil. Se palpa los pantalones, sopesa la chaqueta y revuelve los bolsillos. Se levanta. Lo revisa todo de nuevo. Y tiene la epifanía: lo ha dejado cargando en la mesa de la oficina. Se desploma sobre los cojines (con su peso convendría que fuera más delicado con el mobiliario). De fondo oye la voz grave de ella hablando en catalán, que es la lengua que siempre siempre siempre hablan tanto ella como Faust:

–Ramona. He reservado una habitación individual hace un par de horas.

Habla despacio, como si su aparato fonador no hubiera emitido ningún sonido desde tiempos inmemoriales, pronunciando unas sílabas pesadas que caen a sus pies formando un montoncito de palabras de terciopelo.

–Media pensión, sí.

A la recepcionista no se la oye, habla con sílabas tan livianas que salen volando.

–Dos noches, exacto.

¿Ha venido sola y pasará aquí la Nochebuena?, se extraña Faust, y, como ella está de espaldas, aprovecha para darle un repaso. La combinación de los vaqueros negros con el amarillo del anorak y la maleta le recuerda a una avispa. Y quizá sí que esa mujer aguijonea, porque toda ella es puntiaguda, se ha fijado en cuanto ha entrado: los codos afilados, las rodillas que asoman como pináculos, la nariz prominente esculpida con un solo golpe de cincel, los dedos que parecen agujas de tricotar. Es una mujer hecha de ángulos. Una escultura de Giacometti pintada por Picasso. No como él, que ha salido de un cuadro tópico de Botero.

A Faust no le gustan las mujeres de alambre. Bajo la piel se les intuye demasiado la osamenta. Hacerles el amor debe de ser como acostarse con un esqueleto, piensa, y le da un escalofrío. Aunque eso solo son prejuicios, nunca se ha acostado con una mujer flacucha. De hecho, hace tanto que no está con ninguna mujer que ya casi ni recuerda qué era chupar un pecho, agarrar unas caderas y,

sobre todo, sentirse deseado. Tampoco piensa mucho en ello para no ponerse melancólico.

–¿La 108? ¿No tiene otra? –pregunta ahora Ramona, cerniéndose sobre el mostrador con lentitud de pantera; pese al tono de súplica, Faust percibe una amenaza.

La recepcionista, que se ha encogido un palmo, teclea en el ordenador entre gestos serviles y sílabas voladoras.

–Oh, la 109 es perfecta, muchísimas gracias –dice la mujer puntiaguda con una voz de repente llena de luz.

Mientras la recepcionista teclea, Ramona se saca un cartoncito de la cartera. ¿Parece un rasca y gana? Faust aguza la mirada: sí, sí, es un rasca y gana. En el momento en que la chica le entrega la tarjeta de la habitación, Ramona se agacha, finge recoger algo del suelo y dice:

–Vaya, se le ha debido de caer esto a alguien.

Y le da a la recepcionista el rasca y gana que hace unos segundos ha salido de su propio bolsillo. Después coge la llave de la habitación y se gira de golpe, antes de que Faust tenga tiempo de disimular que la estaba estudiando y que ha visto la inexplicable maniobra con la lotería instantánea. Las miradas chocan. El edificio se tambalea, sobre todo el sofá en el que Faust está sentado. Ramona despliega una sonrisa amable –se diría que posa para un anuncio de seguros–, pero sus ojos son tan negros que no se distingue la pupila. Eso no son ojos, son dos pozos sin fondo incrustados en la cara. Los de él también son redondos, con unas pestañas como rayos de sol, pero ¿son grises, azules, verdes? A Ramona le cuesta distinguirlo desde lejos. Faust baja la vista.

Ella obvia el ascensor y se dirige hacia las escaleras con pasos arácnidos. Cuenta treinta y cuatro peldaños hasta el primer piso. Treinta y cuatro, piensa, la edad que tenía el día de la explosión. Del mismo modo que un golpe seco de martillo bajo la rótula hace que la pierna salte, los números siempre desencadenan asociaciones espontáneas en su cabeza: el doce de la edad en que le vino la menstruación (y la monstruación: fue entonces cuando pegó el estirón); el catorce de los empastes que le hicieron en un solo curso; el veinticinco de los años que tenía cuando se quedó huérfana; el

cincuenta del número de la calle de Barcelona donde ha vivido casi toda su vida; el sesenta de los kilos que pesaba la última vez que se subió a una balanza; y el ciento nueve será, a partir de hoy y para siempre, el número de la Navidad reveladora.

Recorre un largo pasillo enmoquetado con una puerta al fondo. Ahora podría abrirse y que salieran unas gemelas con vestiditos de volantes. Pasa de largo la habitación 108, la que no ha querido, y no puede evitar mirar el número de la puerta con una mezcla de asco y nostalgia. Abre la 109 con la tarjeta. La habitación es asépticamente acogedora: no tiene carácter ni gracia, solo higiene, orden, funcionalidad. Deja el equipaje en una banqueta y sale al balcón.

El muro de niebla apenas le permite ver a unas decenas de metros. Un poco más abajo, a través del velo grisáceo, se adivina una piscina sepultada por la hojarasca que no espera a ningún bañista. A su izquierda, un puñado de pinos con nidos de orugas que parecen cúmulos de niebla atrapados entre las ramas. Desde aquí también ve el aparcamiento lleno. Uno, dos, tres... Veintitrés coches (veintitrés: el número de los golpes de Estado: el de Tejero y el del 23 de marzo de hace mil años en que le dio un guantazo al tipo que la arrinconó en los aseos del Apocalypse; todavía recuerda el corazón en la garganta, hinchado como un globo). Veintitrés coches. ¿Qué hace tanta gente en un hotel en Nochebuena? Le fastidia esa pequeña multitud. La realidad se empeña en privarla de sus fantasías: la panorámica gloriosa sobre el embalse, el hotel de montaña deshabitado, inspirador, terrorífico.

Entonces aparece un coche rojo y se bajan dos tipos, uno calvo y el otro esmirriado. Ella considera si liarse un cigarrillo. Mejor no: le quitará el apetito, y, ya que ha pagado la media pensión, hará bien en aprovecharla. Así que vuelve a entrar y sube la calefacción. El frío y la humedad se le han metido en el cuerpo. Nota un nido de orugas en los pulmones. Hojarasca que le sepulta el cerebro.

Mientras tanto, en el vestíbulo, llegan los compañeros de Faust, dos hombres con vaqueros y forro polar, de una edad similar a la suya y un poco más altos que él (no es difícil ser más alto que Faust). Son, pues, tres hombres en la selva oscura. Y, sin embargo, sonríen. Quizá porque hoy invita la empresa, y eso siempre es

motivo de alegría y garantía de excesos gratuitos (otra botella de vino, un whisky con hielo). O porque al día siguiente empiezan unas pequeñas vacaciones (este año, San Esteban cae en viernes y, como en Cataluña también es festivo, podrán empalmar cuatro días). O quizá porque son amigos. Aunque ¿son amigos o solo lo aparentan? Al saludarse, el calvo le da una palmada en el hombro a Faust con camaradería, y pasan al comedor, donde los sientan a la mesa del rincón, junto a la ventana.

Ramona no tarda mucho en irrumpir en el gran salón, que zumba con un rumor pantagruélico. Gluglú, jaja, chinchín, clinclón. Degluciones, risas, líquidos que llenan copas y bocas que las vacían, tenedores percutiendo la porcelana de la vajilla. Se detiene en la entrada y, mientras espera a que la atiendan, cuenta las mesas ocupadas (quince). Inventariar el mundo le procura un conocimiento más preciso de la vida. Y cierto control.

Los camareros hormiguean entre las mesas con sus uniformes negros, aparecen y desaparecen cargados de platos y bandejas por unas puertas de vaivén. Por fin la atiende el maître, sumisamente jorobado, cadavéricamente lívido. La acomoda en una *mesita* –es el maître, no ella, quien lo dice así, en diminutivo y en castellano– junto a la de los tres hombres, pegada al ventanal que enmarca el paisaje abolido. Ramona se sienta dando la espalda al resto de las mesas; no quiere ver la pequeña multitud enojosa y alegre, ni la gran pintura de estilo próximo al realismo socialista que acapara la pared derecha y que muestra a unos entusiastas campesinos descansando, con una llanura al fondo, junto a unos campos dorados y prometedores; es un misterio por qué lo llaman realismo.

En su ángulo de visión, solo la mesa de Faust y la niebla, que, cuanto más la mira, más densa le parece. La observa. Gris, gris, gris. Recuerda esa vieja serie en la que, al atravesar la niebla, se accedía a una realidad paralela. En medio de toda la grisalla, tal vez ella se ha metido también en una realidad paralela.

El móvil emite una campanada grave. Es un whatsapp. Acabo de aterrizar!, le informa Greta, como siempre en inglés. Ramona duda si responder. Hmm..., no, no le apetece, y apaga el teléfono. El maître macilento enseguida le trae la carta y le hace una exégesis del

funcionamiento de la media pensión. Ramona pide un tinto del Montsant.

Mientras consulta la carta, las voces de la mesa de al lado le llegan a ráfagas. Reunión, dicen, sensor piezométrico, tercera galería. Ella se decide por las croquetas de ibérico y el arroz de montaña con conejo. Se ha olvidado el libro en la habitación y, como no le apetece toquetear el móvil, las únicas opciones son abismarse en la grisura u observar a los tres hombres. El buñuelo está sentado de cara a ella. Tiene el cuello ancho. De toro. Decide bautizarlo como Brauli, porque le remite a toro en catalán: *brau*.

Le gusta poner nombres a los desconocidos, como si no fueran más que personajes en la novela de su vida. Brauli. Es un buen nombre. Por el cuello de toro, y por el diptongo: *au*. Un nombre con algo doloroso dentro. En el mundo real, los nombres casi nunca encajan con sus portadores: hay Maripaces que siempre están dando guerra; o ese miserable del instituto que se llamaba Máximo; la Divina de la carnicería: antipática, estrábica, deprimida. Nuestros nombres son parásitos que tenemos que alimentar toda la vida. Deberíamos cambiarnos el nombre al entrar en una nueva etapa, afirma a menudo en las sobremesas. Todo el mundo está de acuerdo (cuesta no estar de acuerdo con Ramona, siempre tan convincente y segura de sí misma) y enseguida comienza el debate sobre los posibles nombres de cada uno.

A Ramona le gusta llamarse Ramona. De niña, el nombre le quedaba grande y era un recordatorio constante de que no había nacido varón, como sus padres deseaban. Su hermana mayor lleva el nombre de la madre (Isabel), y a ella le tocó el del padre: Ramona. Con los años lo ha hecho suyo y ahora no se lo cambiaría ni loca. Las letras de Ramona contienen Roma y el mar, e incluso el amor, que es otra clase de mar que te embiste y te erosiona. Ramona es un nombre lleno de temporales que pueden ahogarte o arrastrarte hasta la playa y salvarte la vida. Brauli, en cambio, no tiene imperios ni mar ni amor.

Pero entonces el compañero calvo exclama demasiado fuerte (el vino ya empieza a subirles el volumen):

–Anda, Faust, ¡no me jodas!

Faust. Quizá es un nombre aún mejor que Brauli. Está preñado de extrañeza y evocaciones: pactos con el diablo, la arrogante proximidad fonética con *fastuoso*, el significado en alemán: puño. Y también esconde algo doloroso dentro. Au.

En ese momento, Faust se hurga en el bolsillo de la chaqueta y saca un frasco de colirio de la misma marca que el de Ramona. Qué gracia. Ella lo observa instilarse una gota en cada ojo. Es ahora cuando se fija en que Faust lleva una camiseta negra de manga larga. Como ella. Y unos vaqueros gastados. Como ella. Igual con la niebla ha entrado en el otro lado del espejo. Faust se ríe de un chiste del esmirriado, que Ramona no ha oído, y muestra su sonrisa domesticada con el calvario de los aparatos (las llagas, el mal aliento, los besos que se le pudrían dentro porque le daba asco su propia boca); a Ramona no le pusieron aparatos y los colmillos se le montan. Unos dientecitos tan blancos y bien puestos dan ganas de lamerlos, piensa ella; también las perlas se ocultan entre las valvas grotescas de las ostras.

Faust nota la mirada punzante de Ramona clavándosele en las carnes. No le gusta que se fijen en él. Preferiría ser invisible, pero su volumen se lo impide; como es bajito al menos no destaca, gracias a dios, no querría ser alto por nada del mundo: la gente alta como Ramona siempre tiene ojos encima vigilándola. Se amorra a la copa y da un gran trago de vino, cuando el cuerpo del camarero se interpone entre ellos para servir los primeros.

Ramona se abalanza sobre la media ración de croquetas (*croquetitas*). Se sirve más montsant. Sin darse cuenta ya ha vaciado media botella. De ahí debe de venirle el calorcito en la tripa, en el pecho, en las ideas; está llena de una niebla caliente. Ahora el rumor del comedor la serena, la arrulla como si fuera el crepitar de una chimenea que se inflama para combatir el frío que los acorrala tras los ventanales. Le da la impresión de que la niebla es aún más espesa, aún más cercana, que asedia el edificio para intentar colarse por los extractores de la cocina y las juntas de las ventanas. Que quiere borrarlos a todos.

En la mesa de al lado, Faust levanta un bracito –las extremidades cortas y rechonchas le dan un aire tragicómico– y le hace una señal

al camarero para que traiga otra botella. Está intranquilo. No puede dejar de pensar en el teléfono abandonado en la oficina. Siempre tiene que haber alguien de guardia. ¿Y si pasa algo y no lo localizan? Así que devora ansioso la comida. Se acaba el pan de maíz. En los foros de obesos que visita a menudo, ha leído que hay que masticar mucho antes de tragar. Pero el móvil olvidado y el vino y Sugranyes que no para con el rollo del motocross. A Faust, el motocross se la refanfinfla. Y qué narices, que mañana es Navidad: a ver si por un día no podrá comer como le dé la gana. Mastica, traga, mastica, traga. Se ha convertido en una trituradora. Vuelve a levantar el bracito: más pan, más agua, más ansiolíticos calóricos, una de croquetas para compartir (le han dado envidia las de Ramona y teme quedarse con hambre). Y por dentro: no deberías atiborrarte, ¿de qué te quejas después si no paras de engullir como un ogro?, ¿qué te costaría masticar mejor?, cállate de una vez, Faust.

–¿Qué, cómo vas con tus cuadros? ¿Ya se te rifan los museos? –le pregunta el calvo.

Faust duda si contestar. Sospecha que todavía se pitorrean de su exposición en el ayuntamiento de hace nueve años. Se los imagina descojonándose a su costa. ¿Qué puede responder? Nota los ojos de Ramona. Se siente cohibido y a la vez, estúpidamente, quiere atraer su atención. No es que quiera tirarle los tejos; le infunde demasiado respeto, o incluso aprensión. Se siente como un humano insignificante observado por una titánide. No es sexo, es reverencia. Así que alza un poco la voz para que ella lo oiga, buscando ganarse su favor.

–Si pinto no es para hacerme rico, sino para hacerme feliz. ¿Me meto yo con tu motocross?

–¡Venga, ahora no te ofendas!

–Pero sí, la verdad es que voy bien con mis cuadros. Ahora estoy pintando uno que ocupa una pared entera, desde el techo hasta el suelo.

–¿Y no te cansarás de ver siempre lo mismo?

Y el esmirriado, que hasta ese momento casi no ha abierto la boca, se suma:

–¿Qué has pintado, una tía en pelotas? –Y estalla en una

carcajada grosera, igual que el calvo.

–Agua. Pinto agua.

Faust piensa en los vídeos guarros que esos dos se mandan día sí día también (mamadas a tutiplén, un pastor alemán montando a una jadeante tetuda, enculamientos por sorpresa, etcétera: la tediosa retórica de la dominación). Él ya no los recibe; tuvo que suplicarles durante semanas para que dejaran de mandárselos. Se compadece del hijo del esmirriado, que se criará con un padre así, un padre con una máscara de ternura que a media mañana le regatea mamadas a la prostituta de la curva.

–Estás como una chota, jefe.

–Vaya que sí –interviene el calvo–. ¿No te basta con el agua que ves todo el santo día?

Pero ya llegan los segundos; para Ramona, el mismo arroz especiado (*arrocito*) que Faust se ha zampado de primero. Y sumidos en la nebulosa del alcohol, se despeñan por los minutos, ruedan cuesta abajo con los estómagos dilatados, llenos de jugos gástricos y comida triturada teñida del carmesí del vino, todo girando como el tambor de una lavadora, ruedan y ruedan hasta los postres, un gran bol de espuma de crema catalana para cada uno, que se añade al bombo estomacal, y el camarero ya trae cafés y copas a la mesa de los hombres. Brindan, colorados, y el calvo vocifera:

–¡Joder, Faust, antes de irte márcate el discurso de Stallone!

–No, el otro, el de Al Pacino –se mete el esmirriado.

–Pero bueno, ¡sois la leche! ¿Otra vez? –les dice para hacerse de rogar, pero los otros dos, venga, tío, haznos ese regalo de Navidad, y él acaba cediendo. Entonces, Ramona observa fascinada cómo se le transfigura la cara; ahora tiene los rasgos más angulosos y se le ha endurecido la mirada. Faust clava los ojos en el calvo y dice con voz solemne–: El mundo no es todo alegría y color. Es un lugar terrible, y, por muy duro que seas, es capaz de arrodillarte a golpes y tenerte sometido permanentemente si no se lo impides. Ni tú ni yo ni nadie golpea más fuerte que la vida, pero no importa lo fuerte que golpeas, sino lo fuerte que pueden golpearte. Y lo aguantas

mientras avanzas. Hay que soportar sin dejar de... –A Faust se le escapa la risa y se detiene.

–Tío, deberías ser actor –le dice el canijo–. ¡Es que incluso te cambia la cara!

Y los dos ya se levantan para marcharse. Que feliz Navidad y feliz año nuevo y nos vemos el lunes. Eso vosotros, que yo no vuelvo hasta el año que viene, dice el calvo. Son las cuatro pasadas.

Faust se queda solo. Tiene otra vez la expresión afable de antes. Después de pagar, mientras revisa la cuenta, se le acerca una pareja. Ramona observa cómo se saludan con la farsa de quienes apenas se conocen: apretón de manos firme para el hombre, dos besos que sobrevuelan las mejillas para la mujer, sonrisas de cristal, todo ejecutado con el típico afán humano de hacerse pasar por una persona normal y agradable a cualquier precio, el afán de disimular las pequeñas taras con las que todos cargamos; la farsa en la que los comoestás no son una pregunta, sino el santo y seña de las apariencias. Ramona no oye qué dice el recién llegado, una caricatura de hombre: testa bulboide, napia gibosa como planchada e inmensa sonrisa con incisivos de castor. A veces la gente parece genuinamente feliz.

Cuando se dispone a salir a fumar, los desconocidos se despiden de Faust y se van. Ella apura la copa (la botella está vacía) y entonces ve cómo lo hace: Faust se pone la chaqueta, se guarda la cuenta y, al pasar junto a la mesa de atrás, ya sin comensales, birla la trufa de chocolate que ha quedado abandonada en un platito y se la mete en la boca. Mira a ambos lados, buscando posibles testigos del hurto, y se encuentra con los pozos de petróleo de Ramona y la sonrisa vampírica de Ramona y la sorna o la empatía, o ambas cosas a la vez, de Ramona y el metro ochenta de Ramona y todos los ángulos y los pinchos y los aguijones de Ramona. Por eso se apresura hacia la puerta con un aire chaplinesco: las piernas cortas, los pasitos rápidos, las mangas holgadas de la chaqueta.

Ella sale a la terraza y se lía un cigarrillo con los dedos de alambre. Enseguida aparece Faust por la puerta principal y se mete en un todoterreno de la Agencia Catalana del Agua. Ramona no le quita ojo. Enciende el cigarrillo y, mientras el humo apestoso le

ennegrece los pulmones, Faust maniobra con el coche y mira una última vez a la viajera ante el mar de niebla.

La grisalla se traga el todoterreno sin masticar. Tardarán seis meses en hablar por primera vez.

Después de doce caladas, Ramona aplasta la colilla con la punta de la zapatilla y entra en el comedor para firmar la cuenta que le han dejado sobre la mesa. Estampa una firma grande y llena de volutas, el borrador de una orquídea. Coge su bolsa raída y sale del comedor.

A veces un hecho incidental, una coincidencia fugaz y sin palabras, puede cambiar la trayectoria de un mundo. O de dos.

II

Con el vino, los movimientos de Ramona se demoran aún más. Avanza por el pasillo que desemboca en el vestíbulo del hotel con una lentitud subacuática. Tiene la sensación de que la gravedad de la Tierra se ha alterado o de que camina por otro planeta. Y quizá sí que allí, en ese hotel, está en una galaxia que no es la suya. La galaxia de la niebla que te obliga a mirar adentro porque no te deja mirar afuera. Allí no pesa sesenta kilos, sino al menos ciento veinte. Por culpa de la nueva gravedad (y, sobre todo, del vino), articular los pasos se convierte en una tarea mastodóntica. Una tarea de animal extinto. Los mastodontes, piensa, ¿son lo mismo que los mamuts? Y se detiene allí mismo, bloqueando el paso: ni repara en la pareja alemana que tiene que arrimarse a la pared para poder pasar. Saca el teléfono para comprobar si mamuts y mastodontes son lo mismo o no. Desliza el dedo por la pantalla del oráculo que tiene todas las respuestas, aunque no siempre sean ciertas. Y resulta que no, que no son lo mismo. Mamuts, mastodontes, elefantes, paquidermos: la taxonomía, un granito más de ese delirio de control tan humano.

¿Se puede saber qué hace en medio del pasillo como un pasmarote? Se ríe sola. Le vienen a la cabeza los elefantes de Dalí con las patas filamentosas que vio hace poco en el castillo de Púbol. Y sigue andando con sus finísimas patas de plomo.

Una vez en el vestíbulo, ve un montón de paneles con textos y fotos. Se acerca. No tiene ninguna prisa por encerrarse en la habitación, igual que no tiene ninguna prisa por volver a casa; no tiene nada que hacer; no tiene adónde ir (¿adónde vas a ir la tarde de Nochebuena?); ni siquiera tiene mucho que mirar: el paisaje se

obstina en no emerger de la niebla; nada que mirar, salvo que se dedique a mirar hacia adentro, claro, pero se resiste a la introspección, demasiados laberintos sin salida: entras en bucles y luego hay que sudar la gota gorda para escapar de la cinta de Moebius de ti mismo. Además, lo cierto es que sí tiene cosas que hacer, pero la pereza pesa demasiado. Una pereza paquidérmica, mamútica, elefantiásica. De modo que decide entretenerse con los paneles de propaganda, más interesada en descubrir lo que omiten que lo que explican. Al fin y al cabo, ¿no es precisamente esa la esencia de su trabajo como socióloga, podcastera y articulista: sacar a la luz los patrones ocultos y evidenciar lo que como sociedad nos ocultamos a nosotros mismos?

En los paneles lee que la idea de los paradores la proyectaron en 1910, si bien el primero, en Gredos (¿dónde cojones está Gredos? El oráculo responde: en Ávila), no se inauguró hasta 1928, con el beneplácito de Alfonso XIII.

No lee que la gran expansión de los paradores se produjo durante la época franquista. La verdad es que Franco no aparece en ninguna de las fotos ni de los textos de los paneles, tal vez nunca puso un pie allí; Fraga sí que sale: joven y sonriente, imbuido de la inquietante ufanía de la derecha. Los paneles tampoco mencionan, claro, que cuando Alfonso XIII no estaba eligiendo ubicaciones para hoteles se dedicaba a seleccionar prostitutas del barrio chino de Barcelona para rodar sus fantasías sexuales y engrosar su colección privada de porno. No lee que hay paradores con un pasado espeluznante, por ejemplo, el de San Marcos, en León, que albergó un campo de concentración franquista, o el de Alcalá de Henares, que fue una prisión donde se practicaron torturas. Todo eso lo sabe porque hace años, cuando todavía no tenía las piernas llenas de cicatrices, pero faltaba poco para que aparecieran, se alojó dos noches en el Parador de León con Carmel y, entre bostezo y bostezo, o entre orgasmo y orgasmo, que en aquella época venían a ser lo mismo, buscó qué narices eran los paradores, mientras desde el baño le llegaba la voz de Carmel que decía: Tú sí que eres una leona, y entonces soltaba una carcajada; él siempre se tronchaba con sus propias bromas, pero nunca con las de los demás. Ramona

también le reía los chistes por cortesía. Ahora se avergüenza. Fue allí donde aprendió todo lo que sabe sobre la industria turística franquista.

Los paneles sí que explican que el parador abrió sus puertas en 1972, siete años después de la inauguración de la presa de Sau, y que trajo consigo mejoras importantes en el territorio: la construcción de la carretera, la restauración del monasterio de Sant Pere de Casserres, la llegada de la electricidad. Y lo repite: la llegada de la electricidad; podría dedicar un episodio del podcast a la electricidad como fenómeno social –«Antropología de la luz», podría titularlo–, aunque considera que seguimos viviendo a oscuras. Y le vuelve la imagen de su docilidad con Carmel: también ella vivía a oscuras. Sigue leyendo para no tener que recordar. Recordar no sirve de nada.

La ubicación se eligió por la magnífica vista sobre el pantano que se aprecia en las fotos: el pequeño mar entre las montañas que hoy la niebla ha eclipsado. En medio del agua, se ve una motita: podría ser una miga de pan –los críos siempre lo pringan todo con esas manos tan sucias–, pero no es una miga, sino la punta del campanario que se resiste a sumergirse.

Los paneles no dicen nada de la presa. No hablan de las expropiaciones abusivas para vaciar el pueblo de Sant Romà, condenado a morir ahogado, ni mencionan a los trabajadores que la construyeron, al principio presos, ni las condiciones paupérrimas en que vivían. Todo eso se lo cuenta el móvil. Pero las imágenes de León se empeñan en volver, Tú sí que eres una leona, cenar en aquel comedor con cuadros tenebrosos de caballeros y eclesiásticos fue como cenar ante un tribunal de la Inquisición. Qué tontería estar pensando en eso ahora, después de tantos años, ahora que ya todo está medio borrado. Bendita niebla del olvido. Sonríe.

Al terminar la ronda de los paneles, curiosea las salas. Más sofás y sillones (en total, seis sofás y diecinueve sillones); platitos con polvorones y turrón duro, también bolsitas de almendras: se mete tres en el bolsillo; una chimenea enorme pero apagada. No se ve leña por ninguna parte. Le hace una foto y la guarda en la carpeta mental de chimeneas y dictadores, donde hará compañía a la foto de

la imponente chimenea de mármol que Mussolini le regaló a Hitler para el Nido del Águila y a la extravagante chimenea del baño de Gala en el castillo de Púbol, porque a su manera también ella fue una dictadora. Quizá podría armar un artículo con todo eso; cada día le resulta más difícil encontrar temas, sobre todo porque es incapaz de hablar de cosas que la dejen fría; todo le parecen repeticiones, ideas gastadas; todo es una regurgitación que le deja un regusto amargo; el guiñol de escribir artículos: como si con menos de cuatro mil caracteres fuera posible tratar algo con la profundidad suficiente. Menuda pantomima. Le pagan para ocupar espacio en los periódicos y minutos en la radio, vive de decorar las raquíticas secciones de ensayo en catalán de las librerías, se gana la vida como relleno de tertulias que pasan de una degustación de chocolate a la conmemoración de la liberación de Auschwitz. Le pagan para ocupar, para decorar, para rellenar. Las palabras que dice y escribe solo tienen finalidad ornamental. Le pagan, y les da igual con qué llene y decore el vacío. Le pagan para eludir el silencio.

Quisiera dedicarse a otra cosa. Pero ¿a qué? ¿Qué puede hacer si no sabe hacer nada más que filigranas de ideas y palabras, si eso es lo único que ha hecho toda su vida? A los veinte, cuando tenía el mundo rendido a sus pies y estudiaba audiovisual, soñaba con dirigir documentales. ¿Por qué no lo hizo? Porque siempre ha sido una holgazana. O una cobarde. O las dos cosas.

Se arrellana en un sofá, delante de la chimenea apagada. Si no la encienden en diciembre, es que no la encienden nunca. Podrían poner una llamarada de gas con troncos ignífugos de cartón piedra, o un pantallote con un fuego de Netflix. Puede que ella también sea eso: una chimenea apagada donde todos ven las llamas de un fuego falsificado.

¿Y ahora qué? ¿Una siesta? ¿Recluirse en la habitación? ¿Tomarse un gin-tonic, otro cigarrillo, un porro? El ansia y la parálisis. ¿Por qué ha venido? Oye que le llega otro mensaje de Greta que tampoco responderá, ni siquiera lo lee. ¿Ahora qué-qué-qué? ¿Salir a pasear por un paisaje sin contornos ni sombras ni horizonte? ¿Trabajar?

Estética y masacre, piensa entonces. Es un buen título. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Dos meses o tres? Acordaron que lo entregaría en

marzo, de eso sí se acuerda. Pero ¿qué día, el 1 o el 31? Tendrá que consultarlo; ese plazo es un aviso de bomba y le va a estallar en las narices si no se apura un poco. O más que apurarse: si no renegocia el plazo, si no se pone a trabajar de una vez, si no se cambia el cerebro o se inocula una dosis de ilusión.

Estética y masacre. Ya pensará en eso mañana. Ahora las ideas le naufragan por el océano de vino tinto. Greta, la chimenea, el mármol de Mussolini, violencia, nadie golpea más fuerte que la vida, totalitarismo y masacre, los obesos que se extirpan un trozo de estómago también son estética y masacre, Faust al robar la trufa. Pero ¿era tan obeso o su imaginación le magnifica las carnes? Vuelve a ver la primera imagen al entrar en el hotel: el hombre desparramado en el sofá. Las pestañas como rayos de sol. El colirio. Pintura de agua. La trufa y la huida. ¿Quién será?

Cierra los ojos y, en lugar de darle vueltas al ensayo que tarde o temprano (más temprano que tarde) debería escribir, en vez de responder a Greta o, al menos, de afrontar las razones por las que no quiere responderle, se sumerge en fabulaciones sobre un hombre que no conoce y que, de hecho, tampoco tiene nada especial ni memorable, si bien le despierta un sentimiento raro en ella: ternura. Por más que los plazos y las obligaciones le encadenen las muñecas y las piernas, por más que esté a punto de ahogarse, siempre encuentra el modo de liberarse y salir a respirar. Haciendo trampas, claro, como todos los escapistas.

Y ahí, con los ojos cerrados, repantigada en un sofá beis delante de una chimenea apagada, imagina a Faust entrando en la estación de Atocha cargado con una mochila y el sudor resbalándole por la frente. Es un 23 de junio asquerosamente canicular. Veintitrés, sí, el número de los golpes de Estado.

Faust mira la hora. Parece desorientado. Vuelve a mirar el reloj. Abajo, entre los locales comerciales, se extiende una incongruente selva tropical. Sus ojos examinan el hangar buscando las pantallas de información. Cuando las encuentra, se acerca: Barcelona, vía 11.

En las axilas, los estigmas de la transpiración se van expandiendo y forman grandes ronchas; hace un calor demoledor. Madrid se ha transformado en un gran crematorio, seguramente la península

entera también. Él no es el único que suda. Pero sí de los que más sudan. Como siempre. Inspirar, espirar, transpirar: la historia de su vida.

Es verano. Empieza la conspiración.

III

Faust se une a la cola de los controles. No está acostumbrado a las colas. Donde vive no suele haberlas, más allá de las tres personas que se acumulan en la panadería cuando Josep tiene palique o ganas de discutir. Sin embargo, abajo, en la presa, sí que se forman colas, sobre todo los fines de semana: ristras de coches cargados de cafres que vienen a disfrutar de las vistas del pantano moribundo. Se sacan fotos y graban vídeos posando alegres con la catástrofe de fondo para instagramearlos, tuitearlos, tiktokearlos, desbarrarlos. A veces, a causa de la avalancha de carroñeros motorizados, incluso tienen que cerrar los accesos. Entonces se indignan, gruñen, braman. Esa es la única cola que conoce; por eso ahora, allí en Atocha, en medio de la hilera de humanos que avanza muda y lenta como una comitiva fúnebre teñida de los grises y los azul marino predominantes entre los trajes de los viajeros, se siente fuera de lugar.

Es la segunda vez que coge un tren de alta velocidad –la primera fue hace tres días– y le sorprenden los protocolos. Parece más un aeropuerto que una estación ferroviaria. Controles, escáner, billete, personal uniformado. O el acceso a una prisión. Y puede que el tren sea una prisión temporal en movimiento, piensa. Te obligan a compartir espacio vital con los demás cautivos y no puedes salir hasta que no has cumplido el tiempo de condena que establece el trayecto. En su caso, ciento sesenta y cinco minutos. Una condena bastante razonable, sobre todo porque viaja con la tarifa Infinita Bistró, que le garantiza una comida decente a bordo; decente dentro de los límites del rancho penitenciario, claro. La «experiencia

gastronómica» incluida en la Infinita Bistró le sonó prometedora, igual que el asiento Gran Confort XL, imprescindible para su cuerpo también XL. Qué engorro y qué bochorno no caber en el asiento y notar los muslos derramándose por los costados, o, peor aún, invadiendo el espacio del pasajero de al lado sin poder evitarlo; y aquí ya empieza a resonar la voz de la doctora Moreno dentro de su cabeza. Infinita Bistró, vuelve a leer en el billete impreso. Qué carajo, para un día que tiene los gastos pagados, habrá que aprovecharlo.

Tras pasar los controles se dirige al andén, donde ya le espera un tren largo y rojo con el morro afilado como la punta de un lápiz. Un gran lápiz rojo para señalarle los errores de la vida del mismo modo que de niño le corregían los dictados y se los devolvían hechos un Pollock.

El lateral de los vagones lleva estampada la marca de la compañía: iryo. ir-yo-Yo-YO, piensa Faust, hastiado del solipsismo que infesta el mundo contemporáneo. Se imagina la reunión donde se inventó (excretó) el nombre de la marca y a los responsables de comunicación pavoneándose por haber dado con un hallazgo tan meritorio. Y cuando ya lo han decidido, uno que eructa la gilipollez definitiva: «¡En minúscula!», porque la letra pequeña resulta menos altiva, más cercana, más de ir contra las normas «absurdas», como las ortográficas, y alguien refunfuña: Ya me dirás para qué necesitamos los acentos, y alguien más: El inglés no tiene y se entienden igual, e incluso: ¿Para qué queremos las haches y qué sentido tienen las mayúsculas si no es reflejar las repugnantes jerarquías del mundo? Sí, sí, eso mismo: las mayúsculas son un vestigio clasista. iryo.

Con lo fácil que era: Vamos.

Llega a su vagón. El hombre de gris que en ese momento está subiendo se gira para acompañar mejor la maletita de ruedas que arrastra y, cuando sus ojillos negros se topan con los dos océanos de Faust, le sonríe con una boca cavernosa sin labios, una boca de sapo, o no del todo, ¿de morena?, tampoco, es más bien de tiburón, sí, los ojillos separados le recuerdan a un pez sin conciencia. Aunque los tiburones no tienen bigote y él sí: uno tan fino y recto que se

diría que lo ha trazado con una regla. Un tiburón, pero no del todo. ¿A quién o a qué le recuerda? En todo caso, diría que ya ha visto antes esa cara, y no es solo la cara, también el cuerpo tiene una constitución única y familiar: se curva hacia atrás para agarrar la maleta con una flexibilidad más propia de un muñeco de goma que de un ser de carne –da la impresión de que los huesos se le doblan–, todo él es larguirucho, pero con un vientre desproporcionadamente hinchado, como el de un pez muerto desde hace días.

Mientras el hombre pisciforme se escurre hacia el interior del vagón, Faust cruza la puerta de lo que (cree) va a ser su calabozo durante los próximos ciento sesenta y cinco minutos. Como cabe por los pelos, la doctora Moreno retoma de nuevo el sermón dentro de su cabeza, y Faust le replica: si él justo acaba de entrar en la categoría de obeso, hasta podría ser que durante los tres días en Madrid hubiera perdido unos kilos gracias a los nervios y ya volviera a estar en la franja de preobeso. De hecho, es imposible: tendría que perder quince kilos para volver a ser felizmente preobeso, pero Faust necesita engañarse.

Busca su butaca Gran Confort XL. Descarga la mochila y se deja caer en el asiento. Todavía faltan diez minutos para que la prisión se ponga en marcha. Al otro lado se sienta una mujer rubicunda (con el calorazo, la inevitable piel colorada y reluciente de sudor, igual que él), rumbosa (el rojo sangre de las uñas, los labios naranjas, el vestido amarillo con estampado de cocos y piñas), rubensiana (la asociación con el pintor es inevitable: no hace ni dos horas que ha contemplado sus ninfas en el Prado, aunque las roscas de los brazos y los muslos de esa mujer son aún más rollizas y tersas que las de las musas flamencas). ¿Preobesa u obesa?, se pregunta Faust un poco fastidiado al darse cuenta de que se le ha contagiado la perspectiva desde la que la doctora Moreno mira el mundo. Decide que sin duda la mujer ya ha entrado en la segunda franja. ¿También ella tendrá una doctora Moreno o se aceptará tal como es? Pero, aunque acepte su cuerpo no normativo, seguro que le duelen las rodillas y la espalda, seguro que debe de dormir mal, seguro que debe de faltarle la energía. ¿Le dará pavor pesarse, como a él?

Un par de filas más adelante está sentado el hombre de goma, de cara a él; qué desasosegante, tener ese rostro escuálido enfrente durante todo el trayecto. Más allá, dos asiáticas –la caída de guillotina de las melenas es inconfundible– colocan las maletas en el portaequipajes. ¿En Japón hay obesos, aparte de los luchadores de sumo? Googlea «obesidad japon». El dios de bolsillo le dice que es el país desarrollado con la tasa más baja de obesidad. Allí, la doctora Moreno se moriría de hambre. La idea le divierte.

Por la ventana de la celda observa el andén vacío y la aglomeración de vías. Enseguida llegarán más trenes y arrojarán a los pasajeros a la ciudad como un enjambre de espermatozoides ávidos de fecundarla. No hay ningún banco para descansar, solo papeleras grises, losas grises, columnas grises, aquí y allá una pincelada blanca; una niebla hecha de cemento, metal y vidrio que no permite ver lo que la civilización esconde.

Tenía pensado aprovechar el trayecto para leer y ahora no le apetece. Si se hubiera traído el portátil, podría ver una película, pero no lo lleva y respeta demasiado el cine para profanarlo con la pantallita; ver una película con el móvil es peor que comerse un guiso de oca con nabos en un urinario público. Ni libro ni película. La verdad es que ahora todo se le hace una montaña. O una piedra como la que empujaba el Sísifo de Tiziano en la sala 27 del Prado.

¿Cómo podría ponerse a leer si los cuadros que ha visto le han descoyuntado las ideas y ahora todo lo piensa y lo ve con la mirada pictóricamente distorsionada? Un pequeño rebaño de ejecutivos se apresura por el andén y él solo ve un detalle más del tríptico del Bosco que por poco le hace perder el tren, y que el guardia de seguridad no le ha dejado fotografiar. El museo, la gran prisión del arte. Controles, escáner, tiquet, personal uniformado. No te acerques demasiado o saltará la alarma. No hagas fotos porque ni siquiera la imagen de los reclusos puede escapar de entre estos muros. Así que allí en el andén no ve ejecutivos, sino unas figuras medio humanas medio animales: cabezas de ciervo, torsos de topo, pinzones monstruosos que engullen hombres enteros. Si ahora se pusiera a leer, las letras no serían más que trazos sin sentido, bandadas de pájaros vistas a lo lejos.

El tren se pone en marcha y sale de la estación como un gran gusano que emerge de la tierra y que, deslumbrado por la blancura implacable del sol, se arrastra a ciegas, haciendo zigzags entre descampados y bloques de pisos donde los madrileños se encarcelan todas las tardes, encadenados a sus trabajos, a sus matrimonios, a sus frustraciones. A derecha e izquierda se despliegan una multitud de vías; ¿diez, quince?, pierde la cuenta cada vez. Quizá van a lugares mejores, a prisiones con vistas al mar equipadas con aire acondicionado.

Otro convoy de vagones blancos avanza por la vía contigua, cien metros por delante del suyo, y le entran unas ganas pueriles de alcanzarlo, como si aquello fuera una carrera y pudiera ganarla (él, que nunca ha ganado ninguna carrera, ni siquiera en el colegio, y que no ganará ninguna, porque enseguida le entra el ahogo y tiene que encomendarse al ventolín). Ahora, sin embargo, cabalgando el iryo, le parece factible alcanzar el tren de delante. Faust piensa que ese tren es como el futuro, que siempre va por delante de ti y es inalcanzable, porque o bien nunca llegas a él, o bien en el instante mismo en que lo tocas se te marchita entre los dedos y se convierte en pasado. El presente es tan ínfimo que no existe, solo hay futuros transformándose inexorablemente en polvo. Y Faust empieza a temer que, ahora que ya lo tiene a tiro, aparezca una bifurcación y su futuro huya hacia Andalucía, o, peor aún, hacia Valencia, igual que ese otro futuro con Joana que lo abandonó hace tres años. Él solo quiere saber qué es ganar una carrera, conquistar un futuro. Pero de pronto su iryo acelera y deja el futuro atrás, sin apenas tiempo de verlo. Habrá que esperar otro.

Huérfano de futuro, pues, se fija en los muros que pasan de largo; no tienen ni un palmo limpio, hasta la más mínima superficie está cubierta por el liquen de los ignorados: grafitis, tags, garabatos. Base de Mantenimiento de Cerro Negro, reza un cartel, y por los extremos de una larga cochera asoman cabezas de gusanos ferroviarios que ya no van a ninguna parte. Cuántos futuros detenidos, esperando una reparación.

Más allá de los muros, solo un paisaje planchado y sin arrugas que le aburre, así que saca el móvil y se pone a leer el periódico,

aunque, más que leerlo, lo que hace es desplazarse hacia abajo por la página inicial, mirando las fotos y algunos titulares, que solo le corroboran la grosería del mundo. Los eructos de los políticos, las flatulencias de la actualidad internacional, la cultura estupefaciente, la narcosis del fútbol. Hasta que ve la foto y, al instante, el índice que desplazaba la pantalla se petrifica ante los ojos de Medusa.

Faust mira un segundo por la ventana para asegurarse de que sigue en el mundo real y que lo que acaba de ver no es una alucinación. El paisaje quemado por el fuego blanco del sol se extiende hasta el horizonte anómalamente lejano.

Vuelve los ojos a la pantalla: la melena turbulenta, el codo tan afilado que podría pinchar un neumático de tractor, los dedos finos como patas de araña. Y en el titular de la entrevista encuentra ese mismo nombre horrible y sexy (no es capaz de decidirse) que oyó hace seis meses, el día de Nochebuena. Ramona.

IV

Unas campanas se arrancan a tocar una sinfonía caótica, se encabalgan alegres, ahora una se detiene y otra las adelanta a todas, como chiquillos de cobre precipitándose cuesta abajo por la escalinata del colegio el primer día de vacaciones. Es el móvil de Ramona. Esa música la sustrae de las fantasías fáusticas y, como siempre, la transporta a las calles empedradas del pueblo de su madre y a la felicidad sencilla que sentía cuando el tañido de las campanas la empujaba a correr porque sí hasta que se elevaba y planeaba sobre los adoquines. Su teléfono no es solo un oráculo, también es una máquina del tiempo.

Repantigada en el sofá beis, medio aturdida por la modorra y el vino que todavía le corre por dentro, abre los ojos y se incorpora un poco. No sabe cuánto tiempo lleva ahí sentada, podrían haber pasado cinco minutos o trescientos. La luz que entra por la puerta acristalada de la sala no le da ninguna pista; el filtro de la niebla uniformiza todas las horas. Se saca el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y mira la pantalla. Greta.

Acerca el índice a la pantalla para aceptar la llamada, pero se detiene a un centímetro. En su cerebro se libra una batalla de razones para determinar si es oportuno coger el teléfono o no. Las fuerzas están demasiado igualadas para que la lucha pueda resolverse rápido. Y las campanas callan de golpe.

Le ha entrado frío y las articulaciones se le han agarrotado, así que se levanta con un crujido de rodillas y, ahora sí, el índice toca el botoncito verde de la pantalla. Llamar. Y se pasea de punta a punta de la sala, de la pared del fondo hasta la chimenea apagada, arriba

y abajo entre los sofás, imaginándose que raja la tapicería de los sillones con una navaja de marfil, ¡zas!, recreándose en la idea de destripar los cojines con el filo de un cuchillo, ¡zas!, y entonces una fiesta de copos de espuma blanca.

Greta lo coge enseguida y exclama británicamente, con una jovialidad excesiva. Ramona le devuelve el saludo con el mismo entusiasmo que una pared de frontón devuelve las pelotas. Pero Greta no se desinfla y se lanza a contarle –en inglés, siempre en inglés– anécdotas del viaje: la conversación soporífera (*yawny*) sobre la resaca del Brexit con el pasajero del asiento de al lado; el frío (*chill*) de Brighton, que como todos los años la sorprende porque su cuerpo lo ha olvidado después de un trienio viviendo en el clima suave (*mild*) del Mediterráneo. «No volvería a vivir aquí ni aunque me matasen, Ram.» Ninguna de las dos recuerda cuándo ni por qué la empezó a llamar Ram (en inglés, un *ram* es un carnero, es decir, el macho de la oveja que se explota como semental). Que Myles está tan cambiado que no lo reconoce, dice, y a continuación algo que Ramona no acaba de pillar sobre renacuajos y ranas; y los abrazos de sus padres, «como si volviera de la guerra, Ram».

Ramona se ríe cuando se espera de ella que se ría, aunque solo la escucha a medias. Ha dejado atrás los sofás mentalmente destripados y se ha dirigido al vestíbulo catedralicio del hotel. Se detiene delante de una vitrina donde exponen las baratijas corporativas que tienen a la venta: vasos, dedales, corbatas, sacacorchos, todo estampado con el logo de Paradores (una especie de frontispicio con bolitas en los vértices).

–¿Y tú qué has hecho? –pregunta Greta para intentar penetrar en el silencio de Ramona.

Ella podría hablarle del cambio de planes, de la improvisación del parador, del motivo por el que ha acabado ahí, asediada por la niebla, y entonces contraatacaría con sus propias anécdotas: el número de habitación –«Demasiadas casualidades: ya te digo yo que el mundo no es real»–, Faust, la chimenea apagada. Y las dos se reirían, porque Ramona tiene gracia y mala leche, o porque Greta es de risa fácil, pero sobre todo porque reír es una de las cosas que mejor saben hacer juntas, incluso cuando no les apetece; de hecho,

reír es casi lo único que les queda. O podría confesarle la verdad: que, gracias a la botella de vino que se ha bebido, está ungida de pies a cabeza con el aceite de la indiferencia que hace que todo le resbale: el trabajo, los plazos, la perspectiva de los mensajes de Isabel, que la apuñalarán como todas las Navidades; incluso le resbalan Greta y su reincidente actitud cobarde y pueril con la familia de Brighton. Pero solo dice:

–Nada, he vuelto a casa, he trabajado un par de horas y ahora leeré un rato.

–¿Todo bien? –le pregunta Greta.

–Claro que sí, superbién. Solo que no tengo nada que contar, aparte de que al vecino se le han vuelto a caer los calzoncillos de limones a nuestra terraza. Al final voy a pensar que se me está insinuando.

Greta ríe, y después de un breve silencio:

–¡Uau!, ahora mismo está pasando una bandada de estorninos. Tendrías que verlos.

El detalle de los estorninos hace sospechar a Ramona que Greta ha preferido salir a la calle para llamarla, o acaso al jardín (si es que lo tienen), no sea que esos padres que la abrazan con tanto amor y tanta ansia la oigan hablar con la novia de Barcelona, de quien no quieren saber nada.

–Pues a ver cuándo me llevas contigo –le dice Ramona mientras evoca los movimientos de los estorninos, que ha contemplado decenas de veces en Cataluña. Pajaritos que de lejos parecen una nube de moscas que dibujan ballenas o corazones al dilatarse y contraerse.

–Son miles de pájaros y se mueven todos a una –continúa Greta, eludiendo la insinuación de Ramona. Debe de creer que solo hay estorninos en Brighton. Ese es el problema de los expats: que no ven más allá de sus narices.

–Ajá.

–Bueno, nada, solo quería hablar contigo un rato. Ahora llegan Marge y tía Susan. –Se aparta un poco del micrófono y grita: Hola, un segundo, voy enseguida–. Te llamo mañana por la mañana, ¿vale?

Ramona interpreta (¿sobreinterpreta?) que Greta le está pidiendo que no la llame, que ya la llamará ella para evitar que su llamada llegue en un momento inoportuno, no vaya a ser que la pantalla del móvil se encienda y vibre con su nombre de semental, boicoteando la placidez familiar del día de Navidad y estropeándoles el Christmas roast.

–Perfecto, hasta mañana, pues.

–Te echo de menos –dice Greta.

–Yo también –responde Ramona, aunque no, no la echa de menos. Quizá está demasiado cabreada con ella para poder echarla de menos. O quizá ha apurado demasiado el cántaro de la añoranza y ya solo queda un poso agrio y arenoso.

Todavía está delante de la vitrina de baratijas; ahora se fija en un peluche blanco con sonrisa malévola y mirada bizca. Es antropomórfico –cuatro extremidades y una cabeza–, aunque no tiene pies ni manos ni nariz. ¿Representa un muñeco de nieve con piernas y brazos? Es feo, feo de cojones. Debe de ser por eso que le gusta, porque encarna una contradicción (y es en las contradicciones donde se oculta la verdadera naturaleza del mundo): el peluche que en lugar de dar compañía da miedo; que, en lugar de consolar, inquieta. Esa es precisamente la tesis de *Estética y masacre*: la contradicción de los nuevos ideales de belleza, que no son hermosos sino terroríficos, y que exigen mutilar el cuerpo para hacerlo más bello. Podría empezar el ensayo hablando del peluche espantoso. Mira el precio: 29 euros, qué locura; 29, el crac, el cumpleaños de Carmel, la edad que tenía ella cuando se fueron a vivir juntos. Podría comprárselo y tenerlo sobre el escritorio, así la expresión malvada le recordaría a cada instante que está fracasando con el proyecto de su segundo ensayo. Además, sería un buen souvenir, porque es un símbolo magnífico de la niebla: tan blanco y perverso, igual que la grisalla que no te deja ver y te obliga a avanzar por un pequeño mundo claustrofóbico. Y en un arrebato decide comprarlo y convertirlo en su nuevo fetiche.

Casi parece que busque excusas para evitar encerrarse sola en la 109. O, más que sola, mal acompañada, porque dentro de su cuerpo, tan vivos o más que la microbiota, se esconden unos seres

de tamaño mastodóntico: la pereza, la añoranza muerta, el sarcasmo.

Se acerca, pues, al mostrador. La recepcionista no está especialmente alegre ni luminosa: no le debe de haber tocado nada con el rasca y gana. O puede que sea muy obediente y lo haya guardado intacto, a la espera de que algún cliente lo reclame. Pide el peluche. Ahora tendrá que buscarle un nombre, tal vez un nombre de demonio: ¿Belcebú, Astaroth? ¿Mejor Belfegor, el demonio de la desidia? Una vez pagado, todavía sale fuera a fumarse un cigarrillo en un gesto de escapismo *in extremis*, lo que sea por no abrir la puerta de la celda (porque también los hoteles son un poco como prisiones: prisiones de lujo).

Ya son las seis cuando entra en su habitación. Dentro hace calor. Demasiado calor. Se descalza (las zapatillas quedan tiradas de mala manera por el suelo). Baja la calefacción. Mea. Se lava los dientes para quitarse la peste de tinto y tabaco que tiene pegada a la garganta y que, por supuesto, no desaparece, sino que se amalgama con la menta del dentífrico. Fuera ya anochece. Ramona se sienta en la cama, con la espalda contra la pared.

No, de momento no piensa empezar *Estética y masacre*. No puede. Antes de ponerse tiene que armar el esqueleto. Además, ¿qué le contó al editor? Ni lo sabe: vaguedades seguramente, humo, niebla. Ahora no tiene la lucidez necesaria ni la fuerza de voluntad. Ni siquiera está segura de querer escribir un ensayo sobre el vínculo entre la obsesión estética y la monstruosidad; en Barcelona encontrará la gasolina que le falta para comenzar, allí solo tendrá que salir a la calle para inspirarse: la plaga de los locales de uñas, de peluquerías, de centros de estética, de clínicas de cirugía plástica, de tratamientos ininteligibles de cejas (*microblading*, *microshading*), y todas las mujeres monstruosas que puedes contar en un simple paseo: morros hinchados a golpe de jeringa hasta adquirir una tersura de frankfurt, pestañas espesas como cortinas de lona, tacones martirizadores, uñas de gel tan largas que no permiten ni coger una moneda del mostrador. Lo escribirá en Barcelona, ahora no. El muñeco maléfico la mira desde la cómoda, satisfecho de su éxito.

En la maleta abierta asoma el tocho que está leyendo. No le apetece tampoco: demasiadas abstracciones. El teléfono está mudo sobre la mesita. Podría enviar un mensaje sonda a Bernat o a Raquel. Le gustaría chatear un rato con ellos. Le encantaría. Incluso podría urdir un plan alternativo para mañana: abandonar el hotel y comer con Bernat, que es el único que no obedece los protocolos sociales navideños. Pero después de lo que dijo, no puede ser. Tampoco es hora para una siesta: si duerme ahora, lo pagará con dos horas en vela de madrugada.

Abre el cuaderno que siempre la acompaña y repasa los próximos trabajos. Las vacaciones de Navidad han alterado su calendario: la colaboración semanal en la radio, en pausa hasta después de Reyes; ningún artículo de prensa pendiente de entrega; el podcast de la segunda quincena acaban de colgarlo, y el siguiente ya lo tiene listo. Lo más inminente es la conferencia para el ciclo *Crónicas alucinatorias: Barcelona 2050*. Unos cuarenta y cinco minutos de rollo en un festival de pensamiento a finales de enero. Y todavía no ha decidido ni el tema. Ahora no es el momento, dice el muñeco. Y entonces se le ocurre que, en homenaje a ese Faust que ha descubierto hoy, podría bautizarlo con el nombre de Mefistófeles. Qué oportuno pensar en Faust para no tener que pensar en todo lo demás.

Y así, con esa conexión azarosa y forzada que su cerebro ha inventado para eludir los dilemas de la realidad, vuelve con Faust, que acaba de encontrarla a ella en el periódico, en una entrevista que le harán dentro de seis meses, cuyo titular será: «Todos somos anormales».

V

Faust lee la entrevista de Ramona con la misma voracidad con que devoraría un roscón de nata: atragantándose.

Las ficciones no me interesan, afirma Ramona, a mí lo que me atrae es la realidad. Por eso detesto las novelas.

Ramona Ra, que mira a cámara con unos ojos sin iris como si pretendiera ejecutar una hipnosis colectiva.

Ramona Ra. ¿Qué clase de apellido es ese? ¿Quién tiene un apellido de dios egipcio? Encuentra la entrada en la Wikipedia. Ra es un apellido de guerra, pero en ningún sitio consta el real. Tal vez ni siquiera se llame Ramona, tal vez tenga un nombre tierno del que se avergüenza. Carolina, Violeta, Elisenda.

Ramona Ra, Barcelona, 1975. Seis años más que Faust, pues.

Ramona Ra, estudios de Sociología y de Comunicación Audiovisual.

Ramona Ra, que tiene un podcast quincenal. *Delirios y epopeyas*. Faust lo busca. Treinta y dos episodios de cuarenta minutos. Se pone los auriculares, nervioso, ilusionado, aterrado. Pulsa Play. Avanza hasta la mitad de un episodio. La voz grave y lenta de Ramona suena a media frase: «... tantas almas escondidas detrás de pestañas y cejas, almas acurrucadas o exultantes, personas encarceladas detrás de las pupilas que necesitan que las mires o que detestan que les veas los miedos y las penas y la rabia. Permitir que cualquiera te mire a los ojos es una temeridad». La hipnosis continúa.

Ramona Ra, que colabora en radios, periódicos y televisiones. A Faust se le acumula el trabajo.

Ramona Ra, vídeos. Mil ochocientos resultados. Todavía con el podcast de fondo, reproduce un vídeo silenciado y observa las manos de Ramona al gesticular. Los dedos afilados recortan invisibles figuritas de papel en el aire, muy despacio. Faust comprueba que la velocidad de reproducción sea la normal.

Ramona Ra, sentenciando: «Me gusta probar cosas nuevas. Si nunca intentas un triple mortal, ¿cómo puedes tener la certeza de que no sabes hacerlo? Pero puede que te mates, claro». Y más abajo: «Quizá algún día abra un restaurante o ruede una película o me suba a un escenario, quién sabe: ahora mismo tengo un proyecto nuevo entre ceja y ceja, un disparate. Un triple mortal».

Ramona Ra, obra. Un ensayo premiado. *Anormal*.

Levanta la vista y mira por la ventana. Sobre la interminable llanura marrón crecen alineadas un montón de placas solares y, al fondo, los molinos de viento se alzan como palmeras: vegetación electrónica con frutos fotovoltaicos. La planta hidroeléctrica de Sau lleva meses parada porque el agua no llega a la altura de captación. Mal panorama, y el verano apenas ha empezado. También era principios de verano cuando hace tres años cogió el tren a Valencia, persiguiendo a Joana, que se le escapaba. Los besos de Joana, los pechos de Joana, la vichyssoise de Joana, la clavícula de Joana, las canciones portuguesas de Joana, el coño de Joana, el sentido del humor de Joana, el amor de Joana, los planes improvisados de Joana, las frustraciones de Joana porque no viajaban-hablaban-socializaban lo suficiente, las súplicas de Joana, la habilidad de Joana para hacerlo sentir insuficiente, los larguémonos de aquí de Joana, las lágrimas de Joana, la crueldad de Joana, la infelicidad de Joana.

Qué ganas tiene de llegar a casa. Es la misión del día: volver junto a sus cuadros y su perra, Ripley, arrellanarse en el sofá y huir muy lejos con una película. A Faust sí que le interesan las ficciones; lo que no le atrae en absoluto es la realidad. Y entonces suenan unas maracas en el móvil. Es el recordatorio de que tiene que llamar a la doctora Moreno para cambiar la cita. Le dirá que le han puesto una reunión. O no, mejor todavía, que le ha caído encima una auditoría y le esperan dos semanas de locura. Cuanto más retrase la próxima

cita, mejor. Al menos así tendrá tiempo de portarse bien y adelgazar un poco. No le apetece que le eche la bronca, por más que se la merezca.

Se levanta y se dirige al espacio entre vagones para no molestar a los demás viajeros, pero en el pasillo se cruza con una azafata y hacen la pantomima de dejarse pasar mutuamente; con la envergadura de Faust es inevitable que se rocen: la barriga de él contra los riñones de ella, que lo mira con asco. Qué antipática.

–¡Blanca!... Sí, sí... Oye, que... Ya, claro... Desde luego... No, nada, es que tendríamos que cambiar la cita de pasado mañana. Me han avisado de que me mandan a los auditores. Y ya sabes cómo va eso: horas y horas para preparar todo el papeleo; esa gente nunca tiene bastante, son bulímicos de la burocracia... No, no... ¿Cómo que si estoy seguro?... Sí, es que me acaban de avisar, ya te digo... Nada de excusa, pero bueno... La dieta, sí, más o menos. Ya te dije que junio es mala época... Me pesé el viernes... Vamos bien –miente, y, mientras lo dice, piensa en la foto de Ramona Ra ampliada, ocupando toda la pantalla del teléfono, como si lo estuviera escuchando desde allí con su sonrisa monalísica. Faust no sabe cómo se las apañará para bajar de peso antes de la próxima cita con la doctora: podría fingir que, con los nervios de la supuesta auditoría, se ha saltado la dieta y ha vuelto a engordar–. Blanca, por favor, ¿no podríamos plantearnos un balón gástrico? He leído que ahora los hay ingeribles. Sería mucho más fácil. Ya sabes que me cuesta...

La doctora Moreno le repite que no está lo bastante gordo para ponerse uno, que hay que considerar los riesgos, te lo he dicho mil veces.

–¿Y ese medicamento nuevo? ¿Cómo se llama? ¿Ozempic?

–¡Vale ya!

–Pues igual lo que debería hacer es comer hasta reventar para ganar los kilos que me permitirían un tratamiento que me ayudara un poco.

Y la doctora le increpa, que haga el favor de no decir barbaridades e ir al psicólogo para tratar el problema de fondo, Faust, basta ya con eso, por favor, que llevamos cinco meses con lo mismo. Un

balón solo sería un parche si no consigues moderarte. La cirugía bariátrica es una intervención con riesgos. Si no estás de acuerdo, búscate otra endocrina. Y sobre la cita: ven pasado mañana. Los dos sabemos que lo de la auditoría es una patraña para no afrontar que no has adelgazado ni un gramo. Buenos días. Y le cuelga.

Faust se queda ahí de pie, en la plataforma. El paisaje pasa a toda velocidad por la ventanilla. Una de cada ocho personas del planeta es obesa. El rumor del convoy al deslizarse sobre las vías le recuerda un chorro continuo de arena cayendo en un agujero sin fin. Más de la mitad de los europeos tienen sobrepeso. Vivimos en un mundo obesogénico. El vagón no huele a nada. Los índices de masa corporal superiores a los óptimos causan cinco millones de muertes anuales. El suelo tiembla bajo sus pies. ¿Causas de la obesidad? La infelicidad, la ansiedad, la incontinencia, la pulsión autodestructiva. La comida como ansiolítico. También el metabolismo, la tiroides. Pero no, no es su caso. Se meten en un túnel. Recita mentalmente: Ozempic, Wegovy, Mounjaro, Trulicity. Podría intentar comprarlos sin receta en algún tipo de mercado ilegal. Metformina, tirzepatida. Pero la *dark web* donde venden los medicamentos que le solucionarían la vida es más negra que el túnel que están atravesando ahora. ¿Cómo podría adelgazar sin esfuerzo? La doctora le ha metido el miedo en el cuerpo y lo de la *dark web* le suena a película mala. Quizá debería cambiar de doctora.

Vuelve al interior del vagón. La mujer rubensiana lee un libro electrónico, pero levanta los ojos y le dedica una sonrisa de mejillas henchidas. El hombre de goma continúa en la misma postura exacta de antes, ni siquiera mueve los ojos, que miran al frente imperturbables. Tiene una inmovilidad de cadáver. O de cosa. Las melenas asiáticas relucen todavía más que antes. Faust se sienta. En la pantalla, Ramona lo mira fijamente desde el otro lado del hiperespacio.

¿Qué estaría haciendo en el parador? ¿Qué clase de persona pasa el día de Navidad sola en un sitio así? Y toda la farsa con el rasca y gana, ¿a santo de qué? Dijo que acababa de reservar la habitación. ¿No tenía planes para las fiestas? ¿Huía de algo o de alguien?

Faust se imagina una pelea conyugal sostenida en un tono

escalofriantemente sosegado, sin ningún grito, la voz oscura de Ramona humillando a su marido con una morosidad sádica, como si toda la pelea fuera solo una repetición a cámara lenta de una buena jugada. Después ella se va, sin portazos; al contrario, abre la puerta y se detiene en el marco para liarse un cigarrillo. Se miran sin decirse nada porque ya está todo dicho. La línea que une los ojos de Ramona con los de su marido es tan afilada que corta. Entonces, ella se enciende el cigarrillo y desaparece, dejando la puerta abierta para que su ausencia se vuelva aún más evidente.

¿Es eso lo que debió de pasar?, se pregunta Faust, y de pronto sabe que no, que Ramona no puede protagonizar una escena tan banal. Faust ha visto demasiadas películas; confunde realidad y ficción. Pero sigue preguntándose qué hacía esa mujer en el parador en Nochebuena. Querría saberlo. Y entonces cae en la cuenta: fue el día que se tropezó con Esteve y su señora. Seguro que coincidieron con Ramona en el comedor en algún momento. Podría escribirle para preguntar. Abre WhatsApp, toca la lupa y busca: Esteve. El cursor palpita.

Esteve, cómo estás?
Oye, por casualidad no recordarás...

No, no.

Esteve, cómo va la vida? Aquí todo igual,
batallando con el agua, ya sabes
Quería preguntarte algo
El día de Navidad viste a...

No, no.
Esteve...

Pero ¿qué mierda estoy haciendo?

Sale de WhatsApp. Cierra los ojos. En su cabeza, ve el comedor del parador en Nochebuena y a Ramona que se dirige al bar. ¿Puede un personaje imaginado imaginar a quien lo imagina?

VI

Ramona pasa de largo el comedor, donde el rumor continúa como si nunca se hubiera detenido –la humanidad, el gran *intonarumori*–, y de lejos ve a la pareja que Faust ha saludado a mediodía. El hombre calvo de testa bulboide: un colinabo con camisa. Podría acercarse a él y.

Son las diez cuando entra en el bar. No le apetece una cena abundante, picará algo y ya. Mañana será Navidad y no tendrá regalos ni compañía.

El camarero es un bandolero reconcentrado: enjuto de carnes, menudo y de semblante torcido. En el rótulo del pecho pone BETO. Lleva una perilla que le da un aire de macho cabrío. Beeeto. Ramona se sienta en la barra y pide unas almendras, un plato de jamón ibérico y una copa de tinto. El espacio no tiene ninguna gracia, cuatro mesas mal puestas y unas sillas incómodas. Unos franceses comisquean unos bocadillos con mala pinta. En una mesa detrás de ellos, dos parejas juegan a las cartas. Los focos de la fachada iluminan la niebla persistente; más allá solo hay un telón negro.

Beto vuelve con el vino y las almendras.

–¿Suele durar mucho la niebla? –pregunta Ramona. Lleva tanto rato sin hablar que la voz le sale aún más rasposa de lo habitual, pero esboza una sonrisa alegre y genuina: le apetece charlar con alguien después de tantas horas sola.

La pregunta no es nada graciosa, pero Beto suelta una carcajada áspera y, mientras seca un vaso, le responde con un acento marcadamente de Lleida:

–Nunca se sabe. Antes duraba días. Se aferraba al suelo y no

había manera de zalearla, pero con lo del cambio climático y toda la pesca... Ahora casi nunca tenemos, y siempre se levanta antes de mediodía. Hacía años que no veíamos una niebla así. –Y vuelve a soltar una risotada.

–Tal vez ha venido conmigo, la muy canalla, para joderme y no dejarme ver el pantano.

Beto atiende una mesa que lo reclama. Por un instante, Ramona fantasea con la idea de que todas esas personas sean espejismos creados por su cerebro. Mastica almendras. Las almendras siempre le dan fuerza. Detrás de ella, una mujer exclama: Mete órdago, y los compañeros de mesa se remueven en las sillas y dan sorbos de gin-tonic. Uno de los jugadores la advierte:

–Ahora ya no puedes echarte atrás, ¿eh?

Y todos se tronchan. Como si no poder echarse atrás tuviera algún tipo de gracia.

Ha transcurrido media hora cuando aparece el colinabo encamisado, que atraviesa el bar y sale a la terraza empuñando un paquete de Marlboro. Ramona se levanta de un brinco y lo sigue. Lo hace instintivamente, sin saber muy bien por qué. El hombre está apoyado en la barandilla. Ella se sienta en el último peldaño y empieza a liarse un cigarrillo:

–Vaya niebla, ¿no?

–Pues sí, le quería enseñar el pantano a mi mujer y de momento menudo chasco –responde el hombre.

Ella hace como que busca el mechero. Lo lleva en el bolsillo delantero, pero:

–¿No tendrías fuego?

Y el colinabo le alarga el mechero. Silencio.

–Perdona... –dice mirándolo desde abajo; no suele hablar con los demás desde un ángulo inferior; se ha puesto en el último peldaño para no intimidarlo, agazapada, como cuando era adolescente e iba por el mundo encorvada como un anacardo para no llamar la atención. Él la observa con curiosidad, y también con cierto recelo: ¿qué quiere esta?–. ¿Te puedo hacer una pregunta?

El hombre asiente con la cabeza. Ahora ya no puedes echarte atrás, ¿eh?

–Es que este mediodía he visto que saludabas a un hombre de una mesa y juraría que lo conozco de algo –miente Ramona, adoptando un gesto tímido, incómodo, encogiendo el metro ochenta, y sonríe–. Imagínate: recuerdo que se llama Faust, pero no sé de qué lo conozco. Llevo toda la tarde dándole vueltas para acordarme, y nada. ¿Me puedes dar alguna pista, a ver si ato cabos?

–¿Faust? ¡Sí, claro! Es el jefe de la presa –explica aliviado: lo mismo temía que Ramona le pidiera dinero o le propusiera cosas raras.

–¿La presa? Mmm..., no, eso no me dice nada.

–Normal, no le gusta hablar de eso. Está hasta los mismísimos de su trabajo.

–¿Tú también trabajas allí?

Y le explica que no, qué va, que él es de Blanes. Pescador. Eso lo dice con orgullo. Que trabajó con Faust en marzo.

–Nos contrataron para pescar en el pantano. No veas el cristo que se armó con las grúas para bajar las barcas hasta la superficie.

Barcas. Agua. A Ramona le sube un escalofrío por la columna y le explota en el bulbo raquídeo. Bum. Los injertos de las piernas le chillan.

–¿Pescar? ¿Por qué?

–Demasiados peces y demasiado poca agua. Si se mueren, la calidad se les irá al carajo en cuatro días. Y con el agua potable de los de Barcelona no se juega. Dos toneladas y media de peces sacamos. Pero algún imbécil había dicho que sacaríamos cincuenta toneladas, y acabamos todos pringando. Que si la culpa es de ese o del otro, o nuestra. Nuestra, ¿te imaginas? ¡Qué cara más dura tienen los que mandan!

–Sí, ya me conozco el ping-pong de la culpa...

–El ping-pong de la culpa... –repite él, y entonces se ríe con efecto retardado–. Sí, sí, los demás te la devuelven y tú ya puedes correr para no perder el punto.

El hombre está a punto de terminarse el cigarrillo.

–Igual conozco a Faust de rebote, yo qué sé, por su mujer...

–Me suena que tiene una ex que vive en Murcia o en Valencia, por

ahí abajo. –Aquí hace una pausa, y ella niega con la cabeza–. ¿Y la universidad?

–¿La universidad?

–Estudia no sé qué a distancia, Psicología, me parece, o tal vez ya haya terminado, no estoy seguro.

Ramona aplaude entusiasmada por toda la información que ha conseguido.

–¡Ah! Ya lo tenemos, tiene que ser eso. Pasa tanta gente por la universidad que cuesta recordarlos a todos. Misterio resuelto. Muchas gracias. Me llamo Ramona, por cierto. –Y le tiende la mano.

–Esteve –dice él, dándole un apretón a esa mano con dedos como agujas de tricotar–. Voy para dentro, que tengo a mi mujer esperando. –En el último momento se gira y añade–: Ah, ¡y feliz Navidad!

–¡Sí, claro! –exclama ella. Sabe que no es la respuesta correcta, pero le fastidia que la obliguen a decir lo que no quiere decir.

Ramona entra enseguida. Una vez en la barra, saca el móvil y teclea en inglés:

Va bien la Christmas Eve?

Y lo borra.

Te puedo llamar?

Y lo borra.

Ve que tiene un mensaje de Isabel. La notificación no ha sonado porque hace meses –¿o son años ya?– que tiene silenciada a su hermana mayor. Es una foto de su árbol adornado en un rincón del salón, con un «Feliz Navidad» escrito en una fuente que imita la letra manuscrita. Ni siquiera ha hecho el esfuerzo de escribirlo ella misma. Debajo, el texto:

Seguro que no puedes venir a comer mañana?
[Emoticono con corazones en los ojos, emoticono riendo, estrella de Navidad]

Eres una anormal pero te queremos igual

Jajaja
[Un gran corazón rojo, que late]

¿Hasta cuándo la guasa con el título del libro?

Por un segundo, Ramona sopesa la idea de celebrar la comida de Navidad en casa de su hermana. Se imagina entrando en el piso de Isabel. Orden y parquet. Los trillizos y el marido repeinados, luciendo camisa como corresponde para santificar las fiestas, los cinco formando en el recibidor para dar la bienvenida a la dirigente de los anormales. Besos, perfumes, risas. Las servilletas a juego con el mantel de cuando era niña, con los motivos navideños bordados con un hilo ya reseco que te raspa los labios al limpiarte. El abeto bordado, las bolas bordadas, el acebo bordado, la hipocresía bordada y rasposa. La charla paseándose por el terreno yermo de la convención. Y ahora en qué curso estáis. Tres semanas en Liguria. Lo han ascendido a jefe del departamento de derechos. El podcast funciona muy bien. Sujeto verbo predicado. Algún dardo envenenado: al final incluso te ganarás la vida. Y también: Aún no he podido escucharlo, siempre voy de cabeza (eso dicho poniendo los ojos en blanco y con un gesto de la mano, señalando la casa, los hijos, el marido, que le impiden encontrar cuarenta y cinco minutos para escuchar el podcast). Y Ramona diría: Todos estamos igual, no tenemos tiempo para nada, y le vendrían náuseas de aburrimiento. Y de vergüenza por ser capaz de ensartar tantas frases vacías. Serían robots jugando a ser humanos, diciendo lo que hay que decir, lo que ya se ha dicho miles de veces. Las velas, el belén, la ramita de muérdago en el dintel. Isabel y su marido besándose una vez más debajo, escenificándolo. Su necesidad de tener público para ejecutar los rituales de la felicidad, como si la felicidad no existiera cuando no

tienen espectadores. Mua, mua, remuá. Quizá no existe, no. Y cuando el aburrimiento y la vergüenza le fueran ya insoportables, Ramona soltaría una impertinencia, por ejemplo, en el momento de abrir su regalo: otro pañuelo que no se pondría, o una novela que no leería ni muerta; hace años que ha apostatado de la ficción como quien se cura de una adicción perniciosa. Y se esforzaría en fingir una sonrisa, en fingirla mal para que se percataran del fracaso de su regalo y de que lo que cuenta no es la intención. Después, cuando saliera al balcón a fumar, Isabel le iría detrás con expresión de hiena, y ahora que su pequeño ejército no la oiría, diría: Podrías haber traído un regalito para los niños, ¿eh?

Así que:

No puedo ir, demasiado trabajo Gracias de todos modos

Y añade un corazón verde para que no suene demasiado seco. Necesita distraerse. Pega un buen trago de vino y observa a Beto, atareado detrás de la barra. Le cae bien ese tipo, la pone de buen humor.

–Fuera he conocido a un pescador de Blanes que dice que en primavera sacaron dos toneladas y media de peces del pantano.

El camarero estalla en una carcajada que se le contagia. Este hombre siempre se ríe, como si la vida fuera una bufonada. Y quizá lo sea: quizá lo sea. Se le acerca y, como si no conviniera que lo oyesen, cuchichea:

–Hace unos años trajeron unos buzos profesionales, les pagaron un dineral. Pero el pantano es más turbio que el mar: ahí dentro no se ve ni torta, es como llevar las gafas emplastadas. –Aquí Ramona piensa en las cataratas de su padre, que se lamentaba de que con el ojo nublado y azulino como un cielo muerto veía el mundo a través de una ventana mugrienta–. Dicen que se les echó encima un siluro de dos metros y los vieron salir del agua cagando leches. Yo no me acerco al pantano ni harto de vino. Pero los chinos sí. Pescan con caña en la orilla, y por los caminos te topas con los camiones

frigoríficos que los recogen a última hora. Te juro que lo he visto. Fíjate en las cartas de los restaurantes. Los tíos no dicen nunca qué pescado es: que si pescado agridulce, pescado frito, pescado a la cantonesa. Siluro a la pimienta de Sichuan: te lo digo yo. Los siluros son los basureros del pantano: se lo zampan todo. El año pasado, un amigo mío se paseaba por allí con Trop, un pastor alemán muy guapo, y, como hacía un calor que mataba, el perro se acercó al agua. Jaume andaba pensando en sus cosas y, al girarse, ¡zas!, el perro se ha esfumado: nada, no está. Y él que lo llama, Trop, Trop, porque era un perro guapo de verdad, era demasiado ese perro, por eso lo llamó Trop, sabes, por el francés: *trop*, *trop*. Y el perro no apareció nunca más. Un perrazo más grande que un cerdo. Está convencido de que un siluro se lo comió. Que abrió la boca y ñam, pa dentro. Ñam –repite, se aparta de Ramona y prorrumpe en una carcajada.

Justo antes de que desaparezca por la puerta de servicio, Ramona le ve unas pezuñas peludas de sátiro.

Ñam, pa dentro.

VII

Faust saca una bolsa de emanems de su mochila. La abre y se mete seis o siete en la boca. Ñam, pa dentro. Hoy es el día de la verbena de San Juan, puede hacer una excepción. Observa los emanems que tiene en la mano: uno azul, uno rojo, dos verdes. Son como pequeñas bolas de Navidad. Crunch, crunch. Tritura los colorines. La conversación con la doctora Moreno lo ha dejado de mal humor. ¿Y si fuera verdad lo de la auditoría, eh? ¿Cómo puñetas puede saber que no lo es? Cinco emanems más. Ñam. Crunch, crunch. Consulta el reloj. Todavía faltan más de dos horas para llegar. Infinita Bistró. ¿No le van a servir nada o qué? Guarda los emanems y va al baño, que todavía no apesta. A medida que transcurran los minutos, las gotitas de orina que no han dado en el blanco irán envileciendo el aire, pero ahora aún se respira bien.

La puerta no tiene cerrojo, solo un botoncito con luz verde que, al pulsarlo, cambia a rojo y la bloquea. El sistema no le da seguridad. Está concebido para que se pueda abrir desde fuera. ¿Por qué? ¿Se esconderá allí gente cuando pasa el revisor? ¿Han encontrado alguna vez a alguien muerto en un servicio? ¿Algún suicida? ¿Quién demonios se suicidaría en el baño infecto de un tren? El hijo del CEO de Adif: para joder a su padre. ¿La gente se encierra ahí para follar? Se excita al pensarlo. Follar con el ritmo del traqueteo. Se desabrocha los pantalones y se agarra la polla, como siempre, no lo bastante dura. Con la barriga no se la ve, así que se mira en el espejo. Podría meterla en un coño aterciopelado, allí mismo, y ver la cara de ella en el reflejo. La mano derecha va arriba y abajo furiosamente, con la misma furia desesperada que a veces lo hace

llorar cuando se corre. Le pediría que le enseñara los pechos, unos pechos tímidos y blancos, y los vería mecerse de un lado a otro. Se imagina el vaivén tierno de los pechos. Se aprieta los huevos con la mano izquierda. Los pechos frenéticos, los pezones duros. Se agacharía y le comería el coño por detrás con la polla goteándole sobre el suelo de plástico. Ella jadearía. Los huevos se le contraen. Alguien podría abrir la puerta. La azafata antipática, por ejemplo. Y entonces se corre imaginándola. En la mano, dos gotas de semen. Ayer por la mañana en el hotel no le salió mucho más. Ya nunca alcanza el umbral del mililitro y medio, que se considera el mínimo normal. Recuerda con nostalgia las corridas de hace años, cuando explotaba como una botella de champán; entonces no tenía los espermatozoides mermados por la obesidad. Menos concentración, menos movilidad espermática, más malformaciones. ¿Fue por culpa de la obesidad que Joana no se quedó embarazada? ¿Por culpa de o gracias a? ¿Fue una suerte o una desgracia no haber tenido hijos con ella? ¿Habrían acabado igual y ahora se encontraría con que sus hijos vivirían a cuatro horas en coche, o seguirían juntos? Siente que tener la polla seca lo hace menos hombre. Racionalmente es absurdo, pero lo siente así. Se le ha secado la polla.

Se lava las manos y vuelve a su asiento. Nada más sentarse, un azafato se apresura a servirle un zumo y una mísera bolsita de cacahuetes mientras le canta las opciones del menú. La Infinita Bistró resulta no tener mucha infinitud. Se ventila los cacahuetes en dos minutos, observando a la gente: comen, dormitan, se abisman en las pantallas que los engullen como remolinos. Le vuelven todos los retratos que ha visto hace pocas horas en el Prado, y le parece que todas las miradas pintadas eran más humanas, más dignas y vivas, que la de cualquiera de los pasajeros. Incluso la mirada hierática del Pantocrátor de la Vera Cruz. Incluso la del Goliat muerto de Caravaggio. ¿Cómo puede tener un muerto una mirada más viva que un vivo?

Desde fuera, el tren es una galería de arte en movimiento, piensa Faust. Cada uno de los pasajeros enmarcado por la ventana rectangular, capturado en su gesto: el dedo deslizándose por la pantalla del móvil, el cacahuete volando hacia una boca abierta en

una escena coral donde los demás personajes se ríen: una Magdalena penitente que no se atreve a abandonar al marido que la maltrata, un anciano que escribe en el portátil con pose de san Jerónimo, un querubín que le tira del pelo a su madre, un hombre de goma con la inmovilidad de una naturaleza muerta, una mujer rumbosa pintada con el estilo contundente de Togores, un obeso con el alma goyesca, deforme.

Él nunca pinta personas, solo paisajes, texturas, abstracciones: cosas comprensibles.

El azafato le trae una bandeja minúscula. Tres lonchas de salmón ahumado, un montoncito de guacamole, un huevo duro de codorniz y un bombón de chocolate. Exigua Bistró. En el vaso, el zumo tiembla.

El aire acondicionado le ha resecado los ojos. Se echa una gota de colirio en cada uno. Blub. Es la una y diez. Buena hora para escribir a Jofre y saber si hay alguna novedad en el trabajo.

Ser el responsable de una presa es como tener un hijo delicado de salud. Debes estar siempre alerta. En cualquier momento el sistema de auscultación puede indicar una anomalía, una nueva fisura, una filtración que va a más. Hay que auscultar la presa como quien pone un fonendo en el pecho de un enfermo. Respire hondo. Si hay una avenida, le toca dormir con la criatura febril, allí, en la oficina, sobre un colchón en el suelo, y despertarse cada dos horas para verificar si hay que abrir o cerrar las compuertas. Y, si no hay agua, inquietarse por los peces y por las superficies de hormigón, que se contraen con el calor del sol. Todo va bien hasta que va mal, más ahora que el nivel ha bajado del cuatro por ciento por primera vez en la historia. Los periodistas preguntan, graban, informan. Los de la central de Barcelona están nerviosos, sobre todo Navarro, que le escribe a diario y le manda mensajes de voz demasiado largos, o, peor aún, lo llama con cualquier excusa. ¿Alguna novedad, Faust?, o bien: ¿Ya has visto las métricas de ayer?, convendría controlar la filtración del ala derecha. Como si Faust no hiciera todos los días la ronda para comprobar las filtraciones, las juntas, el grosor de los depósitos de carbonato cálcico. Y cada dos por tres una reunión virtual que le desbarata toda la mañana y que solo tiene la finalidad de

controlarlo. Faust sueña con un jefe que lo motive en lugar de desmoralizarlo, que en los malos momentos le suelte discursos como los de Al Pacino en esa peli: «Estamos en el infierno, caballeros. Creedme. Podemos quedarnos aquí para que nos machaquen, o podemos luchar para abrirnos camino hacia la luz». Pero le ha tocado a Navarro. Vive sometido a él y a la presa, encadenado, siempre de guardia. Los fines de semana baja a echarle un vistazo con los prismáticos que lleva en el coche. No se atreve a alejarse, sale poco de Vilanova. Jofre y Salvi se lo toman todo a la ligera, siempre fumando en las escaleras, siempre escabulléndose con cualquier excusa; no puede fiarse de ellos. Ser el responsable de la presa es un matrimonio al que hay que dedicarse en cuerpo y alma.

A veces piensa en el abuelo de Extremadura, el yayo Fausto. Él tiene la culpa de que Faust esté atrapado en el pantano. Su abuelo lo construyó en unas condiciones de cuasiesclavitud mientras convivía en barracones con otros inmigrantes, también con criminales y presos republicanos. Después su padre trabajó allí toda su vida. De niño lo llevaba con él, orgulloso de ser el celador de aquellas toneladas de hormigón, y Faust lo escuchaba fascinado cuando le hablaba de los más de ochenta metros de altura de la cortina, creyendo que su padre era importante porque tenía el poder de contener gigatoneladas de agua. Entonces él no sabía lo que era una gigatonelada, pero le sonaba a nombre de ser mitológico, como los que salían en los cuentos que le leía su madre. Gorgona, Minotauro, Gigatonelada. Después de su padre y del yayo, ahora es el turno de Faust.

Nunca le ha dicho a su padre que detesta su trabajo, que detesta la presa, que detesta los ochenta y tres metros de hormigón, que le pesa luchar contra las gigatoneladas, que el agua lo aplasta, que hay días que desea que lo aplaste de verdad y lo mate, que repudia su legado. Pobre hombre, se sentiría culpable, y la culpa no la tiene él, sino la maldición familiar que puso en marcha el yayo y de la que su padre también es víctima. Tal vez se la lanzaron las almas de los que expulsaron del pueblo ahora inundado. O podría remontarse más atrás, a antes de Sau, porque bien que tiene primos segundos y tíos, otros descendientes de su mismo bisabuelo, que vigilan Melonares,

Fuensanta, La Serena. Son un linaje de pantaneros. Cáceres y Badajoz son las dos provincias españolas con más embalses. No es casualidad que el abuelo fuera extremeño. El yayo Fausto, además, es quien tiene la culpa de este nombre incongruente que le queda grande: Faust, «afortunado», un nombre como una exigencia imposible de satisfacer. Faust: ¿por qué la gente les pone nombres de mártires a sus hijos?

Sin embargo, Faust también sabe que si está atrapado en la presa es en parte por su culpa, que todo eso de la maldición familiar en el fondo no se lo cree ni por un segundo. Todavía recuerda una frase de Tony Soprano que le resonó demasiado: «Mi padre estaba metido, mi tío estaba metido, mis amigos estaban metidos. Quizá yo era demasiado holgazán para dedicarme a otra cosa».

Sí, ser el responsable de una presa es como tener un hijo delicado de salud, así que ya es hora de preguntar cómo está la criatura, así que le escribe a Jofre:

Todo bien?

El mensaje se envía, pero no aparece la marca de recepción. Jofre debe de estar en las galerías, donde no hay cobertura. ¿O quizá no ha ido a trabajar aprovechando que él no está? No sería la primera vez.

Pasaré por la oficina en cuanto llegue, calculo que a eso de las cuatro y pico

Titubea. Borra.

Pasaré por la oficina en cuanto llegue

Abre la conversación con su madre. Por la mañana no le ha

contestado el mensaje, pero sabe que, si lo hace ahora, ella no podrá enzarzarse a chatear: es la hora de comer y debe de tener el restaurante lleno de los clientes de menú habituales. Le dice que está cansado, que le apetece quedarse en casa: no celebrará la verbena con ellos, gracias. Vuelve rendido de Madrid después de los tres días de formación con los empantanados del país. *En España, debido a su peculiar climatología, que origina un régimen de precipitaciones muy irregular en el tiempo y en el espacio, ha sido tradicional la construcción de presas y embalses, superando en la actualidad el total de presas de agua construidas la cifra de mil trescientas, lo que nos convierte en el país europeo con más obras hidráulicas de tales características*. No le han contado nada que no sepa, pero ha tenido que someterse a esas sesiones interminables para que alguien ponga un sello digital en algún documento que nadie le pedirá nunca. Normas ISO, planes de emergencia, Real Decreto 264/2021. Solo tiene ganas de huir de todo eso. Así que no, no le apetece pasar la verbena con sus padres y sus joviales amigos. Tanta jovialidad le resulta empalagosa. Tampoco tiene ganas de que le presenten a la hija de los Romeu, que acaba de divorciarse. Además, su padre aprovecharía para sacar otra vez el tema de los estudios de Psicología y comentarlo con sus amigos con cierta pena o vergüenza, presionándolos para que se posicionen a su favor y digan que la psicología es una chorrada, etcétera, repitiendo la conversación que ya han tenido diez veces. No, tiene demasiadas ganas de llegar a casa. Pasará por casa de Loreto para recoger a Ripley; espera que la perra se haya portado bien y no le haya destrozado nada, como la última vez. Después, se repantingará en el sofá, al lado del único ser vivo que se alegra con locura de verlo, y se tragará una peli de Haneke y un bote de helado de after eight.

Y empieza a sonar una ráfaga de estornudos que le impiden oír el ping de la notificación que le llega al móvil. Aaachís-achís-achís. Los dispara el hombre de goma. Achís-achís-achís. Le salen de tres en tres. Achís-achísachís. Se saca un pañuelo de tela del bolsillo y se suena ruidosamente. Y es ahora cuando Faust cae en la cuenta: ese hombre gris con bigotes y boca cavernosa no parece un sapo ni una morena ni un tiburón, sino un siluro de los que habitan las ruinas

sumergidas de su Estigia particular; un siluro que ahora lo mira con sus ojillos pequeños y separados, se encoge de hombros y le ofrece una sonrisa para disculparse por el festival de estornudos.

Faust todavía tardará unos minutos en ver la foto que Navarro le ha enviado con el mensaje:

Tenemos un problema Llámame

VIII

Son las once pasadas de Nochebuena cuando Ramona sube a su habitación. Mefistófeles la espera sobre la almohada con una sonrisita socarrona, satisfecho de que ella no haya trabajado en todo el día. Ramona se tumba a su lado. Todavía tiene en la cabeza a los siluros del pantano devorando perros. El móvil le muestra que son enormes y de una fealdad profética. Ramona no se bañaría en un sitio con unos peces como esos. La hipótesis de los perros devorados le parece cada vez más plausible: algunos siluros alcanzan los cinco metros de largo. Un ictiólogo explica que ha encontrado patos y gaviotas en el estómago de ejemplares muertos. Resulta que los siluros llegaron a la península en 1974 por culpa de un tipo con nombre de conde de Transilvania: Roland Lorkowski, un alemán que soltó treinta y dos en Mequinenza. Los trajo para fomentar la pesca deportiva, y después, hacia el año 2000, unos turoperadores también alemanes los introdujeron en Sau. Los machos siempre buscando alguna Moby Dick para demostrar quién sabe qué, y, si no hay Moby Dicks, tranquilos, que ya nos las traemos del Danubio. Lo importante es hacerse la foto: pescadores viriles sujetando entre dos, entre tres, un ejemplar monstruoso, haciéndose selfis sonrientes con el trofeo, que abre una bocaza blanquecina; seguro que con sus novias no sonríen tanto. Siluros, una especie agresiva e invasora que se está cargando el ecosistema.

Mira la hora. Las once y media. Isabel, como todos los años, vuelve a la carga:

Ya me lo imaginaba, demasiado normal para ti

Ella le responde con un corazoncito. Sale de la conversación, hace scroll, entra en otra.

Bernat, estás despierto?

Y él la llama y dice:

–Feliz Navidad, ¿no?

–Psí, es lo que toca. ¿Qué haces?

–Leo a un noruego insoportable. Y tú, ¿por dónde paras?

Ella se imagina a Bernat hablando de ella en los mismos términos con algún otro amigo. ¿Qué haces? Leo el ensayo insoportable de Ramona.

–En el Parador de Sau.

–¿Sau? ¿Qué cojones haces en Sau? ¿Estás con Greta?

–Qué va, la tengo en Brighton. Ya sabes, jerséis de rombos y *backyards*.

–Es lo que tienen los expats, reina. ¿Ya chapurrea el catalán o qué?

–Después de tres años aquí, por fin ha aprendido a decir «Gràcies». Un exitazo, vaya.

–Pero ¿no me dijiste en primavera que se iba a apuntar a clases?

–Las clases de catalán son el gimnasio de Greta: siempre apuntada, pero no las pisa. Dice que ahora, con el año nuevo, se va a poner en serio. O sea, la milonga de siempre.

–El otro día escuché tu último podcast.

–¿El de los tatuajes?

–El de los tatuajes.

–...

–Sabes que yo tengo uno en la espalda, ¿verdad?

Ramona sabe que él tiene uno, claro, por eso mismo eligió el tema: el tatuaje como símbolo de las dos grandes pulsiones humanas; la de integrarse en el grupo y la de autodestruirse. Bernat en estado puro. ¿Qué haces? Escucho el podcast insoportable de Ramona.

–¿Y Greta no tenía uno en el tobillo también?

–Oye, que... –Se aclara la garganta. Le pican los ojos, tiene la calefacción demasiado alta–. Un segundo, que me pongo colirio: tengo las córneas más secas que un papiro egipcio.

Saca el frasco de la bolsa y, mientras se instila una gota en cada ojo, se pregunta si es buena idea decir lo que iba a decir.

–¿Hola? –dice al coger de nuevo el móvil.

–¿Qué, pues?

–¿Recuerdas que me dijiste que *Anormal* era un libro cojonudo?

–Sí, claro.

–No pasaría nada si no te gustara, ¿eh?, quiero decir que somos amigos. Lo que espero de ti no es que me hagas la pelota, sino que me digas la verdad.

–Pero si *Anormal* ES un libro cojonudo.

–El otro día conocí al jefe de Cultura de tu periódico...

–¿A Eugeni?

–Es obvio que no sabía que somos amigos. Y el tío va y...

–¡Claro que sabe que somos amigos!

–Bueno, eso da igual... Y el tío va y me dice que no quisiste reseñar mi libro. Que te neg...

–Ra, joder, pues claro que me negué. Conflicto de intereses, ¿te suena? No puedo ser imparci...

–Que te negaste porque el libro era flojo. Flojo.

–¿El subnormal de Eugeni te dijo eso? Por favor, es que...

–¡Bernat!

–Qué Bernat ni qué hostias. Eugeni no te soporta. Ese tío es un sádico, que no te engañe su pose de mosquita muerta. Te juro que *Anormal* me parece un libro cojonudo. ¿Que podría ser un poco más breve? Pues sí. ¿Que hay algunos fragmentos repetitivos? También. Pero el resultado es bueno. ¿Y cuánto hace que te lo dijo ese imbécil? Ahora entiendo por qué estabas tan rancia. ¡Joder, Ra, cómo has podido desconfiar así de mí! ¿Me tomas por un lameculos o qué? Por favor. Vaya regalito de Navidad, ¿eh?

–Si encima vas a ser tú el ofendido, tiene bemoles la cosa...

–A ver, pregúntaselo a quien quieras: a Carla, a Sergi, a Vilamitja. He hablado maravillas del libro a todo el mundo.

–Vale, vale, solo quería aclararlo, porque todavía me vuelve la cara de Eugeni, todo pálido y ojeroso, y su voz fantasmal diciendo flojo, flojo, flooojo. –Los dos se ríen–. Yo qué sé. A veces te cuesta decir cosas desagradables. A todos nos cuesta, ¿no? Quiero decir que es un marrón decirle a una amiga, buf, qué libro más flojo. Y no pasaría nada, ¿eh?, quería aclararlo, ya está. –Silencio–. Ya sé que tienes un tatuaje.

–Eres una paranoica, Ra.

–No te digo que no. –Se hace un silencio. Ninguno de los dos sabe cómo retomar la conversación–. Bueno, tema resuelto. Perdona. Y mira, hablando de paranoias, ¿te acuerdas de Raquel, la vecina con la que me llevaba tan bien? Pues resulta que su marido sospecha que nos pasamos las tardes follando mientras él atiende la consulta. Que si oyó unos gemidos por el patio interior, y que los gemidos de Raquel son inconfundibles. Los heteros se creen que las lesbianas siempre tenemos segundas intenciones con cualquier mujer. Qué plastas. Total, que Raquel quiere que nos veamos a escondidas hasta que al tontolaba de su marido le baje el cabreo.

–La gente está fatal. ¿Y tú qué le has dicho?

–La tía dice que el pobre tiene problemas de autoestima y que hay que cuidarlo, que ya le ha explicado que no tenemos nada y tal, pero el tipo sigue en sus trece.

–¿Y cómo ha acabado la cosa?

–Pues nada, que ya no somos amigas. Escribirnos o vernos a escondidas sí que sería fuerte: es justo lo que hacen los adúlteros. Un mal rollo. Y me cruzo con ellos en la escalera cada dos por tres. Bah, una amiga menos. ¿Soy yo o es el mundo?

–¿Qué haces en Sau?

–No lo sé.

–Pero ¿por qué Sau?

–Bah, nada. Y tú, ¿cómo estás?

–Viejo.

–Yo igual. Dicen que ahora la juventud dura más, pero al mismo tiempo tienes la sensación de que con cuarenta largos ya no formas parte del movimiento del mundo, de que te estás quedando atrás.

–¿Cuándo vuelves? Quedemos para cenar un día de estos,

veeenga.

–Sí, va.

–Greta...

–¿Greta qué?

–No me gusta.

–Ya lo sé. Podemos cenar sin ella.

–Por favor. Gracias.

–Tiene cosas buenas.

–Pero contribuye a la Barcelona colonizada por los expats. Por muy simpáticos que sean, son una especie invasora.

–Ya lo hablaremos con una copa de vino. Me alegra haber aclarado todo esto contigo.

–Y a mí. Te echo de menos.

Cuando cuelgan, dentro de la cabeza de Ramona las palabras todavía reverberan:

Por muy simpáticos que sean, son una especie invasora.

Por muy simpáticos que.

Por muy que.

Una especie invasora.

Ramona conoció a su ejemplar de aquella especie invasora una mañana de hace tres años cuando, escuchando por primera vez el ballet insulso de Glazunov que le había recomendado Bernat y que se llama como ella, *Raymonda*, entró con los auriculares puestos en el local donde ella trabajaba, una pequeña inmobiliaria de paredes blancas y desnudas en el barrio de Gràcia. Solo una mesa, un ordenador, una silla. Un puñado de bolígrafos, una libreta, una mujer al teléfono. Una oficina tan vacía que parecía una tapadera de la mafia.

Se quitó los auriculares, pero seguía oyendo la música: la cuarta variación del tercer acto. Comprobó que los hubiera apagado. Off, sí. El piano y los vientos todavía se oían. Le costó darse cuenta de que no era un desvarío, sino el hilo musical que sonaba en la oficina:

exactamente la misma pieza. Acaso fue aquella casualidad, que ella calificó de señal, lo que propició todo lo que vino después.

La futura Greta, que hablaba por teléfono tomando notas, le hizo un gesto como diciendo: Siéntate, enseguida estoy contigo, y continuó, en inglés, siempre en inglés, explicándole a la persona al otro extremo de la línea y del planeta que necesitaba la paga y señal antes del lunes. Ramona, obediente, se sentó. Desconcertada por la insólita coincidencia musical, repasó el cúmulo de casualidades: era la cuarta vez en pocos días que Glazunov le salía al paso.

Mientras Greta insistía –el lunes o nada, *I'm sorry*–, se fijó en los garabatos de la libreta: palabras contorneadas, una cifra encuadrada: 1.700, y al lado, en letras de bloque, MDCC, el dibujo de un pulpo en un rincón del papel, una grupa de caballo. Recordó la casa rural donde en verano había visto un caballo precioso y, al acercarse, el animal se había girado y el ano se le había abierto como una flor para soltar una boñiga prodigiosamente esférica. También entonces sintió que recibía un mensaje que no era capaz de descifrar. Casualidades, mensajes, señales. Y allí estaban las dos, todavía desconocidas la una para la otra, con Glazunov jugando con ellas.

–*So, how can I help you*?

Y Ramona le explica que tiene un piso vacío y se está planteando alquilarlo a extranjeros. No como piso turístico, puntualiza en un tono defensivo: para estancias de unos meses.

–*Quality tenants*. Has venido al lugar indicado –dice Greta, después de elogiar su inglés.

Ella asiente:

–Perdona, ¿y esta música?

Greta, descolocada por la pregunta, balbucea:

–Glazunov, ¿lo conoces?

A Greta el desconcierto le descompone la palidez del cutis, las mejillas se le sonrojan.

–¿Cuándo puedes venir a ver el piso? –se lanza Ramona, envalentonada por la señal que cree que la vida le está enviando a través de Glazunov.

Y después ya todo se atropelló. El piso, el rubor, los ballets y las

sonatas, las risas, ¿quieres una copa de vino?, la soledad de Greta, que había llegado a Barcelona hacía tan solo dos meses, Ramona ciceroneando, la Novena de Beethoven en el Auditori, todo revuelto, las lenguas, los dedos, las rutinas, el cajón compartido de las bragas, los pantalones de estar por casa amontonados en la silla del dormitorio, *but I'm not a lesbian*, repetía ella con las pupilas dilatadas, los ángulos de una y la sinuosidad de la otra, la cabellera de nailon negro y los mechones desvaídos, noches de copas y mañanas de lectura, el piano nuevo en el comedor soleado, la noche semanal de ramen y documental, las menstruaciones acompasadas por la convivencia de las hormonas, el descubrimiento de las pequeñas manías de Greta que la enternecían (y ahora la irritan), la fascinación por el pie de Ramona, sin dedo meñique, los sueños diarios de Greta contra el desierto onírico de Ramona, huevos a la benedictina y jamón de bellota, la simbiosis, una cubriendo las carencias de la otra, ya cocino yo, doblar la ropa me relaja, atrofiándose mutuamente, y desde el primer día, la pregunta: ¿cuándo te apuntarás a clases de catalán?, la semana que viene, el mes que viene, haré un intensivo en verano, cuando el trabajo me lo permita, no me agobies. El piso, sin embargo, no lo alquiló a extranjeros: Ramona no fue capaz de sobreponerse a la vergüenza de traicionar a su ciudad.

Le empiezan a picar las cicatrices de las piernas. En la habitación el aire está caliente y reseco. Demasiado. Antes de acostarme tengo que bajar la calefacción, piensa, pero luego se le olvida. Coge la crema hidratante de la maleta y se embadurna. De fondo, la calefacción ronronea como un gato.

Gato, pez gato, siluro.

Greta gato.

Estómagos llenos de perros, hinchados de brunch, especies invasoras.

IX

La foto que le manda Navarro es la captura de pantalla de un tuit. Una decena de peces muertos en la orilla, con el campanario de Sant Romà al fondo, desenfocado pero inconfundible, y el texto: «Irresponsables».

Jofre no le ha respondido el mensaje. Lo llama. Apagado o sin cobertura. Hostia. Mira que se lo dijo: todos los días echar un vistazo a la superficie para ver si los peces suben a respirar. Esa es la señal. Si suben es que el agua se ha estratificado y abajo no queda oxígeno. La señal, el paso previo, el aviso. Solo tres días fuera. Tres. Semanas esperando a que esto pasara y ha tenido que pasar hoy que él no está, en lugar de cualquiera de los otros trescientos sesenta y dos días del año que sí que cumple su condena. Es un castigo por abandonar la presa tres días. Aunque todos sabían que era inminente. Con el nivel al cuatro por ciento y bajando a causa del desembalse hacia Susqueda, era inevitable. Por eso, todos los días, mañana y tarde, prismáticos y vigilar la superficie. Mira que era fácil. Una ojeada y avisar. Ahora tendrá que llamar a Navarro.

Le entra el ahogo. Hurga en la mochila y saca el ventolín. Vacía los pulmones, se emboca el nebulizador, inspira fuerte. Le sudan las manos. Tiene que activar el protocolo, el dispositivo que han pensado y repensado para cuando llegara este momento. De hecho, ya debería estar activado. Si los peces subían a la superficie a respirar era la señal para dar la alerta y que las barcas llegaran antes de que hubiera cadáveres flotando, para evitar así las imágenes fatídicas que ahora se propagarán por las redes a la velocidad de la luz. Si no hay foto, no hay noticia. Gestión de imagen corporativa,

dice siempre Navarro. Pero ya es demasiado tarde. Esos peces solo son el principio. O no. Quizá todavía estén a tiempo. Otra vez el ventolín. Vaciar, bombear, inspirar. Solo son peces, Faust, peces nada más. Especies invasoras, encima. Nos hacen un favor muriéndose.

En el fondo, la sequía tal vez haya venido a salvarlo. Que lo echen de una puñetera vez: será la manera de saltar al vacío; entonces tendrá tiempo de sobra para hacer el máster y los cientos de horas de prácticas, y dentro de dos años podrá abrir una consulta de psicólogo. Pero, Faust, no seas idiota, ¿quién va a confiar en un licenciado sin experiencia? Además, ¿no te parece que estudiar Psicología fue una manera de inventarte una ilusión para salir adelante y fingir que vas hacia algún sitio? ¿Ahora que has llegado ya no te gusta? ¿Tendrás que inventarte otra ilusión o qué? Claro que quiero ser psicólogo. Claro.

Mira a su alrededor para reconectar con la realidad. Una de las asiáticas va hacia el baño, lo mira y se ruboriza, mientras los monitores del pasillo central indican que avanzan a doscientos noventa y siete por hora. Si ahora descarrilaran... Le alivia imaginarlo, igual que esta mañana, al pasar bajo un andamio, le ha aliviado contemplar en su cabeza cómo se le desplomaba encima. También cuando se pasea por las entrañas de la presa, con las palabras de Navarro resonándole, desea que la galería lo sepulte. Sería una buena manera de poner fin a la maldición familiar, en la que, se repite, no cree ni por un segundo. A veces, mientras espera para cruzar la calle, se imagina que alguien le da un empujoncito justo cuando pasa un camión. O que un plátano con un tronco de un metro de diámetro se le cae encima. Las fantasías de muerte son respuestas psicológicas normales ante períodos de crisis. Lo sabe. Lo ha estudiado. Él no quiere suicidarse. Solo quisiera estar muerto una temporadita. Morirse sin querer. Ya respira mejor.

Fuera, el paisaje impasible. Sin fin.

Antes de llamar a Navarro, decide echar un vistazo a las redes para calibrar el alcance de la tragedia. Encuentra la foto que ya ha visto, colgada hace tres cuartos de hora, y dos más de hace pocos minutos, tomadas en otro punto del pantano. Más bagres, luciopercas y alburnos arrastrados hasta la orilla. El Grupo de

Defensa del Ter ya se ha metido. Llama por segunda vez a Jofre. No responde. Le escribe: Llámame enseguida.

Por ahora son apenas un puñado de peces. Nada que ver con la mortandad del 89. Todavía sueña con ese enero de cuando tenía ocho años.

Suena el Impromptu número 3. Es una llamada de un teléfono que no tiene guardado. ¿Qué dirá, si es un periodista? No lo coge. Le gusta ese impromptu, las notas se elevan luminosas e ingrávidas, piensa ahora mientras lo escucha. ¿Y si es Jofre o Navarro desde otro número? Pero el teléfono ya ha callado.

Se va al espacio entre vagones. La asiática sale del baño. Otra vez le sonríe, a medio pasillo se gira y lo mira antes de sentarse al lado de su compañera, que se vuelve hacia él sin disimulo.

El teléfono de Navarro empieza a dar señal. Tuuut. Fue a principios de enero y ese día había colegio. Tuuut. El yayo Fausto se presentó en casa y le dijo en castellano, siempre en castellano: Vístete, nos vamos. Tuuut. Y él obedeció. No sabía adónde iban ni se atrevió a preguntar; el yayo Fausto, hosco y áspero, le daba un poco de miedo. Tuuut. Cuando la yaya Dolors le dijo que aquello era un castigo de la Providencia, el yayo le replicó: No le llenes la cabeza al niño con memeces de beata. Tuuut. La yaya siempre usaba palabras que Faust no entendía. *Providencia*, *extremaunción*, *eucaristía*.

–¡Faust! ¿Dónde estás? –responde Navarro.

–Estoy en el tren, volviendo de las jornadas de formación de Madrid. He visto lo que me has enviado.

–Ya has activado el dispositivo, supongo.

–No, es que Jof...

–¡Joder, Faust!

–Quería comentarlo contigo antes.

–¿Comentar el qué? ¿Quieres que vayamos a tomar el té? ¿A qué esperas, a que tengamos cien toneladas de peces flotando? Quedarán preciosos en las fotos, todos boquiabiertos mirando a cámara con sus ojillos de botón.

–Sí, sí, ahora llamaré a los del dispositivo.

–Bien, centrémonos. Tema prensa: cualquiera que te llame nos lo

mandas. Que hablen con Marta de comunicación. ¿Los del dispositivo a qué hora llegarán? ¿Tú ya estarás ahí?

Faust mira la hora. La una y media pasadas.

–Creo que puedo llegar en unas tres horas. Noventa minutos de tren, y otros noventa más de coche. No creo que ellos lleguen antes: tendrán que cargar las barcas y localizar al personal. Pero seguro que habrá periodistas rondando, Claudi. Algo les tendré que decir, ¿no? Podemos seguir el mismo guion que la pasada primavera: el rollo de las especies invasoras y...

–Te he dicho que... odistas nos los... des a nosotros. ¿... claro o te hago un croquis?

Mira la pantalla: casi no tiene cobertura.

–Vale, sí, ahora me pongo y te mantengo informado.

–Ya te... el comunicado de pren... sepas... las barcas. De momento... enviaremos... antar la liebr... ¿Me has...?

La llamada se corta.

Llama a Jofre. Nada. A lo mejor no tiene batería, o se ha olvidado el móvil. Sin muchas esperanzas, marca el número de su propia oficina, situada encima de la presa. Nadie. Llama al responsable externo del dispositivo de recogida de peces muertos. Se corta antes de que lo coja. Otra vez no tiene cobertura.

Intercepta a la azafata antipática en el pasillo central para saber si la zona sin cobertura es muy amplia. Depende de la compañía, le dice ella en castellano, siempre en castellano. Pero es que tengo que llamar, es urgente. Suena desesperado. Lo siento, no podemos hacer nada. Falta poco para Zaragoza. Seguro que pronto recuperará la cobertura, señor. La mujer rumbosa ha oído la conversación con la azafata y se ofrece:

–Perdona, yo tengo cobertura. Si te urge mucho puedes llamar con el mío.

Faust le besaría esas manitas de cerda. Se le humedecen los ojos de gratitud.

–Vaya, te lo agradezco un montón. Gracias, gracias –balbucea, sudado y nervioso, cogiendo el móvil como se coge un objeto sagrado, con las dos manos.

De este modo consigue activar el protocolo. Llegarán a eso de las

cinco. No todo está perdido. No tiene por qué repetirse el enero de 1989. Le devuelve el teléfono a la mujer reiterándole los agradecimientos, pero sin querer, sin querer en absoluto, porque prefería mil veces no ver lo que ve, lee una notificación de Tinder en la pantalla. «¡Hola, tienes un nuevo like!» Faust se sienta en su sitio, disimulando la turbación de haber visto la notificación, la vergüenza que le da, aunque sabe que hoy en día eso es la cosa más normal del mundo, que el anormal es él por no querer meterse de ninguna manera en el celestineo 2.0 –pero, por favor, ¿quién se iba a fijar en su cuerpo?–, así que, por más que no tenga ninguna culpa, se siente mal por haberlo visto, más aún porque no está seguro de si ha disimulado bien y ella se ha dado cuenta de que lo ha visto y ahora está abochornada. Aunque no, claro, es él quien se avergonzaría, no la mujer rumbosa. Aun así, culpa. Para ahuyentarla se repite que no tiene por qué ser igual que el enero del 89. Que el castigo de la Providencia del 89.

Así era como lo llamaba la yaya Dolors, un castigo de la Providencia, o también: el castigo del cielo. Ahora ya sabe lo que significa. Ese día se subió al Seiscientos amarillo y desvencijado del yayo, que con ambas manos aferraba el gran volante como el timón de una galera.

–Vamos a ver a tu padre –le informó–. El río se está muriendo.

Él no preguntó qué quería decir, ni siquiera abrió la boca cuando el yayo giró a la izquierda y no a la derecha para tomar la carretera en el sentido opuesto al esperado, alejándose de la presa donde su padre trabajaba, en lugar de acercándose. Faust calló mientras abandonaban Vilanova por el extremo incorrecto y se adentraban en las curvas de la carretera.

Árboles, matorrales, cielo, tierra, tierra, tierra, árboles, matorrales.

A Faust se le revolvió el estómago, pero no dijo nada. Bajó un poco la ventanilla y se concentró en mirar al frente y respirar el aire fresco que entraba. El Seiscientos jadeaba con la cuesta. Media hora después dejaban atrás Roda y enfilaban una recta interminable. Encima de ellos, un cielo liso, de un azul nada inocente. Dios del cielo, exclamaba a menudo la yaya, y Faust imaginaba que todo el azul del cielo debía de ser solo una parte infinitesimal de la pupila

del ser sobrehumano que los observaba a todas horas. Que los observaba y los castigaba. El ser que cualquier día se hartaría de la humanidad y aplastaría el planeta con el meñique.

El yayo torció por un camino de tierra. ¿Adónde iban? El vaso de leche del desayuno se le agitaba dentro del estómago con cada bache. La ventanilla bajada al máximo. Respirar, respirar, respirar, y mirar al frente. Por fin se apearon del coche y el yayo pasó delante, contraído, con la mirada hacia dentro; Faust lo seguía aturdido, mareado, con paso vacilante.

–¡Espabila, que es para hoy!

Bajaron al río por un sendero empinado. Faust andaba mirando al suelo para no tropezarse y, al levantar los ojos, se encontró el río cubierto de plata. Una extensión de miles de peces; no se distinguía dónde empezaba el río y dónde terminaba la orilla. Ante la putrefacción, la arcada fue ya incontenible. Vomitó al pie de una encina.

–Fausto, no me seas maricón –le increpó el yayo mientras seguía bajando hacia un grupo de hombres armados con palas que enterraban los peces cubiertos de un polvo blanco.

En el agua flotaba una barca. Entonces vio a su padre disparando con la misma cámara con la que pocos días antes le había fotografiado delante del pastel de cumpleaños y las ocho velas, la misma cámara que los había retratado juntos el día de Navidad, de punta en blanco.

Los de la barca hacían señas, gritaban algo. Faust lo percibía todo desde fuera, como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviese viendo una película. Volvió a vomitar. El olor era insoportable. Su padre se giró. Vio al yayo.

–¿Por qué le has traído?

Faust quería ir con su padre. Caminó hacia él pisando peces: era imposible avanzar sin pisarlos. Se le ensuciaron las Converse blancas que le habían traído los Reyes.

–El río se está muriendo –repitió el yayo–. Tiene que verlo.

Su padre le ató un trapo para taparle la boca y la nariz, pero el pequeño Faust ya tenía el hedor dentro.

–Llévatelo, que estoy trabajando –le dijo su padre al yayo.

–Ni hablar.

Y su padre le mandó que esperara sentado un poco más arriba. Faust obedeció. No preguntó por los peces. No abrió la boca. Solo observaba la marea plateada. Todas esas bocas abiertas, los ojos desorbitados. Tierra y cal. Había tres generaciones de Cortés en aquella orilla del Ter a la que está encadenada su familia. También él sentía que le debía algo al río. Su entera existencia, de hecho. Si el yayo no hubiera ido a construir la presa, no habría conocido a la yaya y su padre no existiría, y por tanto él tampoco. El río es la vida y la muerte. Arrancó un manojo de hojas y se limpió las zapatillas, que ya jamás serían tan blancas. Se había puesto el anorak fino y tenía frío. Con cada respiración le salía una bocanada de vaho.

Pasaron las horas. El sol ya estaba muy alto y los cadáveres de las carpas relucían como metal bruñido. Cerró los ojos. Los peces no se acababan nunca; cuantos más enterraban, más llegaban. La multiplicación de los panes y los peces: la yaya Dolors le había contado la historia. Era como si también ahora una fuerza sobrenatural estuviera multiplicando los peces, una fuerza maléfica. Oyó el silbido de su padre. Gesticulaba para que se acercara. Ponte aquí, le dijo, señalando la extensión de peces.

–¡Ya que te ha hecho venir, te haremos una foto para la posteridad!

Faust se puso donde le había indicado. En el suelo, todos los ojos muertos lo miraban, lo vigilaban desde el más allá. El otro mundo, decía la yaya. ¿Qué mundo?

–¡Patataaa! –gritó su padre.

Faust miró a cámara con un rictus sonriente. Clic. Ahora tiene la foto colgada en el recibidor de su casa, como un recordatorio de no sabe qué.

Al mediodía, sin que nadie le hubiera dado ninguna explicación de lo ocurrido, el yayo lo llevó al restaurante de su madre. Fuera, la pizarra anunciaba: Menú, 500 pts. Su madre lo regañó por las zapatillas sucias y lo sentó con la yaya Dolors en la mesa del rincón, la que tenía menos luz, la peor del local, porque las buenas tenían que estar libres para los clientes.

–El yayo se burla –le dijo la yaya santiguándose–, pero todo esto

sale en la Biblia: «Y la tercera parte de las aguas fue vuelta en ajenjo». El Apocalipsis.

Apostasía, *apóstol*, *apocalipsis*: más palabras incomprensibles. Su madre les plantó un plato de caldo delante. La yaya sorbía. Luego llegó la trucha de río con jamón serrano. Una trucha no era muy distinta de una carpa. Todo ese pescado. Todos esos ojos muertos mirándolo.

El tren se detiene en Zaragoza.

Delicias es la estación más gris que ha visto en su vida. Una extensión de plata sin lustre. Todos los humanos con mirada de peces muertos. Medio hombres, medio peces. Las tentaciones de san Antonio Abad. Peces grandes engullendo peces pequeños. Tritones tergiversados esperando en los andenes. Piernas humanas y caras de pescado. Ondinas de pelo negro y pozos en los ojos. Ojo de pez, ojo de gallo, ojo de liebre. Ojos de basilisco. Ramona.

X

Cuando se despierta con la lengua de esparadrapo, todavía ve la carita del pequeño Faust aterrado ante el mar de plata muerta. Descorre la cortina de loneta. Detrás le aguarda la niebla, que no se ha movido ni un milímetro desde el día anterior y que le amortigua la sensación de realidad.

La calefacción, demasiado alta; ahora sí, la apaga. Está toda ella tan reseca que la piel le tira, como si de repente le quedara pequeña. ¿Y si hubiera crecido todavía más? Recuerda el miedo a haber vuelto a crecer cuando el médico la medía en las revisiones de la adolescencia. Y siempre había crecido. El mundo cada vez más lejano y pequeño. Ella cada vez más paquidérmica. La gente le preguntaba si jugaba al baloncesto, pero nadie le imaginaba, como ella deseaba con fervor, una carrera de modelo. ¡Modelo! Qué gilipollas era. Quizá todavía lo sea.

Se unta de crema hidratante mientras Mefistófeles la mira con socarronería. Hoy tampoco la dejará trabajar: ¡es Navidad, Ramona, haz el favor!

Se cepilla los dientes y se instila el colirio de rigor. Feliz Navidad, Ramona. Se lo dice a sí misma en el espejo. Feliz Navidad, y le sonríe a la mujer del reflejo. La observa. Los ojos separados la hacen pensar en siluros. Pone los labios en forma de O y boquea. Luego vuelve a sonreír como cuando posa para las entrevistas. Con la sonrisa caníbal. Feliz Navidad, repite con la voz ronca.

Esta semana hace veintitrés años que murieron sus padres. No se lo ha contado a Greta. Ahora ya no se lo cuenta a nadie; hace mucho que aprendió que es mejor así. Contarlo implica tener que

soportar las miradas de compasión y las preguntas, implica recordar que fueron unas muertes evitables y un poco absurdas. No decirlo es la manera de que los demás no te obliguen a pensar en ello, no te obliguen a sentir una pena que ya no sientes, o que es demasiado remota para resucitarla. Además, no es que tenga un trauma: su padre ya tenía ochenta y un años, y su madre, sesenta y siete, joven pero tampoco taaan joven. Si no hubieran muerto entonces, ahora probablemente ya no estarían. Llega un momento en que las muertes prematuras se ponen al día con el tiempo real.

Quizá, si no hubieran muerto, la incomodidad con ellos y su manera de entender la vida, la sensación de no encajar que se abrió como una grieta en la adolescencia, se habría ido haciendo cada vez más grande y habrían acabado sin hablarse, haciéndose reproches con un abismo insalvable en medio; quizá entonces no sentiría toda la gratitud que siente hacia ellos, porque la gratitud se le habría podrido con el trato diario, con los años, que nos vuelven tercos e insufribles. También podría creer todo lo contrario, claro. Podría pensar que los años habrían limado las asperezas, que el envejecimiento de Ramona los habría acercado. Pero ¿por qué revolcarse en esa posibilidad? La muerte de los padres fue, en definitiva, una tragedia y al mismo tiempo una liberación. Ya no tiene a nadie que la quiera incondicionalmente, tampoco a nadie a quien decepcionar; puede ser quien es sin censura y sin culpa. La muerte de los padres es una tragedia liberadora; todavía más en su caso, es muy consciente de ello, porque le ha permitido no tener que trabajar nunca demasiado, no tener que currar ocho horas al día, no tener que someterse a un jefe incompetente ni a una jerarquía insoportable. La herencia sufraga su vida de impostora. Claro que trabaja en su podcast, sus articulitos, sus colaboraciones, un libro (y ahora el segundo está en camino, o, mejor dicho, debería estar en camino), pero no se engaña: vive del alquiler de los tres pisos que sus padres le dejaron. Tres pisos, uno menos de los que le tocaron a su hermana.

Veintitrés años de privilegios desde la Navidad que Isabel y ella pasaron en el hospital con los padres intubados. Hacía diez días que habían vuelto de Japón. Hay que ir una vez en la vida, repetía su

padre, que había sido quien se había empeñado en viajar allí en diciembre para ver el Fuji nevado y evitar achicharrarse en verano. Y sí que habían visto el Fuji nevado, sí, y también se habían paseado por las callejuelas de Kioto y habían comido *shabu-shabu* e incluso habían escrito un deseo (¿cuál, cuál?: Ramona nunca lo sabría) en una tablilla de madera que habían colgado en el exterior de un templo, donde también se habían comprado unos amuletos que enseguida se confirmaría que eran completamente inútiles. Les enviaron postales desde todos los lugares, y su padre, siempre haciéndose el interesante, las aderezaba con palabras japonesas cuyo significado entonces Ramona tenía que buscar: *omikuji*, *ema*, *torii*, y también, claro, *kashikiri-buro*, los baños termales donde se puso en marcha la cuenta atrás, pues debió de ser allí donde la legionela se les metió dentro y empezó a maquinar para matarlos. Al volver atribuyeron la fatiga y el malestar al desfase horario; ya no eran tan jóvenes, era normal que tuvieran jaqueca. Y, pese a todo, estaban contentos de ese viaje, que, según su padre, sería el último: y lo fue, aunque no por los motivos que él creía. Tampoco la tos los sorprendió; siendo fumadores como eran, y con la bajada de defensas de la fatiga, todo salía. El resto llegó imparable como una avalancha: las fiebres altísimas y el dolor en el pecho, el diagnóstico y los condicionales hipotéticos (si hubieran acudido antes al hospital, si no fueran fumadores, si tuvieran menos de sesenta). Y una semana después dejaron de respirar. Murieron con dos días de diferencia; primero ella, luego él, casi como si tuviera prisa por seguirla.

Con la muerte de sus padres también se libró de Isabel. Ya no tienen excusa para verse; el vínculo de sangre no es excusa suficiente.

Coge un paquete envuelto de la maleta y rasga el papel rojo y dorado de El Corte Inglés. Bragas negras. Feliz Navidad. Se pone unas, se enfunda los vaqueros, desactiva el modo avión del teléfono y se apresura a bajar a desayunar antes de que cierren el bufet. Mientras conquista los treinta y cuatro escalones, el móvil reclama su atención con un concierto de notificaciones: la campanada grave de los mensajes de Greta, el cascabel de Bernat, el cuchillo al repicar

contra una copa antes de empezar un discurso que anuncia una nota de voz de Raquel. El mensaje de Isabel también llega, pero no suena.

Los móviles son como los críos, piensa Ramona, cuando no duermen nos reclaman a cada momento con sus chillidos y sus payasadas, nos exigen una disponibilidad absoluta, nos impiden concentrarnos más de cinco minutos, nos boicotean. Son como críos, y al mismo tiempo son como dioses: todo lo saben, todo lo pueden, están en todas partes. Si quieres saber algo, solo hay que buscarlo; si quieres comprar lo que sea, solo hay que abrir una aplicación; incluso puedes encender a distancia la calefacción, la alarma, la cafetera, poner música, guardar tus recuerdos, hablar por radio, controlar un Svakom para que alguien a miles de kilómetros tenga un orgasmo. ¿No eran esos los rasgos que definían la divinidad: omnisciencia, omnipresencia, omnipotencia? Y Ramona es atea. ¿Atea o agnóstica?, preguntan a veces los repelentes. He dicho atea, les repite ella con una sonrisa espléndida. Así que decide que hoy hará huelga de móvil. A la mierda. Y lo apaga sin siquiera leer los mensajes que le han llegado, sin siquiera enviar un aviso a Greta para decirle algo, aunque sea una mentira. Nada. El teléfono calla, y Ramona entra en el comedor pesando un poco menos, con una pequeña parcela del cerebro liberada ahora que no tiene que estar pendiente de si el dios crío llora o le exige algún sacrificio.

Los ventanales del comedor están cegados por una niebla tan espesa que se le podría clavar un puñal. El mismo maître de ayer a mediodía viene a buscarla, todavía más lívido y jorobado que el día anterior, para indicarle la *mesita* donde tiene que sentarse. No hay regalos en ninguna mesa. No sabe por qué esperaba ver alguno. Es evidente que quienes se hayan entregado regalos lo habrán hecho en la intimidad de su habitación: sería ridículo bajar a desayunar cargados de cajas envueltas para escenificar la entrega ante el resto de los huéspedes. Y, sin embargo, es lo que esperaba Ramona. Una Navidad sin ver regalos es toda una novedad. Si no fuera por cuatro adornos, ni siquiera parecería Navidad. A lo mejor debería venir todos los años.

Mientras está sirviéndose el segundo café, entra una familia entera

uniformada con un pijama navideño. Un abuelo, dos abuelas, los hijos y sus respectivas parejas, algún hijo soltero o divorciado (los de mediana edad son impares), cinco nietos de edades diversas. Trece personas vestidas con un conjunto de bolas rojas de Navidad y renos sobre un fondo amarillo pastel. Se ríen. El comedor entero se detiene. Los comensales se giran para contemplar la entrañable estampa, envidiándola, intentando absorber un poco de su aire triunfal, tratando de compartir el cuento de la gran familia feliz, del que no participan, porque si en Navidad están en un hotel como ese es que les ha tocado una familia defectuosa.

También Ramona los mira. Casi le parece que se desplazan a cámara lenta. Un pie izquierdo que evoluciona en el aire, una carcajada que ensancha la boca poco a poco. El resto del mundo es invisible a sus ojos. No se les intuye ningún tipo de pudor ni turbación. El delicado juego de muñeca de una de las hijas, la sonrisa seductora del yerno, la manera de arrugar la nariz de la nieta adolescente. Se les adivina la elegancia gestual de la clase alta. Refulge su pelo rubio, a juego con los campos de trigo de la pintura mural, bajo la que se sientan alrededor de una gran mesa. Podrían estar hechos de oro.

El comedor retoma la velocidad de costumbre. Colas en las máquinas de café. Fruta intacta. Ingleses y franceses llenándose el plato del desayuno continental (las especies invasoras también desayunan).

Se sienta de cara a los semidioses de los pijamas navideños mientras intenta cortar una naranja con un cuchillo romo. Más que cortarla, se pelea con ella. Es una masacre. Tiene los dedos pegajosos por la sangre de la naranja. Va hasta el bufet a buscar otro cuchillo y, a medio camino, la intercepta Esteve, el pescador:

–¡Feliz Navidad!

Ramona le sonríe con las manos en alto como un cirujano a punto de entrar en el quirófano y todo el jugo resbalándole por la muñeca. Siente la presión. Ahora debería decirlo: Feliz Navidad. Pero no quiere. El jugo, a punto de llegarle al puño del jersey.

–Mi mujer, Rosa. Rosa, Ramona.

¿Por qué le tiende la mano Rosa? ¿No se ha dado cuenta de que

tiene las manos pringosas?

–¡Feliz Navidad! –dice la mujercita menuda.

Los dos tan menudos, mirando hacia arriba como se miran las imágenes de la Virgen. Los dos sonrientes, él con sus dientes de castor, ella con unos dientecitos de leche. Los dos esperando que ella pronuncie aquellas dos palabras. Solo doce letras. Sería muy fácil. Los dos coaccionándola para que las diga.

–Encantada. Perdonad, es que tengo las manos...

Con un gesto comprensivo para que pase hacia la mesa del bufet, donde están las servilletas de papel, eximen a Ramona de la obligación de pronunciar las doce letras.

La misión del cuchillo fracasa: todos son romos.

Los semidioses empiezan a cantar: Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, mientras Ramona destripa la naranja. Te deseamos todos. Cada vez con más saña, desgarrando los gajos que se resisten a la hoja del cuchillo. ¿Quién cumple años? Cumpleaños feliz. Es el abuelo: tiene un pastel delante con un nueve y un tres de color rojo. Noventa y tres. El prefijo de Barcelona, que antes no hacía falta marcar. Ramona vieja, antigua, pasada. ¡Feliz cumpleaños!

El abuelo sopla las dos velas. Aplausos, fotos, abrazos, lágrimas. También el abuelo llora.

¿Los abuelos de Ramona lloraban? No lo cree. En las fotos siempre se los ve tiesos, agarrotados por el almidón de los matrimonios de antes, con unos rostros como máscaras de pergamino. Hasta que la muerte os separe. Después, uncirse al yugo conyugal y ajarse mientras labraban la vida bajo la solana. Enjutos. Si Ramona hubiera permitido que Carmel le pusiera el yugo y la dejara embarazada, también ella tendría la misma cara que la abuela Caterina y no le saldría ni una lágrima.

El oculista que el año pasado le diagnosticó el síndrome del ojo seco le habló de los tipos de lágrima. Las emocionales contienen potasio, oxitocina, prolactina, endorfina; drogas que nos brotan de los ojos para recuperar la homeostasis. Fue el mismo oculista el que le explicó que parpadeamos entre dieciséis y veinte veces por minuto. Clic-clac, cada dos o tres segundos. Ahora. Clic-clac. Ahora. Pero, al mirar una pantalla, parpadeamos la mitad. Las pantallas nos

están secando la mirada. Después le dedicó un podcast al tema: quedarse ciego de tanto mirar / Galileo, Newton, Brahe, Kepler / los problemas derivados de emperrarse en mirar la luz / relación con el optimismo a cualquier precio.

Al llegar a casa con su primer frasco de colirio, buscó cuántas lágrimas produce una persona al año de media. Las respuestas eran contradictorias: las cifras bailaban entre cincuenta y ciento diez litros. ¿Cuánto hace que no llora?, se pregunta ahora. En un foro había una deprimida que preguntaba: ¿Qué pasaría si no parara de llorar? ¿Moriría deshidratada? El desierto que tenemos dentro también puede matarnos. También allí leyó: Si toda la humanidad llorara sin parar, ¿cuánto tardaríamos en llenar los océanos del mundo? Cuatrocientos cincuenta y seis millones de años, le contestaba uno. Y otro: ¿Cuánto se tarda en llorar un río? Depende, ¿qué río?, le respondían. ¿Cuánto se tardaría en llenar un pantano?, se pregunta ella.

De tanto pensar en eso, y a pesar de la gota de colirio matinal, le empiezan a picar los ojos. Y entonces recuerda a Faust poniéndose colirio el día anterior. El mismo colirio que ella. Otra casualidad que Ramona califica de señal. Y cómo después su todoterreno blanco desapareció en la niebla. ¿Adónde iba?

XI

Después de la comida navideña con los compañeros, Faust toma la carretera con trazado de montaña rusa que bordea el pantano. Tiene que ir a buscar el móvil. Así es su vida, una guardia eterna con la criatura de agua y hormigón. Por más que se sabe el camino de memoria, conduce despacio, no solo por el telón de niebla que va rasgando con el coche, sino sobre todo por la vegetación salvaje de los márgenes. Podría haber un árbol caído bloqueando el paso. No sería la primera vez. Aunque no ha habido ningún vendaval últimamente. Pero tanto da: cuando un árbol muere, se derrumba en el momento más insospechado, por los motivos más insignificantes. Una ardilla que trepa, una lechuza que se posa en una rama, el aleteo de una mariposa, como suele decirse. Y el árbol cae sin que nadie lo vea, en un día de una placidez absoluta, sin una pizca de viento. Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie, ¿hace ruido?

Son diez kilómetros, pero tarda casi tres cuartos de hora en llegar a las oficinas. Aparca el coche frente a la caseta. Desactiva la alarma y sube la escalera hasta su despacho. El teléfono está sobre la mesa. Se apresura a comprobar que no tiene ninguna llamada ni aviso, que el chisme no se ha puesto a berrear durante las tres horas que lo ha abandonado. Nada urgente. Mensajes de su madre. También felicitaciones de Roger, el jefe de Susqueda, y de los compañeros de Psicología, que han enviado unos chistes gráficos.

Los Reyes Magos sentados en círculo en una terapia de grupo. El rey rubio dice: Doctor, a veces creo que soy mis padres.

Un Papá Noel tumbado en un diván. Doctor, no creo en mí.

El sol se ha puesto; queda poco rato de luz. Hoy, con tanta niebla, no se ve la presa desde la oficina. Las presas de gravedad como la de Sau son capaces de soportar la presión de millones de litros gracias solo al peso de la propia cortina. Son tan pesadas que ni una megatonelada de agua puede derribarlas. Él también pesa; pesa demasiado, de hecho, pero siente que el aleteo de una mariposa podría tumbarlo. Más ahora, que está un poco aturdido por el vino y el whisky. Se ve a sí mismo desde fuera, enmarcado por la ventana con las llaves en la mano. Como un cuadro de Hopper, que siempre le ha parecido un pintor triste. Él es el dueño de ese castillo, el último habitante de las ruinas.

Hace días que el nivel está por debajo de la boca de captación y han tenido que parar la central hidroeléctrica. Su castillo es un inútil vestigio de lo que era. Se siente culpable. Como si fuera él quien lo hubiera secado. Como si su falta de amor por la presa la hubiera desgraciado, igual que se ha desgraciado a sí mismo. Cuántas compuertas y turbinas sin sentido, ahora que ya no hay nada que contener, nada que transformar en electricidad. Algunos troncos todavía reposan sobre la corona, reliquias de los tiempos en que el agua llegaba hasta arriba y el río bajaba desenfrenado, arrollando con todo.

Hace tintinear las llaves. Cascabeles de Papá Noel. Doctor, no creo en mí.

Le apetece meterse en las tripas de la presa, así que cierra la oficina y va hasta el acceso lateral. Abre la reja con la llave. A ambos lados, elementos de contención –mallas y bulones– para prevenir desprendimientos. Contener, reprimir: ¿cuál es el matiz, la diferencia? ¿Es él un hombre en pleno desprendimiento? Menos mal que hay mallas de triple torsión. Parece el nombre de una técnica de tortura. Triple torsión.

Se interna en el túnel angosto, bajo la luz desapacible de los fluorescentes. Un espacio gris y sucio, con goteras y depósitos de carbonato cálcico, con juntas que siempre amenazan con separarse y abrir una grieta; también él siente dentro una grieta irreparable que se va abriendo entre el pasado y el futuro que imaginaba, y por todas partes, un goteo incesante, en las galerías de hormigón

penitenciario y en la prisión del yo. El agua se filtra por donde puede y lo corrompe todo, como la culpa, como la angustia. Aquí y allá una fuga por donde se escapa todo sin que te enteres. El túnel es largo, sin ninguna abertura. Puede oler la claustrofobia de estar atrapado dentro de sí mismo y le sube la náusea de pasearse por las propias cloacas. Sigue avanzando, metido allí dentro, sin cobertura, sin posibilidad de comunicarse con el exterior, caminando metros y metros por el corredor, metido dentro de ese Faust hueco, gris, mojado.

A mitad de pasillo, sale a las escaleras exteriores y baja hasta el balconcito, justo encima del desagüe del fondo. Cuatrocientos setenta y ocho escalones. El yayo le obligó a contarlos cuando era pequeño, después de decirle: Hay que conocer el tamaño de las cosas para llegar a comprenderlas, si no, ¿cómo distinguiríamos la foto de una pulga de la de un dinosaurio?

Faust contempla el chorro del desagüe, que golpea contra la suela dentada. Recuerda cuando de niño se bañaba en la bañera. Su madre quitaba el tapón y él se quedaba allí tumbado mientras el agua iba bajando; el cuerpo dejaba de flotar y recuperaba su peso terrenal. La gravedad se le ponía encima como una telilla. También ahora se vacía el embalse, que no es más que una bañera colosal. También ahora siente la gravedad como una telilla que lo comprime contra el suelo. El chorro de cuatro mil litros por segundo no calla. Cuatro mil litros, cuatro mil kilos. Cada segundo. Ahora, cuatro mil. Ahora, ocho mil. Ahora, doce mil. Ahora. Ahora. Ahora. Ahora. Ahora. Ahora. Ahora. Ahora. El litro como unidad de tiempo. Ponerse bajo el chorro de cuatro toneladas y morir aplastado al instante. Observarlo lo apacigua. El agua parece interminable. Tiene algo pornográfico, de verga estallando en una corrida sin fin. ¿Los actores porno toman complementos para eyacular más? Lo buscará. Quizá podría tomárselo para no ponerse triste con la mísera gotita que le sale. Le viene un eructo de whisky y de las especias del arroz de montaña. Una vez folló allí con Joana. Aquel día estaban los dos desagües abiertos y con el estruendo de los chorros no se oía nada más. Se la folló deprisa porque ella estaba cachonda después de que le comiera el coño. Las bragas a medio bajar. Ahora. Ahora. Ahora.

Ahora. Faust gritó al correrse: entonces todavía tenía esperma y los orgasmos eran más intensos, más físicos. La sensación del líquido subiéndole desde los testículos hasta la punta ya solo es un recuerdo. Al rememorarlo le entra un mareo. Demasiado vino. Él no es de beber mucho, ni a menudo. Se sienta en el suelo. Está oscureciendo. Ha olvidado la linterna en el coche. Qué idiota. Y la niebla. Y el frío. No se siente con fuerzas de levantarse e irse a casa. Piensa en Ripley, su perra, que se ha pasado el día sola y debe de estar esperándolo; tiene que sacarla a pasear. Piensa en Ripley, sí, pero ni así puede levantarse. Todo pesa demasiado. Él pesa demasiado. Tiene que adelgazar. Quiere adelgazar. Buscará una doctora que lo ayude: una dietista, una endocrina, lo que sea. Ya es noche cerrada cuando despega el culo del suelo y deshace el camino. El pasillo gris. Las filtraciones. Mallas y bulones para evitar desprendimientos. Una vez fuera se guía con la linterna del móvil. Se sube al coche. Enciende el motor. Pone la calefacción a tope. Y busca el frasquito. Una gotita en cada ojo.

XII

Después de desayunar, Ramona se lía un cigarrillo, sale y se sienta en el peldaño inferior, arrimada a la pared. La niebla le empieza a gustar; se siente protegida en ella. Es como estar dentro de una vida amortiguada, sin sacudidas, o en una sala de contención de las que salen en las películas de manicomios, toda blanca y acolchada, donde es imposible matarte ni pegándote cabezazos contra la pared. Viviendo en medio de la niebla, nadie te ve. Eres una sombra que va y viene. Ahora estoy, ahora no estoy. Como cuando de niña hacía el truco de volverse invisible con su madre. Y su madre actuaba tan bien, la buscaba con tanta ansia, a gritos, con urgencia –¡Ramona, Ramona! ¿Dónde estás?–, que Ramona llegó a creer que de verdad desaparecía. Se quedaba quieta en medio del salón y disfrutaba cruelmente de la desesperación de su madre, que pasaba a su lado fingiendo que no la veía o que se detenía a un palmo, casi rozándola, y se tapaba la cara con las dos manos, a punto de romper a llorar. Y entonces Ramona decía: Mamá, estoy aquí, y las dos se reían. Pero ni de pequeña desaparecía ni ahora se ha vuelto invisible para el mundo gracias a la niebla y al móvil apagado.

¿Qué le dirá Greta en los mensajes que no ha leído?, se pregunta, pero la respuesta no le interesa mucho. Hace tiempo que se aburre un poco con ella; después de tres años ya se lo han contado todo; antes había fascinación –la fascinación por la extranjera, de la que ahora se avergüenza–, pero ya solo quedan la rutina y los momentos fotocopiados; aunque el amor ya es eso, dicen, ¿no?, que cuando el enamoramiento pasa, etcétera. ¿Lo cree ella, que cansarse de la compañía y la conversación del otro es amor? ¿Debería perseverar

en una relación que ya no la estimula? ¿Es mejor estar sola que aburrirse en compañía? Y, si tan harta está, ¿por qué le duele que un año más no se la haya llevado a Brighton? ¿Es orgullo o amor? Enamorarse nos despierta una avidez fanática por descubrir hasta el rincón más recóndito del otro, pero ¿qué pasa si después no te convence lo que encuentras?

La puerta del bar se abre detrás de ella y la salva de los pensamientos que lleva semanas evitando. Se gira para ver si es el pescador; quién sabe si podría sacarle algo más sobre el tierno hombre buñuelo que controla las aguas y estudia Psicología. Pero no. Es Beto, el pirata que anoche la atendió en la barra del bar. Se enciende un cigarrillo. ¿No la ha visto? Entre la niebla y que está arrimada a la pared gris con un jersey gris, tal vez se haya vuelto invisible por primera vez.

–¡Feliz Navidad! –exclama Beto.

–Oh, buenos días. ¿Haces turnos de veinticuatro horas o qué?

–¡No, por Dios! Un compañero se ha puesto malo y me ha tocado entrar antes. Son días de mucha faena.

Ramona lo compadece. Después charlan otra vez sobre la niebla. Si hiciera sol, la conversación sería: Nadie diría que estamos en diciembre, ¿eh? Y si soplara viento, hablarían del riesgo de incendios o de los árboles que caen.

–Qué aire más limpio –dice Ramona, haciendo una inspiración teatral.

–No te creas. Aquí hay más partículas en suspensión que en plena Barcelona. El aire es un asco.

–¡Venga ya!

Beto ríe que ríe. Todo le hace una gracia tremenda.

–¡Te lo juro por lo más sagrado! La porquería del tráfico de Barcelona sube hasta aquí y se queda atrapada entre las montañas. Y luego está el humo, de la leña y del pellet de las calefacciones. Y las granjas de cerdos: en este país hay más cerdos que personas. La longaniza nos matará, pero no por comérnosla. –Los dos dan una calada y sueltan el humo, que se confunde con la niebla–. Dicen que mañana la niebla se levantará. Veremos si es verdad.

–¿Sabes si se puede visitar la presa?

–Si te interesa puedes hablar con Faust, el capo del tinglado. Se pasa el día enseñándosela a periodistas.

–¿A periodistas?

–Uy, cada dos por tres sale por la tele. Cuanto más vacío está el pantano, más periodistas vienen a husmear el cadáver. Buitres. ¿No serás periodista, tú?

–No, no, ¡qué va!

–La semana pasada, una periodista se quedó atascada en el lodo. Paseaba por la orilla, que ya me dirás qué ideas, como si no hubiera bosques más bonitos, ¿no?, pues la chavala se acercó demasiado al agua y, claro, el lodo de la orilla son arenas movedizas. Cuanto más intentas salir, más te hundes. Menos mal que llevaba el móvil y pudo llamar a emergencias; si no, menudo plan. Tuvieron que venir los bomberos a sacarla. Y ella, con los pantalones enfangados, lloraba. Bueno, moza, voy pa dentro o el jefe me echará la bronca. –Y con esto se vuelve al bar.

Vaya tipo, se dice Ramona. Antes de marcharse tendrá que darle uno de los rasca y gana que lleva siempre en la cartera, y que no es un rasca cualquiera: es la lotería instantánea con más probabilidades de tocar del mercado; la estudió mucho para elegirla; uno de cada 2,6 boletos tiene premio y cada serie retorna el setenta y tres por ciento de su valor.

Ya se ha terminado el cigarrillo, pero se queda unos minutos más sentada en el escalón. Hoy tampoco podrá ver el pantano por culpa del boicot de la niebla. Maldita niebla. Aunque al mismo tiempo le inquieta pensar que mañana quizá se habrá esfumado. Se habrá acabado esconderse.

Sube a su habitación, decidida a aprovechar el día de Navidad para empezar a trabajar en la conferencia para *Crónicas alucinatorias: Barcelona 2050*. Ya basta de holgazanear. Lleva semanas atascada, y ella no puede llamar a ningún bombero para que la venga a rescatar del lodazal de la procrastinación. El amor también son unas arenas movedizas, piensa, te adentras cautivada por el paisaje y después, cuando quieres salir, no sabes cómo.

Se detiene en lo alto de las escaleras y observa la asepsia del espacio: los sofás insulsos, los cuadros que nadie contempla, la

chimenea apagada en la sala del fondo. La vida falsa que reina en los hoteles. No-lugares. En un no-lugar, el individuo se disuelve en el anonimato. No es nadie, no tiene historia. Estar en un no-lugar es perder la identidad y abocarse a un presente perpetuo. El mundo del futuro es eso: un inmenso no-lugar en el que nos disolvemos. También la Barcelona del 2050. La unidad de medida de los no-lugares es el tiempo que permaneces en ellos. Dos noches en el parador. Los no-lugares son el auténtico truco de la invisibilidad. Seguir existiendo mientras el mundo finge que no nos ve, e imaginar que nos echa de menos con desesperación. Pero al mundo le importamos un comino.

Abre la puerta de la habitación y desde la cama Mefistófeles se mofa: Menuda sandez, ¿es eso lo que harás con la conferencia, un refrito de las ideas de Marc Augé? ¡Bravo, brillante, eres un genio!

La no-Ramona se tumba en la cama. A través de las cortinas abiertas ve el no-paisaje. También los trenes son no-lugares. El no-Faust hace ya unos minutos que ha dejado atrás la estación de Delicias. El mundo en negativo, igual que ella y Faust, que son como el reflejo en un espejo o el negativo de una foto: una misma imagen que, a su vez, es una imagen absolutamente opuesta. Ramona enciende el teléfono y lo busca.

XIII

Diez minutos para las dos. El tren atraviesa los Monegros.

Tierra, tierra.

Cielo, cielo.

Marrón, gris, azul.

Sin fin.

A lo lejos, unas nubes con textura de nata montada forman una montaña en el aire. Es un cumulonimbus. Ese término siempre le ha parecido gracioso: suena como un conjuro en latín. *Fiat lux*. Y se hizo la luz. *Fiat cumulonimbus. Et factus est cumulonimbus*. Ojalá fuera tan fácil invocar la lluvia. ¿Lloverá?, se pregunta ahora Faust mientras tierra, tierra, cielo, cielo, marrón, gris, azul, sin fin.

Contempla el paisaje monótono y los pensamientos se le solapan encabalgan atropellan. Todo tiene un tono descolorido de foto antigua quemada por los años: foto antigua: él sonriendo entre los peces muertos en aquel carrete del 89: la versión demoníaca de la multiplicación de los panes y los peces: milagros y sermones: el sermón de la montaña: Jesús en la montaña: el diablo en el desierto: el sermón del desierto: Monegros: el paisaje lunar que se extiende a ambos lados: una fina capa de ceniza lo cubre todo: ese lugar es el cenicero de Dios: el horizonte: por más que el horizonte visible esté a tan solo seis kilómetros, es inalcanzable: el horizonte, los horizontes, el futuro: hacer el máster y abrir una consulta de psicólogo en Vic: escuchar los pensamientos de los demás: el rumor de su cerebro: el rumor de centrifugadora del tren: la extraña sensación en los oídos, como si los tuviera taponados: el oído borroso, igual que la vista cuando la fija en el terraplén que sube y

baja como una ola al pasar: arriba y abajo: ahora terraplén, ahora desierto: el desierto de cincuenta kilómetros que separa Cataluña de España: ahora se ve, ahora no se ve: el desierto siempre está más cerca de lo que parece: también el horizonte: los estratos de colores del terraplén: los estratos del cerro que ve todos los días: rojo y blanco: sedimentos comprimidos: rojo y blanco: sangre y huesos: rojo y blanco: franjas de colores: capas como las de la tarta Massini: yema, bizcocho, nata, chocolate: el tren como un gran gusano que roe la Massini de la corteza terrestre: Massini: un pastel anticuado: Faust anticuado: Massini: el hambre: no tendré tiempo de picar algo al llegar: el hambre: ay, los peces muertos: el hambre: la ansiedad: el hambre, el hambre, el hambre.

Jofre sigue sin recibir el mensaje, y hace ya una hora que se lo ha enviado. ¿Dónde se habrá metido? Lee el comunicado de prensa que le manda Navarro. Implementaremos las medidas necesarias. Minimizar la afectación. Estamos estudiando el alcance. Contingencia. Protocolo. Se ha observado una decena de. Departamento. Actuaciones. Peligro. Especies no autóctonas. Sequía. Estratificación. Anoxia. Falta de oxígeno.

Revisa Twitter e Instagram. A ver qué. Han aparecido otras dos fotos que muestran más ejemplares muertos, unos veinte o treinta. Mierda. Un plano detalle de tres peces con los ojos secos y opacos como las merluzas del supermercado, o como los suyos, que tiene que remojar a menudo con colirio.

El Impromptu número 3 vuelve a sonar. Estel9Nou. Es la carroñera de Sociedad del periódico regional. La tiene fichada porque ya la ha capeado otras veces. No lo coge. Espera a que deje de sonar y luego le manda un whatsapp:

> Estel, perdona, estoy en el tren y
> tengo mala cobertura: imposible
> mantener una conversación normal
>
> Si llamabas por lo del comunicado,
> mejor habla con Marta de la

central

Y le adjunta el teléfono. Después informa a Navarro:

Me ha llamado el 9 Nou

Les he dicho que si es por el tema
del comunicado, que hablen con Marta

Se levanta para ir a la cafetería a comprar un bocadillo que lo aplaque, y el tren empieza a desacelerar. No es un frenazo brusco, pero se detiene del todo. El vagón deja de mecerse; las pantallas del pasillo se ponen negras; el paisaje se petrifica.

En la ventana ve su reflejo superpuesto al desierto del otro lado del cristal. Solo la cabeza sobresale de la tierra, igual que la del perro semihundido de Goya. Por favor, que no hayan robado el cobre de la catenaria. No quiere ni pensarlo. La idea de un retraso importante lo desarma y se deja caer de nuevo en el asiento. Perro hundido del todo.

Podría no ser nada. A lo mejor solo tiene que pasar otro convoy en sentido contrario. Y es pensarlo y que lo asalte la imagen de un tren a toda velocidad avanzando hacia ellos por la misma vía. Como está sentado en el primer asiento del primer vagón, tendría la muerte asegurada. Casi puede percibir el otro tren acercándose y..., entonces, la sinfonía del descarrilamiento: el rechinar de las planchas de acero arrugándose como papel de aluminio, los chillidos de hierro. El otro tren embestiría el de Faust y se encabalgaría sobre su vagón igual que un macho montando a una hembra, y después volcaría hacia un lado. El cuerpo de Faust quedaría atrapado entre el asiento marrón y el bastidor, cubierto de esquirlas de vidrio, despanzurrado, con los intestinos desbordando como la nata de una lionesa. Lionesa. El hambre.

Por un instante espera con terror y también ilusión el tren que lo liberará, pero lo que llega no es un tren en sentido contrario, sino un

mensaje de Navarro; una nota de voz como siempre: se debe de creer que su tiempo es más valioso que el de los demás. ¿Para qué malgastar un minuto escribiendo un mensaje si puede gritárselo en veinte segundos? Seguro que Navarro no le manda notas de voz al director de la Agencia Catalana del Agua. La escucha: «¿Cómo que le has dicho que si era por el comunicado que hablara con nosotros? Joder, Faust, si te he dicho que de momento no lo enviaríamos para no levantar la liebre».

Estel9Nou le escribe:

¿Qué comunicado?

El tren no se mueve. Él tampoco reacciona. No les responde. ¿Qué podría decirles? Desierto, horizontes.

–Exquiusmi –dice una voz de mujer.

Al girarse, se encuentra a las dos asiáticas plantadas en el pasillo con las mejillas incandescentes, podrían tener quince años o sesenta:

–Perdona, ¿cutuiteica foto contigo? –dice la más alta y delgaducha en un inglés que Faust entiende a medias.

–¿Foto? ¿Conmigo? –repite Faust con incredulidad. Debe de haberla entendido mal. Los idiomas no se le dan nada bien.

–Sí, sí –insiste la segunda, risueña, con la vista pegada al suelo.

–Pero...

–Uirsoimbarrast –explica la segunda gesticulando incomprensiblemente.

–Por favor, yastuanpicher.

Faust no entiende ni jota de lo que dicen. Deben de ser hermanas. ¿O es racista pensar que dos asiáticas se parecen? Pone cara de bobo. No sabe qué decir. Ellas se miran. Una teclea en el móvil. La otra le dice: Coredes, y unas frases más en japonés, takatakataka, como el sonido de un cuchillo cortando zanahorias, shashinototemoidesca. Son mujeres en dos dimensiones, figuritas recortadas en papel, sin pechos, sin nalgas. Cada cabello dibujado

con tiralíneas. La melena como una cascada negra y densa. Un embalse de petróleo en miniatura.

–Yo no... –empieza en inglés.

Y de pronto las dos insisten abochornadas:

–Perdona tubóderyu –dice la más alta, y le muestra una foto en la pantalla del teléfono.

–Philip Seymour Hoffman –dice la segunda–. ¿Duyu-nóujim? Hangagueims.

–¿Capote, Tuister?

Faust ya sabe de quién le hablan, claro, es un actor cojonudo. Nunca había reparado en el parecido, pero, ahora que lo mira bien, ve que en la foto tienen cierta semejanza. Es raro encontrar a alguien que se te parece, piensa, te hace sentir menos único y al mismo tiempo más acompañado, como tener a alguien con quien repartirse las tragedias.

–Yo no soy ese hombre –articula despacio, acompañándose de gestos.

Y entonces entiende que las dos mujeres de origami ya saben que no es él; solo quieren hacerle una foto porque el parecido les resulta simpático.

–Oquei –dice él, levantándose y enseñándoles un pulgar hacia arriba.

Se ponen una a cada lado. Él les pasa el brazo por los hombros y, para satisfacerlas, procura hollywoodizarse: hincha el pecho, echa la barbilla hacia arriba, sonríe un poco de soslayo, intensifica la mirada. Una de ellas alarga el brazo y toma uno, dos, tres selfis. Entonces también él saca el teléfono y hace una foto de grupo. A las dos japonesas no les hace mucha gracia. ¿Por qué no puede tener él un recuerdo de esta extraña escena? ¿Están incómodas o son imaginaciones de Faust? ¿Por qué ellas pueden tener su imagen y colgarla en Instagram con un texto divertido o enviársela a los amigos por WhatsApp y él no?

Las japonesas se retiran comentando la jugada, y él se sienta de nuevo en la butaca XL. El tren continúa sin moverse. Diría que lleva mucho rato detenido. Las dos y catorce minutos. Sí, lleva rato. Ve a un azafato en el otro extremo del vagón y se acerca a preguntarle.

–Perdona, ¿sabes qué pasa?

–Hay una incidencia en una de las subestaciones de suministro eléctrico. No se preocupe, enseguida estará solucionado.

Incidencia es una palabra sospechosa. Demasiado abstracta. En el lenguaje funcionarial una incidencia puede ser cualquier cosa: la negligencia de un incompetente, un cuerpo seccionado por los raíles, una invasión extraterrestre.

Faust vuelve a su asiento poco convencido. Reparar una subestación no es coser y cantar. Claro que, tratándose de la línea de alta velocidad, deben de tener un sistema redundante de aprovisionamiento, igual que en la presa. Este tipo de infraestructuras no pueden correr el riesgo de.

Para no comerse la cabeza, googlea el nombre del actor y le aparece el tipo mirando a cámara con una sonrisa de derrota, gordo, mal afeitado. Recuerda cuando lo encontraron con una jeringa clavada en el brazo y un sobre de heroína. Aquella noche vio una película suya con Joana; entonces todavía estaba enamorada de él, hacía solo un año que salían. El actor tenía tres hijos. Definitivamente fue una suerte no tenerlos con Joana. Después chocan dos trenes en los Monegros y tres críos acaban huérfanos.

Podría ver una película suya. ¿Por qué no ahora? Ahora mismo. Tampoco puede hacer nada con los peces ni con Jofre ni con Navarro ni con Estel9Nou. Y si no se abstrae, se ofuscará todavía más. Una película, una distracción. Sumergirse en la pantalla. Tirarse dentro como quien se zambulle en el mar para dejar de oír el mundo.

Lee sinopsis de las que no ha visto. Algunas son demasiado comerciales, no le interesan. *Synecdoche, New York* pinta bien; va de un director teatral que proyecta representar una obra usando una réplica de Nueva York a tamaño natural dentro de un almacén. ¿Sinécdoque era aquello de la asignatura de lengua: tomar la parte por el todo? *Magnolia* todavía la tiene muy fresca. Nueve tramas paralelas. Un niño prodigio, un presentador de televisión, un moribundo, un hijo perdido. Historias aparentemente independientes que guardan relación entre sí. Levanta la cabeza. Una mujer rumbosa, un hombre de goma, dos hermanas japonesas, una mujer

con extremidades de araña, un doble de Philip Seymour Hoffman, peces que mueren por falta de oxígeno. Anoxia. Historias aparentemente inconexas que. Hay una veintena de personas más en el vagón. Faust las espía en el reflejo del cristal de los portaequipajes superiores. Miran hacia abajo, inmovilizadas por el móvil, la escafandra de píxeles que las aísla del mundo. Dos asientos más allá, una mujer de espaldas con uñas postizas hace scroll en la pantalla. De repente entra en WhatsApp. Si Faust hiciera una foto desde donde está, podría ampliar la imagen y leer la conversación. Te echo de menos, llego dentro de una hora. O bien: El tren está parado. O bien: Ahora mismo te comería la polla. O bien: Compra tomates. O bien: Mañana te mando el informe. O bien: Hay un gordo fisgón que me espía.

¿Cuántos japoneses habrán visto su foto de doble de pacotilla? Y los peces muertos, ¿cuántas visualizaciones tendrán? Ver una película. Sí, le conviene. Ver una película aunque sea un sacrilegio verla en la pantallita del teléfono. Venga, sí. *Synecdoche*. Play. Pero la imagen no avanza. La pantalla quieta. El tren detenido. Los pasajeros estáticos ante los móviles. Quizá la vida se ha puesto en pausa y él es el único que se niega a colaborar. Fuera tampoco se mueve nada.

La idea del mundo paralizado le produce una alegría repentina. Navarro congelado a medio mear en un urinario, con el chorro amarillento trazando un arco. Estel9Nou a punto de pulsar el botoncito verde de Llamar. Los peces todavía vivos e inmóviles bajo el agua que los está matando. El fuego detenido en la mecha de un petardo. Todo es posible aún, todo tiene que ocurrir aún. Faust, no desbarres.

Ding-dang-dong.

Los pasajeros alzan los ojos al cielo, como si esperaran un mensaje del Altísimo. Señores pasajeros, dice una voz femenina que quiere sonar cercana, confiamos en poder reanudar la marcha dentro de pocos minutos, cercana como si fuera una amiga y no una empresa ferroviaria la que gestiona el servicio, en el mismo tono de la vecina que viene a pedirte un poco de sal, una patata, ding-dangdong, perdona, ¿no tendrás un huevo?, es que iba a hacer

mayonesa y el servicio de tren se ha interrumpido, no me lo tengas en cuenta. A todos se nos puede cortar la mayonesa con el último huevo. Les pedimos que disculpen las molestias. Te debo una.

Ding-dang-dong.

Un murmullo recorre el vagón. Él piensa en la conferencia de hace dos días sobre la adaptación de las infraestructuras al cambio climático. Estrés térmico de los materiales, reducción de la vida útil, dilataciones extremas. Lo que se dijo debe de ser aplicable también al transporte ferroviario. Una incidencia podría ser un convoy que ha descarrilado por la dilatación del raíl. O problemas derivados de la sequía, que altera las propiedades del hormigón y provoca que el terreno pierda capacidad de carga. Socavones, grietas, desniveles. Peligros geológicos. Incidencias.

Una mano lo sustrae de sus pensamientos. Una manita de cerda.

–Perdona, es para ti –le dice ofreciéndole el móvil.

–Vaya, perdona, yo no...

Es el responsable del dispositivo. Le informa de que llegarán antes de lo previsto, a las cuatro y pico. Faust le aclara que ese no es su número y le dicta el correcto. El tren sigue detenido y empieza a parecerle imposible estar en Sau dentro de poco más de dos horas, pero no dice nada; mejor esperar media hora antes de alertar a Navarro y a los del dispositivo de que no llegará a tiempo: tal vez el tren arranque enseguida y habría disparado las alarmas por nada.

Le devuelve el teléfono a la mujer rumbosa, reprimiendo la tentación de echar un vistazo a la pantalla para ver si Tinder le anuncia algo más. ¿Estará todo el día pendiente del cacharro?

–Muchísimas gracias, y perdona, ya he arreglado el malentendido del número.

Ella le sonríe y dice que no pasa nada, que no se preocupe. Se llama Dora, encantada. Él no tiene ganas de cháchara, pero se ve obligado a seguirle un poco la corriente: la amabilidad se paga con amabilidad. Faust, dice ofreciéndole la mano. Y ella dice que ya lo sabe, que acaba de hacerle de secretaria, y entonces se ríe cacareando fuerte, gallináceamente, de una manera en que Faust nunca se ríe porque le daría vergüenza que pensaran que no está bien de la cabeza, que está majara o que va fumado; no, no, él no

quiere que lo tomen por un porreta o por un desequilibrado. Y Dora añade:

–Parece que tienes algo importante entre manos.

–Bah, nada, problemas de trabajo. Soy el tipo menos importante de este tren. Y de este país.

–¡No será para tanto!

–Te lo juro. Hasta soy el tipo menos importante de mi vida. ¡Imagínate!

Ella primero medio se ríe, pero luego se pone seria.

–El tipo menos importante de tu vida. Bueno, haré como que no lo he oído: estoy de vacaciones hasta el lunes. –Y le guiña el ojo. Faust la mira con cara interrogadora–. Psicóloga, ya sabes –explica haciendo un ademán con la mano para quitarle importancia.

Y entonces le entran unas ganas feroces de conversar con ella. Ganas de saber. Si tiene consulta. Y qué especialidad. Y cómo se lo montó al principio. Consejos, quiere consejos. Tiene tantas preguntas que no sabe por dónde empezar. Y de pronto se vuelve muy autoconsciente. Se ve a través de los ojos de ella, entrenados para radiografiar la psique. Nota que se le transparenta la inseguridad, el deje de ansiedad, la poca alegría. Siente que le han levantado la máscara.

–Bueno, pues nada –dice ella, haciendo por ponerse a leer el libro electrónico, que ahora Faust quiere saber cuál es–. A ver si arrancamos o qué.

–Sí, a ver.

Se sienta, avergonzado de haber dicho que es el tipo menos importante de su vida. ¿A quién quieres ayudar, Faust? ¿A quién quieres desgraciarle la existencia? Aunque la sabiduría popular dice aquello de «En casa del herrero, cuchara de palo». ¿Te escudarás en un refrán, Faust? No me hagas reír.

De todas las personas posibles, le ha tocado justamente una psicóloga sentada al lado. El azar también es una incidencia. Las incidencias parasitan nuestra vida y la desvían de su curso. ¿Por qué yo soy yo? ¿Soy el resultado de una concatenación de incidentes? ¿Por qué hago lo que hago? La arbitrariedad trastoca continuamente nuestros planes. También Ramona Ra debió de acabar en el Parador

de Sau por accidente. ¿Es una sinécdoque considerar que la vida entera es un accidente, una avería? ¿Es tomar la parte por el todo?

XIV

Sau fue una bala perdida que alcanzó de lleno a Ramona en el momento justo –después de la despedida en el aparcamiento del aeropuerto–, lo que demuestra una vez más que la vida es un juego de alta precisión con un margen de error ínfimo: un metro arriba o abajo separa un futuro de otro; un minuto antes o después puede cambiarlo todo. Y estamos rodeados de metros y minutos y francotiradores extemporáneos que disparan balas sin siquiera saber que están empuñando un rifle.

Aquella mañana del 24 de diciembre venían directas del ático de Ocata de Greta, donde habían pasado unos días por imperativo sanitario: habían encontrado chinches en el piso de Ramona. La empresa de exterminio, después de aplicar un tratamiento termoquímico combinado, les había prohibido entrar en el piso durante veinticuatro horas, plazo que ellas, poco entusiasmadas con la idea de meterse en una atmósfera cerrada y, al menos para las chinches, mortífera, habían decidido prolongar hasta las setenta y dos.

Como todos los años, sin embargo, el día 24 Greta volaba al hogar-dulce-hogar de Brighton. Ramona, pues, tenía que volver sola al piso infestado y procurarse un colchón nuevo. El viejo lo habían tenido que tirar, en parte porque se lo habían aconsejado, en parte por el asco que les daba imaginar que quedara alguna superviviente escondida entre las costuras acechando para vampirizarlas. Así que ahora le tocaba comprar un colchón en plenas fiestas navideñas. Qué locura. Mientras tanto, tendría que dormir en el sofá-cama-

futón, un pequeño instrumento de tortura que, por bonito que fuera, le trituraría las lumbares.

De manera que estaban en el aparcamiento del aeropuerto y, si no hubiera sido por las chinches y por la circunstancia de tener en el maletero las cuatro cosas que se había llevado a casa de Greta (algo de ropa, el cepillo de dientes, el ordenador, dos libros que tenía a medias), si no hubiera sido por eso, Ramona no habría acabado en Sau. En definitiva, que fue todo por culpa del –o gracias al– incidente de las chinches. El incidente, la incidencia, la señal.

Si las cosas hubieran sido como habrían tenido que ser, Ramona se habría subido al mismo avión que Greta y habrían volado juntas a Brighton para conocer de una vez a la familia que se empeñaba en hacer como que Ramona no existía, convencidos como estaban de que el inexplicable acceso de lesbianismo de su hija mayor tenía que ser un virus que acabaría remitiendo. Al fin y al cabo, Greta nunca antes, Greta no, Greta siempre había: Greta estaba confusa. Que la confusión ya le durara tres años no parecía tener ninguna importancia para sus consanguíneos británicos.

Así pues, por tercer año consecutivo, Ramona tenía que pasar Navidad y Fin de Año sin Greta, y alternaba entre sulfurarse consigo misma por tolerar ese trato y sulfurarse con Greta por ser tan cobarde. El beso de despedida con Greta en el aeropuerto fue formulario y sin lengua, y cuando Greta le dijo en inglés, siempre en inglés, lo mismo que le había recitado los dos últimos años con vocecita compungida –Lo siento, el año que viene nos lo montaremos de otra manera–, Ramona le respondió con una sonrisa tan exagerada que más que una sonrisa fue una mueca.

Entonces, después del beso seco y del paroxismo de sonrisa, Ramona se montó en el coche y escapó sin esperar siquiera a que Greta se girara y se encaminara hacia la entrada de la Terminal 1, y menos todavía a que desapareciera por las puertas giratorias, porque lo que le apetecía era abandonar a Greta allí, como si ese gesto nimio –en definitiva, no era ningún abandono– pudiera resarcirla del de ella, que sí que era un abandono en toda regla. Su pequeña venganza era arrancar deprisa y alejarse mientras Greta volaba hacia Brighton, donde sería recibida, abrazada, regalada,

acompañada, reída, llorada, besuqueada, socializada, christmasroasteada, gingerbreadizada, con gente que la quería y que repudiaba a Ramona sin conocerla siquiera, y con la absoluta pasividad (connivencia, complicidad, alevosía, lo llamaba Ramona) de Greta.

Por la mañana, nada más despertarse, Greta había intentado hacerse perdonar mostrándose más guarra de lo habitual, metiéndole la lengua entre las nalgas, pero Ramona no estaba para sobornos burdos y, por más que la había dejado continuar hasta el final, su indignación no se había aplacado en absoluto, más bien al contrario, se había exacerbado todavía más porque el comportamiento de Greta demostraba que era muy consciente de su cobardía y de su culpa, y aun así no se le había ocurrido nada mejor que pretender comprar un indulto con orgasmos.

Aquel 24 de diciembre, pues, Ramona huyó del aeropuerto a toda prisa para alejarse rápido del teatrito con Greta (el espectáculo gretesco) que cada día le costaba más escenificar y, al estar lo bastante lejos del aeropuerto, se detuvo en el arcén. No quería volver a casa. Se lio un cigarrillo bien cargado, lo encendió, pegó una calada, y el humo la llenó de ligereza. Pensándolo bien, había una parte buena: ya no tendría que responder ante nadie ni negociar nada ni fingir buen humor. Aunque tampoco estaba segura de que el sentimiento de liberación fuera genuino. ¿Realmente se sentía más libre o era solo un mecanismo psicológico, una farsa mental que se había montado para no afligirse un año más? Pero ¿todavía estaba triste o ya no? ¿No era una chispa de alivio lo que sentía, de alivio por haberse quitado a Greta de encima? En todo caso, no quería volver a la casa de las chinches sin colchón, eso seguro. Necesitaba uno de sus trucos de escapismo.

Se le pasó por la cabeza hacer una de sus visitas periódicas al Museo Picasso, si bien lo suyo, más que visitas, eran peregrinaciones; entraba como quien se adentra en un santuario y salía purificada. Quizá le convenía el efecto terapéutico de admirar rostros y cuerpos hechos de retazos inconexos con colores incongruentes. Aquellos cuadros, monstruosos y sublimes a la vez, la conectaban con algún tipo de verdad; Picasso sí que había retratado

a las personas tal como eran, por eso contemplar su obra la reconciliaba con el mundo y consigo misma, que también era una persona hecha de retazos incongruentes.

Su destino podría haber sido el Museo Picasso si en ese preciso instante no hubiera encendido la radio (el francotirador extemporáneo) y no hubiera escuchado a la locutora disparando la bala (bang): Tiene setenta y dos años y es el único vecino de la zona que vivió en el antiguo pueblo de Sant Romà de Sau, el pueblo inundado en 1965 con la inauguración del pantano. Ahora la sequía ha dejado al descubierto la casa de su infancia.

Sau, repite ella en su cabeza. Hace meses que oye hablar del pantano. La iglesia se ha convertido en el símbolo de la sequía del país. A su vez, la sequía climática es el símbolo de la sequía social y nacional. Posible tema para un episodio del podcast.

Arena, lodo y ruinas, dice la locutora.

Ramona se ríe sola. En alemán, *Sau* significa «cerda». *Du Sau*. Serás cerda, Greta. Señales y más señales, mientras el último habitante explica: Todo esto eran campos, cada día veíamos el pueblo desaparecer un poco más bajo el agua. Tengo más recuerdos del exterior que del interior de mi casa. Podría hacer una peregrinación a Sau, ¿por qué no? En el maletero tengo ropa, el cepillo de dientes, el ordenador. Una sequía muy dura, dice la locutora. Podría ir a Sau y tener un accidente por el camino. La culpa sería de la radio, de Greta, *du Sau*. O no, sería suya por conducir siempre demasiado deprisa. No es ella quien tomará la decisión de ir. Se dejará arrastrar por la marea del mundo como una medusa moribunda. Si en la radio hubieran hablado de un temporal de levante en Colera o de una exposición en el Guggenheim de Bilbao, también se habría ido a Colera, a Bilbao. Acatar las señales y punto. La improvisación es una forma cara de escapar de la trampa de la rutina que todos los días nos tendemos nosotros mismos porque, por más que la odiemos, la necesitamos.

Al Picasso ya irá otro día. Enciende el móvil y busca hotel en la zona. No hay mucho donde elegir. Y enseguida lo ve: Parador de Vic-Sau. Balcones con vistas al pantano. Es bonito, pero preferiría no ir a un parador: le recuerda aquella vez con Carmel de Tú sí que eres

una leona. Debe de estar desierto, en plenas fiestas. ¿A quién coño se le ocurriría pasar la Navidad en un caserón franquista en medio de la nada, delante de un pantano seco? Hay pocas cosas más deprimentes.

¿Cuántas noches? ¿Una, dos, tres, la semana entera? Aprovechará para empezar el nuevo ensayo que le prometió al editor, el nuevo libro para el que ha firmado un contrato que tiene la absoluta certeza de que incumplirá. Aislarse en un hotel para trabajar es una buena manera de eludir el espíritu navideño, aunque quizá acabará delante del ordenador escribiendo un millón de veces *All work and no play makes Ramona a dull girl*. Pero puede intentarlo. Hay días que lo único que hace falta para ponerse a trabajar es no tener alternativa. No tener amigos con quienes quedar ni lavadoras que tender. Decide reservar dos noches. Siempre estará a tiempo de prolongar su estancia. Pulsa el botón: Reservar ahora.

Greta todavía no debía de haber embarcado y ella ya tenía una habitación esperándola. Le escribió: Me voy a Sau un par de días. Y entonces lo borró. Antes de continuar con el teatro gretesco, necesitaba un entreacto, un entremés. ¿O acaso la función ya había terminado y todavía no quería aceptarlo?

Metió la dirección en el navegador. Ciento cinco kilómetros. Ciento cinco kilos pesaba su padre antes de morir. Una hora y treinta y tres minutos. Pero no tenía bragas limpias. Diez minutos antes era una mujer sentenciada a una noche de sofá en un piso con un aire mortífero y ahora era una mujer con un plan improvisado y las bragas sucias. He aquí cómo aprovecha el privilegio que heredó de sus padres: con una vida improvisada. Así pues, se detiene en El Corte Inglés de Cornellà, que le viene de paso. Corte Inglés y parador: su deriva de medusa la está llevando a unos hábitos de consumo un poco casposos.

Entra en el vientre de los grandes almacenes. Balconadas abiertas en la segunda y tercera planta. Todo tiene un aire de *shopping mall* americano con una iluminación blanca de nave espacial. Gente haciendo las últimas compras con la misma ansiedad con la que en el colegio hacían los deberes el último día, a última hora de la noche

o incluso la misma mañana, en el autobús. Los adultos no existen. Lo leyó hace poco en una entrevista a un psicólogo.

Ella no va a regalarle nada a nadie, de modo que no tiene compras pendientes, salvo las bragas –seis, todas negras, de algodón– que pide que le envuelvan como si fueran un regalo. Serían un regalo bien cutre. Pero se las hace envolver obedeciendo a la voluntad indestructible y ridícula de hacerse pasar por una persona normal delante de los demás; también la dependienta finge normalidad, igual que el hombre que duda entre quedarse una 90C o una 90D para su mujer. Todos escondiendo la anomalía congénita que cargamos desde que nacemos.

A las dos y media llegó al parador. Sonaba un impromptu. Lo dejó acabar y se bajó del coche.

XV

«Estaba en la segunda galería –se excusa Jofre– llevando a cabo las maniobras preventivas.» Tira de fraseología profesional para disimular su indolencia. Normalmente es Faust quien se ocupa de las comprobaciones rutinarias para verificar que todo esté en perfecto orden. Acciona todas y cada una de las compuertas una vez al mes para asegurarse de que el día que sea necesario no estarán averiadas, sobre todo las del aliviadero, que ya hace tres años que no se accionan porque no les llega el agua. Las del desagüe de fondo solo tardan siete minutos en abrirse del todo, y nueve en volver a cerrarse, pero las compuertas del aliviadero son otra historia: ahora que no hay agua, tienen que accionarlas con la bomba y tardan casi dos horas.

Las comprobaciones periódicas son cruciales; los elementos mecánicos siempre están dispuestos a fallar, eso Faust lo sabe muy bien: las máquinas nos boicotean. Como antes, cuando se ha quedado sin cobertura en el instante más decisivo. A veces piensa que son las propias ondas cerebrales del estrés las que provocan fallos en los dispositivos inorgánicos. Igual que las tormentas solares producen auroras boreales y fríen los satélites, las ondas electromagnéticas de nuestro cerebro podrían interferir en el buen funcionamiento del mundo. El día que más lo necesitas, el ordenador se joroba o el sensor proporciona lecturas incoherentes. Demasiadas casualidades.

Faust le encarga a Jofre que vaya a inspeccionar la superficie y las orillas, y lo informe inmediatamente sobre los peces muertos –cantidad, tamaño, localización, especie–, y también sobre los

humanos vivos con los que se tope –lo mismo: cantidad, tamaño, localización, especie: ¿son periodistas?–. Le pide que prepare el corte del puente: antes de las cinco estarán allí los del dispositivo. No menciona la posibilidad de no llegar a tiempo porque está dentro de un tren parado en medio de la nada. Ha pactado consigo mismo que se daba media hora de margen y solo han pasado cinco minutos. Cuando cuelgan, Faust está menos inquieto.

Tres filas más allá, se levanta un chico. No debe de tener más de dieciséis o diecisiete años. Auriculares y pelo largo. ¿Todavía se lleva el pelo largo? Por el reflejo del portaequipajes superior espía su butaca. Parece que viaja solo. En el asiento de al lado, un paquete de Príncipe. También él se comería unas ahora. Quizá el chico no viaja solo; la mujer de la fila cinco podría ser su madre, o el tipo de la doce, su padre. Pero los adolescentes, ya se sabe, actúan como si fueran adultos plenamente funcionales por más que no sepan hacerse una tortilla ni poner una lavadora. Desprecian a sus padres porque tienen la arrogancia de considerarse mejores que ellos, y la ley natural del perfeccionamiento a través de la evolución genética les da la razón: son mejores que sus padres. Hace años, Faust también pensaba así. Despreciaba sus orígenes extremeños, el acento cerrado y caricaturesco de su padre cuando hablaba con el yayo Fausto, la extracción humilde de su familia. No soportaba ver a su madre sirviendo mesas con una sumisión degradante que ella llamaba amabilidad y que dedicaba incluso a malnacidos como Martínez, que un día le pellizcó el trasero. Un cliente es un cliente. A Faust le parecía una manera abyecta de rebajarse. Ahora ya no le queda arrogancia ni vanidad para pensar esas cosas.

Como el tren ya no hace ningún ruido, oye fragmentos de conversaciones. Atentado islamista, ha dicho alguien. ¿Podría ser esa la causa del parón? Podría ser. Busca en el móvil si se ha producido un ataque en alguna ciudad o línea ferroviaria. Ni rastro. ¿Y si el terrorista fuese un pasajero? Eso sí que sería un buen motivo para detener el tren: evitar una matanza al entrar en una estación llena de gente. Si explotara un AVE en el vientre de Sants sería una carnicería. Si tiene que estallar, más vale que estalle en medio de los Monegros, lejos de las cámaras. Si un árbol cae en el bosque y no

hay nadie, ¿hace ruido? Si un tren explota en medio del desierto y no hay nadie.

Enviarían a las fuerzas especiales y los desalojarían con discreción. El terrorista podría darse cuenta y bum: más vale matar a treinta que a ninguno. ¿Y si viaja en su mismo vagón? A Faust la idea no le asusta. Lo que le asusta es precisamente que no le asuste en absoluto. Pero le daría pena por la mujer rumbosa, por el hombre de goma que ya no volvería a estornudar nunca más, por el adolescente que todavía tiene que matar a sus padres y resucitarlos cuando cumpla los treinta, por las hermanas japonesas (aparecería con ellas en su última foto poniendo cara de actor de Hollywood: sería una última foto formidable).

Faust se levanta y decide pasearse hasta la cola del tren. Ver gente le vendrá bien: sonreír cuando sus ojos se crucen con los de alguien, disculparse por un roce no deseado con un codo –Perdona, también sonriendo–, el juego de negociar con la mirada quién pasa primero cuando coincides en el pasillo, intercambiar cuatro palabras con el chico del bar. Abrir las compuertas al mundo y volver a cerrarlas. Hacer las comprobaciones rutinarias para asegurarse de que todo está en perfecto orden, que no tiene los mecanismos sociales atrofiados, que la maquinaria psicológica no lo boicoteará en el momento decisivo. Soy la persona menos importante de mi vida.

Recorre su vagón entre los viajeros hipnotizados por las pantallas. Avanza por el largo pasillo admirando la pinacoteca del segundo vagón: un hombre con rostro de pantocrátor, una señora engalanada con dorados del Duecento, una madre que amamanta a un bebé como una virgen renacentista. El museo de la humanidad.

Faust se detiene en el pequeño espacio entre vagones, atraído por el rótulo con las instrucciones de emergencia pegado a la puerta: «Tirar de la palanca – Empujar fuerte – Abrir». De vez en cuando, un operario, alguien como él, debe comprobar que el sistema de desbloqueo de la puerta funcione. Maniobras preventivas, etcétera. Faust tiene que refrenar las ganas de abrir la puerta y salir a estirar las piernas por el desierto, aunque tampoco podría, porque una valla de triple torsión separa la vía (y los presos) del mundo libre. Querría sentir el aire que corre por esa tierra muerta, saber cómo huele,

escuchar los ruidos que emite. O acaso sea como el pantano, donde reina un silencio antinatural. A su manera, el embalse también es un desierto. Un desierto de agua. Podría abrir la puerta y volver a casa andando en un acto de penitencia; ojalá el precio para conseguir una vida diferente fuera tan bajo. Hacer la travesía del desierto hasta encontrar la tierra prometida. Exiliarse de dónde, de quién.

Faust acaricia la palanca mientras se imagina pisando el paisaje lunar.

Pero ya se adentra en el tercer vagón. Aquí el pasillo es más estrecho, avanza rozando rodillas y melenas. Hay cuatro asientos por fila en lugar de tres, y las butacas son más sencillas y pequeñas. Una chica se espera al final. Los dos no caben; a duras penas cabe él solo. Faust se apresura. Con cada vagón que atraviesa, le da la impresión de que el pasillo se va estrechando cada vez más, pero sigue adelante. Se ha propuesto llegar hasta el final y ahora no quiere desobedecerse. Hay que abrir del todo las compuertas y volver a cerrarlas. Empieza a sudar. ¿Ha dejado de funcionar el aire acondicionado? Le cuesta más de lo normal poner la cara afable que lo caracteriza.

El bar está abarrotado. Se abre paso escudado tras su panza ovoide. El olor a queso fundido –mixtos, beiconquesos– impregna el aire y le enturbia los pensamientos. Un buen cheddar deshilachándose con la panceta grasienta. Y él venga a sudar. Dos vagones más y ya estará. Llegar al final y volver. ¡Un, dos, tres, al escondite inglés! Girarse y que todo el mundo esté petrificado. Aprieta el paso. Y llega al final. Por supuesto, ni rastro de las fuerzas especiales. En vez de alivio, siente decepción. Se ha desvanecido la posibilidad de sacudir la monotonía con una aventura. Se avergüenza. Si un hombre se desmorona en medio de los Monegros y no hay nadie.

Da media vuelta y enseguida vuelve a estar en el bar atestado. Envases de plástico que se abren. Oye su nombre: ¡Faust! El queso y el beicon. ¿Alguien lo llama? Chocolatinas y latas rojas. ¿Cómo pintaría Meléndez un bodegón hoy en día? ¡Faust! ¿Pintaría unas patatas chips en un bol junto a unas aceitunas o más bien una tapa de guacamole con totopos? ¡Faust! Se gira y ve a Miquel, de la presa

de Darnius: él también estaba en las jornadas técnicas. Faust lo saluda a distancia, se encoge de hombros y pone cara de circunstancias; no se ve con ánimo de retroceder y volver a atravesar el enjambre de cuerpos para llegar hasta él. Tampoco lo conoce mucho, pero siempre recuerda la anécdota de los murciélagos, que él mismo le contó hace años y en la que, no sabe por qué, piensa de vez en cuando, como si fuera un enigma por resolver; la anécdota de la época en que los murciélagos se instalaron en las galerías de Darnius y hacían saltar la alarma a cada momento. Entonces todavía no tenían cámaras, y la primera vez Miquel fue hasta allí creyendo que encontraría personas dentro, unos yonquis o unos activistas de algún grupo ecologista o una pareja follando. Y pasó mucho miedo. Hasta que vio que *solo* eran murciélagos. Cuando piensa en murciélagos, Faust ve sus caras pequeñitas, esas caras de cerdos rabiosos en miniatura, con los dientecitos afilados y las orejotas translúcidas, con esos ojos de araña, negros y redondos; murciélagos peludos apiñados a centenares formando un techo continuo de terciopelo. ¿Miquel no debería haber tenido más miedo, y no menos, al ver que eran murciélagos? ¿No dan más miedo los murciélagos que las personas?, se pregunta Faust, y no es capaz de decidirse.

Lo saluda con un gesto y prosigue su camino. Llega a su asiento. Se desploma en él, resoplando. La mujer rumbosa le sonríe; debe de estar aburrida de leer.

–Parece que vuelvas de correr una maratón.

–Sí, casi. Esto no arranca, ¿eh?, ¡qué desastre! –le responde.

Mira la hora y ve que faltan dos minutos para el límite que se había fijado. Ya llevan media hora detenidos sin ninguna explicación. Y entonces, brrrum. Siente un temblor que no sabe si le sale de dentro o viene de fuera. ¿Ha temblado el vagón o es solo el efecto de los graves en la barriga?

–¿Un trueno? –dice Dora.

Los dos miran hacia fuera. La nube de coliflor está más cerca. Pero no parece que llueva.

–¿Un terremoto? –sugiere Faust, mientras se imagina la tierra

agrietándose y tragándose el tren con la misma voracidad con que las bocas del bar masticaban el beicon.

–Caray, ¿tú crees?

Y Faust despliega todo lo que sabe sobre movimientos sísmicos, sobre planes de actuación en las grandes infraestructuras cuando hay terremotos, soy el jefe de la presa de Sau, dice henchido de orgullo, de un orgullo que es genuino por más que siga detestando su trabajo, porque el trabajo es también lo que le da sentido; al fin y al cabo, ¿qué es él, quién es? Aparte de ser el jefe de la presa, es solo un pintor aficionado, un psicólogo aficionado, un cinéfilo aficionado, un aficionado absoluto, en definitiva, así que se enzarza a hablar del peligro de las réplicas y de los grados de la escala de Richter. Un terremoto podría haber comprometido la seguridad de la línea, afirma. Y a medida que habla, se engorila y cada vez está más convencido de que en efecto están allí parados por culpa de un terremoto, ahora ya lo dice como si fuera un hecho y no una hipótesis. Dora lo escucha con interés, o con lo que él cree que es interés, y, ahora que tiene la convicción de que se trata de un terremoto, teme que también se haya producido algún movimiento sísmico cerca de Sau, ya ha pasado antes e implica trabajar como un descosido, entraña controles y verificaciones para garantizar que no se ha abierto ninguna grieta nueva, que las juntas de los bloques no se han separado. Terremotos y peces muertos en un mismo día, demasiadas casualidades, ¿qué diría la apocalíptica yaya Dolors? Se visualiza a sí mismo tirando de la palanca de la puerta, empujando fuerte, escapando de la emergencia. Los pasajeros del iryo atravesarían el desierto y unos helicópteros vendrían en su busca. Y entonces Dora señala detrás de él con un dedo y, justo antes de que se oiga otro brrrum, dice:

–¡Mira, un relámpago!

Él se gira y ya no llega a tiempo de ver nada. Se queda con cara de imbécil; qué menos después del discurso que acaba de soltarle.

–Caramba –dice tan solo.

–Pero lo de los terremotos era muy interesante –comenta Dora, y él no sabe si va en serio o si se está burlando.

Por suerte, el móvil lo rescata. Un mensaje de Jofre con la

información que le había pedido. Malas noticias. Demasiados peces muertos en la orilla. Demasiados humanos vivos con cámaras. Faust mira la hora –se han agotado los minutos de esperanza– y le escribe:

El tren lleva parado media hora
Creo que no llegaré a tiempo para
ocuparme del dispositivo
Tendrás que encargarte tú

Ahora aviso a Navarro

Tirar de la palanca y empujar fuerte.

XVI

Después de desayunar, se ha pasado la mañana de Navidad tirada en la cama del hotel, levantándose solo para fumarse algún cigarrillo en el balconcito brumoso. Ha recibido mensajes que no ha leído por pereza de que fueran más feliznavidades; uno es del editor. Mefistófeles la mira orgulloso de la apatía de ella, que hasta tiene mal cuerpo de estar tumbada.

Necesitada de evasión y empujada por la ternura inexplicable que Faust le despierta, ha leído una entrevista suya en el periódico y ha visto un par de vídeos donde habla de la sequía y demás. Es telegénico. Observa su timidez, su modestia. Desprende una especie de autenticidad. Lo encuentra más delgado, o más bien menos gordo. Podría ser que su memoria lo hubiera engordado; al fin y al cabo, la memoria engorda lo que quiere: los disgustos se vuelven traumas, las alegrías se convierten en paraísos perdidos. También podría ser que Faust hubiera engordado desde la entrevista; rebañar trufas de mesas ajenas tiene su precio. En una de las piezas, Faust mencionaba una película de la época franquista que transcurría en el pueblo de Sant Romà. *Camino cortado*, de Ignacio F. Iquino. 1955. (El oráculo le cuenta que la F. es de Ferrés: Ignasi Ferrés, convertido en Ignacio F. Iquino para sonar más español y digno del régimen.)

Ramona hace tiempo que ya solo tolera los documentales y no ve películas; las ficciones en pantalla se le antojan una pérdida de tiempo, igual que las novelas. Pero la ha buscado, la ha encontrado y ahora la está viendo mientras picotea las almendras que se metió en el bolsillo ayer en el vestíbulo. Tres granujas y una especie de Gilda huyen hacia Francia después de un robo que debía liberarlos

de las servidumbres de la vida. Imaginando que los persigue la policía, toman un camino cortado y acaban atrapados en el pueblo de Sant Romà pocas horas antes de que empiece la inundación. Son personajes sedientos, que no paran de beber coñacs-cócteles-vino, lo que sea para saciar la sed de dinero, de amor, de reconocimiento, de libertad. Ignorando dónde están, llegan a las casas abandonadas, deambulan por las calles vacías. ¿Qué sucede en ese pueblo? Buscan agua desesperadamente. «Agua es el nombre futuro de la sed»; Ramona leyó la frase en una exposición y todavía piensa en ella porque no sabe qué diantre quiere decir. Uno de los protagonistas enciende la radio: «Y ahora, señores oyentes, el programa *El cóctel del día*, recomendado por nuestro famoso barman para mitigar la sed». Estoy muerta de sed, dice Cecilia. Ramona contempla el Sant Romà de la pantalla y lo compara con el aspecto que debe de tener ahora, sumergido en el pantano que se encuentra a pocos metros de ella. Si no fuera por la niebla interminable, saldría al balcón y lo vería. A veces he soñado con el infierno, dice Miguel, y era como esto, callejuelas tortuosas, desiertas, y caminar, siempre caminar, sin esperanza, con calor, sobre todo mucho calor, y cuando me despertaba sentía una alegría salvaje. Ramona empieza a tener sed también. Daría dos años de vida por una gaseosa, dice Antonio. Tal vez sí que haga falta pasearse por el infierno para resucitar la alegría salvaje. Y entonces Cecilia encuentra el río y corre hacia la orilla, descalza, entre carcajadas y jadeos, se tumba sobre una roca y se amorra al río mientras él la contempla. Es una escena casi erótica. Cecilia, medio empapada, se toca la melena, ahora más que una Gilda es Anita Ekberg en la Fontana di Trevi, y dice: Cinco años bebiendo cócteles y champán, y nunca pude suponer que el agua fuera tan buena. Podría bajar al bar. Tomarse un vermut y fumarse un cigarrillo en la terraza para mitigar la sed, y después almorzar en el comedor. Ya es la una pasada. Una ráfaga de disparos. Ahora, en ese mismo Sant Romà, bajo la telilla del agua, debe de haber algas y peces de dos metros escabulléndose por los muros derrumbados de las casas, una carpa remontando el mismo puente románico donde ahora en la pantalla aparece un guardia civil herido. Los personajes por fin entienden dónde están, la concatenación de errores que los

ha llevado hasta allí. No han interpretado bien las señales. La cuenta atrás les va ciñendo el dogal; en menos de una hora se inundará todo. Un infierno de agua y reencontrar la alegría salvaje.

Suena una campanada grave. Greta. Pone la película en pausa. ¿Por qué no ha dejado el móvil apagado? Abre WhatsApp. Primero lee el mensaje del editor:

> Feliz Navidad [emoji de árbol de Navidad]
> ¡Que los Reyes Magos te traigan muchas palabras!
> [estrella, libro abierto, carita amarilla mandando un beso]

Después el de Greta:

> ¿Te puedo llamar o interrumpo algo?

Y ella:

> Ahora no puedo, mala cobertura
> [carita amarilla con sonrisa horizontal]

Acto seguido pone el teléfono en modo avión. Camino cortado. De golpe se le han quitado las ganas de saber cómo termina la película. Mete la libreta, los auriculares y el tabaco en la bolsa de tela. Obedece a la sed y baja al bar. Beto no está: tendrá que posponer la entrega clandestina del rasca y gana.

Un vaso ancho, dos cubitos. Clong. Vermut negro, aceituna, sifón. Blub-blub, shshsh. Liarse un cigarrillo. Zub. Mechero. Clic. Inspirar fuerte el humo. Contaminarse. El editor. Pensar en el mensaje del editor le da más tos que el humo que se le mete dentro. Los contratos firmados. Los compromisos contraídos. Las mentiras dichas.

–¿Cómo vas con el ensayo largo? –le preguntó hace tiempo.

Y ella le dijo lo que quería oír:

–Bastante avanzada. Ya debo de tener unas sesenta páginas.

–¡Cojonudo! –exclamó el editor.

Y ahí se terminó la conversación. De eso hace meses: meses. ¿Por qué no le dijo la verdad? ¿Qué le habría costado? Aureli, ni he empezado, no me apetece, mi crónica alucinatoria sobre la Barcelona del 2050 para tu festivalito, vale, te la hago, con la conferencia todavía me veo con ánimo, pero el ensayo largo, ¿podemos desfirmar el contrato? Desfirmar, desformar, desfigurar el pasado, porque ¿cómo se escribe un libro que no te apetece escribir? Aún podría cambiar de idea. Olvidarse de *Estética y masacre* y tirar por otro lado. Escribir sobre un tema que le haga ilusión. ¿Dónde está la ilusión? Sumergida y derrumbada bajo toneladas de aburrimiento. Tirar hacia dónde. Hacia dónde.

También podría decirle a Greta: Estoy en el Parador de Sau. Pero en cambio: Ahora no puedo, mala cobertura. Y apagar el teléfono. No tengo nada que contar, aparte de que al vecino se le han vuelto a caer los calzoncillos de limones a nuestra terraza. Y el morreo con Raquel en el sofá, los jadeos cuando le comía el coño. La excitación de Ramona de saber que su marido estaba en el piso de abajo, con un paciente. Lame que lame. Respire hondo despacio, ¿se despierta sobresaltado a medianoche?, pues haremos una rinofibroscopia. Y, hablando de paranoias, ¿te acuerdas de Raquel? Pues resulta que su marido sospecha que nos pasamos las tardes follando mientras él atiende la consulta. ¿De qué le sirve guardárselo todo? Abandonar *Estética y masacre* y escribir sobre la mentira. Tirar hacia dónde. Hacia dónde. Tirar hacia dentro.

Escribir una apología de la mentira. Nos enseñan que no se debe matar y casi nadie mata, pero nos enseñan que no se debe mentir y todo el mundo miente. La gran mentira: decir que no hay que mentir. La verdad hay que dosificarla. Servida en exceso es mortal, solo distorsiona, altera, enmaraña. Eso ella lo aprendió muy temprano: las amigas del instituto nunca supieron que su padre era ginecólogo. La verdad nos trastorna; hay que decirla solo cuando sea realmente ineludible. O sea, casi nunca. He visto que saludabas a un hombre de una mesa y juraría que lo conozco de algo. En el fondo, detestamos la verdad. No paramos de suplicar que nos

mientan y nos digan lo que queremos oír, por eso la gente solo consume ficciones: novelas, películas, series, imágenes retocadas, relatos sobre la propia vida. La mentira es nuestro estupefaciente favorito. ¿Quién quiere la ingrata verdad? No he escrito ni una línea. Te huele el aliento. Tu libro es flojo. No me gustan tus ideas. Me irrita que mastiques con la boca abierta. Has tenido hijos con el hombre equivocado. Mala amiga, me has abandonado cuando más te necesitaba. Me follo a tu mujer porque está muerta de aburrimiento. Tu conversación me hace bostezar. Hay días que no te aguanto.

No, el ensayo largo no lo escribirá. ¡Bah! Después comprobará la fecha de entrega y decidirá cuándo será conveniente decir la verdad. La conferencia sí, tampoco es mucho trabajo. La puede preparar aunque no le apetezca, igual que puede comerse la boloñesa incomible de Greta sin que ella se dé cuenta de que la tiene atravesada. El ragú, como lo llama ella. ¿Qué le cuesta fingir una vez al mes para hacerla feliz? Una conferencia también es comestible. Un poco de agua y pa dentro. Con el agua todo pasa mejor. También pasaban las decenas de pastillas que tenía que embucharse después del accidente; solo de pensarlo ya le empiezan a picar las cicatrices de las piernas, como si fuera ahí donde almacena los recuerdos.

El vaso vacío.

Entra. El reloj de pared marca las dos. Desde el bar ve a los comensales del restaurante abalanzándose sobre platos de escudella. La imagen le recuerda el banquete de monos que vio en el Prado en mayo, y eso la transporta hasta Faust y la historia que le está tejiendo en la cabeza. ¿Al verdadero Faust le gustará el arte, o para nada? ¿Le gustaría ese cuadro de los monos emperifollados con plumas y joyas que sostienen copas de cristal y comen ostras con tenedor?

En el comedor hay familias que no han dormido en el hotel, solo han venido a celebrar la comida navideña: la madre ya no está para cocinar, demasiada gente, demasiado jaleo; los hijos han criado y ya no caben en casa. El patriarca se sienta con la cartera cargada de billetes para pagar en metálico: Ramona puede anticipar la cara de satisfacción cuando saque el fajo. Si no se llevan muy bien, comer

en el hotel es una buena manera de no quedarse atrapados en la sobremesa. Comer y huir a la carrera. Por un instante, cree que eso podría llegar a soportarlo, que podría proponerle a Isabel comer juntos en un restaurante la próxima Navidad. Entonces la asalta la imagen de los trillizos, sentados a la mesa, quejándose con sus vocecitas agudas o neutralizados por las pantallas: son las dos únicas cosas que saben hacer, quejarse y empantallarse. La tablet a todo volumen, los platos que dejarían a medias, puaj, no me gusta. Los trillizos son antinaturales. Las mujeres tienen dos mamas: son los otros animales los que paren camadas, por eso tienen tantas ubres. Isabel, la cerdita, gesticulando con sus uñas de gel y hablándole de viajes, de novelas que no le interesan, de programas de la tele (¿todavía queda alguien que vea la tele?). El padre de los tres cochinillos consultando el teléfono demasiado a menudo, informándose del precio de las acciones o chateando con una mujer que le hace mamadas los jueves de dos a tres. ¿Cómo ha podido contemplar ni por un momento la nefasta idea de comer con ellos en un restaurante?

En la barra, por fin la atiende el camarero. Echa de menos a Beto, que la pone de buen humor. Otro vaso ancho, dos cubitos. Clong. Blub, blub, shshsh. Zub. Clic. Inspirar fuerte el humo. Contaminarse.

Fuera hace frío. Bebe y fuma sentada en el escalón, con el anorak puesto, añadiendo más humo a la niebla. La mejor manera de contrarrestar la Navidad es trabajando, contraviniendo el mandamiento y no santificando las fiestas. El ensayo largo liquidado. La conferencia, ¿qué? ¿Cómo será la Barcelona del 2050? *Crónicas alucinatorias*, menudo título más vago. ¿Qué harán los otros ponentes que participan? A lo mejor Ramona apuesta por una idea y resulta ser absolutamente desacertada.

Barcelona 2050. La capital saqueada por los extranjeros, que irán apropiándose de todo porque serán los únicos que podrán pagarlo. Comprarán hasta que solo quede una ciudad sin habitantes censados. Los barceloneses serán arrinconados, porque no son aptos para el nuevo país que se ha gestado a lo largo de décadas de servilismo turístico.

Y, sin embargo, los que no son aptos para la maquinaria capitalista

siempre son los más interesantes. No son aptos los que no producen, las personas no monetizables que hay que mantener confinadas porque solo son un estorbo para los engranajes de la sociedad. No es apta la multitud, cada vez más numerosa, de trastornados, y sobre todo trastornadas –depresivas, angustiadas, psicóticas: histéricas, las llamaban antes, lúcidas serían ahora–, que son medicados hasta la zombificación y, cuando eso no funciona, inhabilitados y recluidos en sanatorios; no aptos son los delincuentes encarcelados; los artistas, los escritores, los dramaturgos, que no generan beneficios, obligados a malvivir, a humillarse mediáticamente, a ejercer de bufones de la corte y recluirse en teatros, museos y librerías, en las prisiones del arte; los menores que no tienen edad para trabajar también encarcelados en instituciones educativo-penitenciarias hasta que se los pone en circulación una vez adiestrados; los viejos inútiles, encerrados en residencias opacas para que no incordien, mientras ya solo se espera su muerte, cuanto más lejana mejor, a pesar de que muchos no se mueven, no hablan, algunos ni siquiera piensan, solo responden a los estímulos igual que un puñado de células sin capitán, no molestan pero generan un flujo económico de dos mil euros mensuales por cabeza; los enfermos y los heridos, ingresados en hospitales hasta que se los puede reintegrar al sistema. Sanatorios, centros penitenciarios, teatros, museos, librerías, escuelas, institutos, residencias, hospitales, iglesias: prisiones para los improductivos.

La escoria es el material de desecho de los procesos metalúrgicos. Barcelona 2050: una ciudad abocada a controlar y exterminar la escoria humana, lo que sobra del proceso capitalista. El futuro también es un no-lugar, un lugar sin identidad ni historia conocida. Esta idea le parece esperanzadora. Se levanta y entra en el comedor.

Se sienta a la *mesita* del rincón, dándole la espalda a la sala. Los tintineos festivos de las copas y los cubiertos le resultan insoportables. Se pone, pues, unos aparatosos auriculares de diadema. Abre la aplicación MyNoise. MiRuido. Entre el ruido blanco y el efecto de supresión del entorno sonoro, es como sumergirse en una cascada incesante: shhhhhhhhhh. Inundarse. El cuerpo a los

cuarenta y ocho años también es un edificio en ruinas con miedos de dos metros escabulléndose por los boquetes.

Ramona garabatea notas en la libreta con una urgencia innecesaria que le dificultará entenderlas cuando las quiera leer más adelante. Evita mirar al resto de los comensales, ni siquiera levanta la vista cuando el camarero le sirve la primera copa del rioja reserva, que habrá vaciado antes de terminarse los entrantes; tampoco lo mira en ningún momento a medida que le va trayendo y retirando los platos. Algunos los deja a medias. El bacalao gratinado con alioli de membrillo ni lo toca, puaj. Al otro lado del cristal, la niebla es un depredador sin ojos que la acecha. Shhhhhhhhhh. Apura la paletilla de cordero con los dientes y le resbala un poco de aceite por los dedos pringosos. Le complace comer como una salvaje el día de Navidad, en medio de ese comedor dignificado por la mantelería blanca. Le apetecería ponerse a gruñir como un cerdo, tirar el plato al suelo y relamerlo a cuatro patas sobre las baldosas color crema, con los pantalones y las bragas bajados hasta las rodillas, ofreciendo al público la gran cicatriz del muslo izquierdo y el ano fruncido formando una pequeña estrella de Navidad. La divierte imaginarlo. Luego se limpia los dedos en la servilleta, ahora toda manchada y grasienta. Con las manos todavía pegajosas coge el bolígrafo y continúa apuntando ideas indescifrables para la posible crónica alucinatoria, estampando manchas aceitosas en las páginas del cuaderno. Y, por fin, postres, café, dulces navideños. Una copita con crema de orujo. Orujo, aguardiente de brisa. Shhhhhhhhhh.

Atraviesa el comedor con paso militar y la vista al frente. Avanza como un tanque entre las mesas, con la determinación de los borrachos y, al mismo tiempo, con el cuerpo descontrolado, arrastrando el privilegio heredado que desperdicia a cada instante. Ramona está metida en una nave inmensa de carne y huesos a la deriva, es un tren a punto de descarrilar. Sube las escaleras repasando la cenefa de la moqueta con los ojos, enfila el pasillo, abre la puerta. Se quita los auriculares y los arroja sobre la cama. MiRuido persiste, pero ella ya no lo oye. Dos gotas de colirio. La asalta la idea de ponerse líquido de verrugas en los ojos y quemarse la córnea.

Se lía un porro de maría sentada en el balcón, donde está prohibido fumar y, precisamente por ese motivo, es más idóneo y satisfactorio fumar. Lo enciende. Aspira fuerte, como si quisiera envasar el mundo al vacío: PumpN-Seal: la máquina de succión para que nada se pudra: el presentador del anuncio haciendo movimientos onanísticos para bombear el aire: las pajas que se hacen los chimpancés del zoo / se levanta de la silla: tirarla desde el balcón sobre el Porsche con matrícula británica: Brighton: a 1.062 kilómetros del piso de Barcelona: lo buscó el otro día: el Porsche, la silla: pero la niebla no le permitiría verlo bien / las puertas del balcón abiertas de par en par: la niebla podría entrar: contempla la habitación encuadrada por el marco de la puerta; una tela de damasco hace las veces de cabecero, como una gran cortina de palacio: arrancarla de un tirón y rasgarla: detrás, la pared manchada de todas las cabezas que se han apoyado en ella: la tela que oculta la mugre: desgarrarla y arrojarla al pasillo / destrozar la pantalla de la tele y llenar el suelo de esquirlas de vidrio: caminar por la habitación de puntillas / romper los dos espejos rectangulares: fragmentos que solo reflejan trozos inconexos de la realidad: espejo roto: Rodoreda: el tiempo, la muerte / sacar los cajones y reventarles el fondo: hacer que todo pierda su utilidad: trinchar el colchón con un cuchillo de carnicero: asesinarlo: psicosis / aspira el porro: leve mareo: todo se afloja: frío: aspirar la niebla y que el embalse vaya apareciendo poco a poco: la mujer atascada en el barro: el ensayo que no escribirá: la amante a quien ya no quiere: MiRuido nunca cesa: callejuelas tortuosas, desiertas, y caminar, siempre caminar sin esperanza, con calor, sobre todo mucho calor, y cuando te despiertas sentir una alegría salvaje.

Una alegría salvaje: cómo, cómo, cómo.

XVII

Cuando Jofre le ha llamado diez segundos después de recibir su mensaje no ha dicho hola, sino: ¿Cómo?, y todavía ha tardado un poco en entender lo que Faust le decía –le ha costado asimilar que tendría que encargarse de todo porque él está dentro de un tren parado– y, cuando lo ha entendido, Jofre, cabreado como si el otro tuviera la culpa, le ha gritado que a él no le pagaban para hacer ese trabajo y que era la noche de la verbena y al día siguiente festivo, joder, Faust, y Faust, sin subir el tono de voz, más bien bajándolo en la misma proporción que el otro lo subía, le ha dicho que lo sentía, que le pesaba en el alma, que le pesaba gigatoneladas, y que al día siguiente ya estaría allí, que hoy solo tenía que dejar el dispositivo listo, cortar el puente tres horas para desplegar la grúa y bajar las barcas, que vigilara que no dañaran la barandilla como la última vez –aunque, ya mientras se lo decía, no tenía ninguna esperanza de que Jofre vigilara ni por un segundo la barandilla–, que convendría que los del dispositivo terrestre echasen hoy un primer vistazo a las orillas y avanzaran un poco con la limpieza para evitar que las fotos proliferaran en las redes, y Jofre ni siquiera hacía los ruiditos de asentimiento que se esperan en este tipo de conversación, ningún ajá, ningún entendido, nada, hasta el punto de que Faust tenía la impresión de que la llamada se había cortado y estaba hablando al vacío, pero le ha dicho: sobre todo sobre todo, y entonces, ¿Me oyes, Jofre?, y el otro ha dicho: Sí, claro que te oigo, y Faust ha continuado: Sobre todo sobre todo que cierre las compuertas, que no pueden desaguar más porque aún empeoraría más la calidad del

agua –y no podía dejar de pensar en el año 89, cuando manaba negra de tan podrida y contaminada–, y a continuación han colgado.

Después le ha tocado el turno a Navarro, que también se ha cabreado, y Faust se ha sentido culpable por haberse cogido la mañana de fiesta para ir al Prado, que bien que habría podido subirse a un tren ayer por la tarde y ahora no estaría en este aprieto, y aquí irrumpen los pensamientos mágicos: es la maldición, en la que, se repite, no cree ni por un segundo; la presa exige que esté pendiente de ella en todo momento y ahora lo castiga enviando un aviso del apocalipsis, ¿acaso es un guardián, él, el guardián de algo, el guardián del inframundo?, e inmediatamente le viene a la cabeza el cuadro de Patinir que ha visto hace pocas horas, la Estigia de Patinir, idéntica al paisaje del embalse, con Caronte surcándola, el paraíso a un lado y el infierno al otro, Caronte mirando al espectador, interpelándolo con una mirada indescifrable que a Faust le ha parecido admonitoria, Caronte que no cogía fiesta ni un solo día, claro, pero al mismo tiempo se dice que no, que él tenía todo el derecho del mundo a cogerse una mañana, que durante años no se ha cogido ni un solo día libre y que, además, ese día, por supuesto, se le descontará de los que le corresponden por ley, es decir, que desde el punto de vista de la legislación laboral tiene derecho a tomarse una mañana, más aún con las horas extras no remuneradas que hace y las noches que ha tenido que dormir allí, en la oficina, sobre un colchón en el suelo, para vigilar cada dos horas la presa, las compuertas, las avenidas, las calenturas de la criatura de hormigón que Franco erigió hace más de sesenta años, y también mañana, San Juan, trabajará pese a ser festivo, así que no hay motivo para sentirse culpable por tomarse una mañana libre, pero se siente culpable, y es por eso por lo que tolera que se cabreen con él, hasta le parece justo, porque soportarlo lo redime de su falta.

De las dos conversaciones ya hace media hora. A medida que pasan los minutos, la culpa amaina y se le instala en el pecho una despreocupación insólita en él. Estar dentro de un tren parado en medio del desierto es una bendición, piensa. No está en sus manos cambiar la situación y, acostumbrado como está a que todo dependa de él, la falta de responsabilidad le produce una sensación de

ligereza; casi querría quedarse allí atrapado unas horas más, en ese paréntesis, rodeado de desconocidos. Conoce la sensación de ligereza porque a veces juega a imaginársela: algunas mañanas se queda unos minutos en la cama y se visualiza bajando hacia el trabajo un poco demasiado deprisa, aunque no conduce nunca demasiado deprisa, y, en la curva del torrente de Fontiques, una furgoneta viene de frente y catapum, se despeña y tienen que venir los bomberos a serrar la carrocería para sacarlo; después lo ingresan un mes o dos en el hospital con las piernas rotas o algún órgano perforado, y, al imaginarse todo eso, siente un alivio similar al que siente ahora en el vagón: el alivio de poner la vida en pausa. Luego se levanta de la cama y baja hacia la presa demasiado despacio, prestando especial atención a la curva cerrada del torrente, porque quiere y no quiere despeñarse.

Fuera del tren todavía relampaguea de vez en cuando, pero de momento no cae ni una gota. Entonces recibe un mensaje de Loreto: dice que ha visto lo de la avería, que, si se retrasa, que no se preocupe por Ripley, que ya se ocupará de ella hasta el día siguiente.

Faust googlea: avería, tren, Zaragoza. Un montón de noticias informan del motivo de la parada mientras los pasajeros afectados siguen en la inopia.

–Perdona. Dora, ¿verdad?

Ella asiente, y Faust señala el móvil:

–Es increíble, a nosotros no nos dicen nada y ya hay noticias colgadas. Por lo visto los rayos han frito tres subestaciones de la línea.

–Caramba, ¿qué dices? ¡Qué cara más dura, no informarnos!

–Las infraestructuras de este país: qué quieres, ya no nos tendría que sorprender. –Dora asiente–. Total, que no hay electricidad, y además la vía está cortada antes de Fraga porque uno de los rayos ha provocado un incendio, que ya me dirás qué narices se puede quemar, si esto es un páramo, pero bueno, es lo que cuentan aquí. Y mientras la app sigue diciendo que nuestro tren circula en el horario previsto.

–Mejor nos lo tomamos con paciencia.

–Sí, qué remedio. ¿Sabes qué?, me voy al bar a buscar un bocadillo. ¿Te traigo algo? Puede que tarde dos horas: había una cola tremenda.

Y Dora le encarga un agua y un bocadillito –así, en diminutivo–, idealmente de ibérico, o de lo que sea menos de chorizo, dice mientras agarra el bolso para buscar la cartera.

–No, de eso nada, invito yo. ¡A cambio de los servicios telefónicos!

Los dos se ríen y Faust se fija por primera vez en los ojos de ella, azules por fuera y con un anillo amarillo alrededor de la pupila. Tienen una mirada viva y alegre, y los abre mucho, como si tuvieran hambre de luz y por eso le brillaran tanto. Faust se da la vuelta, se embute los auriculares inalámbricos en los oídos y se encamina hacia el bar, cantando mentalmente la canción que suena en inglés: dityúsi dalaits asdeii fel oleranyúúú; hace años buscó qué significaba. ¿Has visto la luz cayendo a tu alrededor? ¿Has oído la música, una serenata de las estrellas? Despierta, despierta. Despierta y mira a tu alrededor, estamos perdidos en el espacio, y el tiempo es nuestro. Ueicap! Ueicap!

La cola del bar es larga, pero Faust ya no tiene ninguna prisa. ¿Para qué? Y entonces, unos metros más adelante en la cola, ve que sobresale una cabeza. Algo se tambalea dentro de él. Nota una sacudida en el corazón. Se le cierra la boca del estómago. Incluso siente una leve contracción testicular, menos intensa que la de la otra noche, cuando paseaba a Ripley y oyó los gruñidos de un jabalí en medio de la oscuridad; una contracción mucho menos intensa que aquel día, sí, pero juraría que la nota, aunque podría estar autosugestionándose.

La melena habla con un chico que la mira y se ríe. ¿Es ella o no? Imposible confirmarlo. El chico tiene los ojos muy negros. ¿Es su hijo? Faust no la ve con hijos, pero tal vez la Ramona que él tiene en la cabeza no se parece en nada a la de verdad. Su imaginación podría haber errado en todo; quizá si la conociera descubriría que es una mujer dulce y afectuosa. O quizá ese chico sea su amante. Una máquina de empalmar y eyacular como las fuentes de Montjuïc. También como Faust cuando tenía dieciocho años.

Se quita los auriculares para escuchar qué dice la melena. Con

solo oírla podría saber si es ella, por la voz grave y pesada. Pero no, claro: a distancia qué narices va a oír. Cuenta las cabezas que se interponen entre ellos. Once. Ahora el chico le da la espalda; no, no van juntos.

Sin embargo, ¿y qué si es ella? ¿Qué importancia tiene, más allá de la curiosidad? Tampoco la abordaría, es obvio. Si la saludara con cualquier excusa, se sonrojaría y ella lo tomaría por un baboso, aunque lo que siente Faust no es sexual, es una especie de magnetismo o de ganas de servirla, pero ella notaría que Faust oculta algo y lo escudriñaría con sus agujeros negros, y su mirada lo obligaría a confesar: hoy he estado leyendo sobre ti, fantaseando con tu vida, te vi en Navidad en el parador y después me olvidé de ti completamente, y hoy me he topado contigo en el periódico y, como no me apetecía enfrentarme a mi hambre ni a las tristes gotas de semen que me salen cada vez que me masturbo, que es a menudo, pero nunca pensando en ti, te lo juro, ¿eh?, te lo juro..., no sé por qué te cuento todo esto, me has hipnotizado con tus ojazos negros, no sé qué hago, debería comportarme, porque yo quiero ser psicólogo, ¿sabes?, ¡psicólogo!, ¿te imaginas?, bueno, no es que quiera serlo, es que ya lo soy, pero me falta el máster para poder abrir una consulta privada, ¿y si me equivoqué?, ¿y si no tengo talento para la psicología?, ¿y si no tengo ningún talento? Bien podría ser, y.

Exacto: da igual si es ella o no. Incluso es mejor no saberlo, no vaya a ser que en efecto sea ella y entonces Faust se vaya hacia allí, hipnotizado, y empiece a decirle cosas que no quiere decir a una desconocida que quizá, y solo quizá, le encoge los huevos.

Si no hubiera quedado con Dora en traerle un bocadillito, ahora huiría de la melena, de la sinécdoque de mujer. Faust se gira para dejar de ver la melena que es y no es Ramona, la cabellera de esa Ramona cuántica que tiene dos estados simultáneos como el gato vivo y muerto que todo el mundo cita hasta la náusea. Se gira, pues, y detrás de él se encuentra al siluro humano con la boca cavernosa, que le dice:

–Tú también viajas solo, ¿eh? –Y le ofrece la mano–: Ventura, mucho gusto.

–Faust –responde mientras le estrecha la mano de goma–. Sí, viajo solo. Dicen que tenemos para rato. Que han caído tres subestaciones y un incendio ha cortado la vía.

–Sí, lo he leído. Es una tormenta seca, que está descargando catorce relámpagos por minuto.

–Ah, ¿y eso es mucho o qué? –pregunta Faust, reprimiendo las ganas de darse la vuelta y confirmar si la melena sigue ahí.

–¡Buf, sí, una barbaridad!

–¿Eres meteorólogo?

–No, no, qué va, pero por temas de trabajo aprendo cosas increíbles, por ejemplo, que el ochenta por ciento de las personas a las que les cae un rayo no mueren. Es que soy técnico de seguros y a menudo recibimos certificados de datos meteorológicos como prueba de algún siniestro. –Y entonces se apresura a añadir–: Ahora no te vayas a creer que intentaré endosarte un seguro, ¿eh?

–¿Una tormenta seca, dices?

–Son tormentas de rayos y truenos, pero sin lluvia. Se dan en condiciones de baja humedad relativa y...

–Si al menos lloviera un poco, ¡con la falta que hace!

–Los chinos sí que saben. ¿Que no llueve? Yoduro de plata al canto y listos. Sembrar las nubes, lo llaman. Es bonito, ¿no?: sembrar las nubes para cosechar tormentas. Y en los Emiratos Árabes aplican descargas eléctricas a las nubes con drones.

–Eres un tipo informado.

–Me aburro mucho y acabo leyendo artículos de la Wikipedia en cadena. Estoy perfilando una teoría. Todo el mundo se llena la boca hablando de la naturaleza y blablablá, ya sabes, todos esos progres, pero, al final, la solución es siempre la artificialidad. Fíjate, es lo que te decía de la lluvia. Puedes esperar a que llueva o puedes hacer que llueva. La intervención humana es lo que nos salvará, no la naturaleza. Perdona, te estoy aburriendo.

–¡No, qué va! –Faust se da la vuelta, avanza medio metro. Que la melena siga ahí lo altera y al mismo tiempo lo sosiega–. Sigue, por favor.

–¿Y qué me dices del césped? El natural hay que regarlo y segarlo y ahora le sale una calva, etcétera. El césped artificial está siempre

perfecto. O las uñas. ¿Cómo es que no paran de aparecer chiringuitos de uñas por todas partes, acaso se han trastornado las mujeres? En absoluto: es porque las uñas naturales son un fiasco, se rompen, se debilitan. Te pones unas artificiales y solucionado: manos siempre impecables. Fíjate en las gafas, o en la cirugía ocular: la vista natural se deteriora. ¿El alcohol? Lo mismo. ¿Por qué hay tanta gente que bebe? Porque el alcohol es la alegría artificial. Y qué me dices de los antidepresivos, ¿eh? O de la erección artificial con Viagra. Buá, es que la lista no se acaba nunca.

–¡Joder, qué teorías! –dice Faust, mientras cavila que el siluro humano podría tener razón. ¿No es precisamente eso lo que él le suplica a la doctora Moreno, un balón gástrico, una inyección, una pastillita? ¿No se instila él mismo lágrimas artificiales para que los ojos dejen de picarle un rato?

–Perdona, ya me callo.

–No, hombre, es que estaba pensando en lo que decías, y puede que tengas razón.

A Ventura se le ilumina la mirada; las palabras de Faust lo espolean a seguir:

–Y la cosa no termina ahí, no. ¡Para nada! Vida artificial, inteligencia artificial. El futuro de los humanos son los ciborgs. ¡No me cabe ninguna duda! Piensa que en el campo de la alimentación ya tenemos proteínas sintéticas que.

Ding-dang-dong, y en castellano, siempre en castellano:

Señores pasajeros, lamentamos comunicarles que, por causas ajenas a la compañía, no será posible llegar a nuestro destino en tren. El suministro eléctrico se ha interrumpido y un incendio afecta un tramo de las vías. Se organizará un servicio de transporte alternativo por carretera hasta Barcelona. Les pedimos que disculpen las molestias que esta incidencia pueda ocasionarles y les informamos de que, en caso de retraso superior a noventa minutos, pueden reclamar la devolución del importe total del billete.

Ding-dang-dong.

XVIII

Ramona volvía de Berlín conduciendo un coche con la rueda pinchada y cruzaba unas vías oxidadas. Estaba soñando eso cuando se ha despertado de un sobresalto. Son más de las seis de la tarde del día de Navidad. Fuera la oscuridad ya se ha comido la luz. La niebla debe de seguir ahí. A pesar de que se ha dormido sin taparse, no tiene frío; la calefacción estaba encendida y se nota la piel apergaminada, como si se le estuviera encogiendo. Querría beber agua, pero se queda tumbada en la cama con los ojos abiertos evocando los detalles del sueño (si se levanta, las imágenes se emborronarán). Su vida onírica es más bien inexistente, y, cuando la tiene, se detiene en ella y la estudia como a un espécimen extinto; repasa los sueños como si allí se escondiera alguna explicación. El último fue hace tres o cuatro meses, todavía lo recuerda: querían derribar la catedral de Palma para edificar un Lidl. El coche era azul marino, sí, y la rueda desinflada giraba mal sobre el balasto; recuerda la sensación de falta de control y el miedo por si venía un tren y no era capaz de maniobrar a tiempo. Todo demasiado obvio.

Alarga el brazo arácnido y enciende la lámpara de la mesita de noche. Con la luz, se fija en las pequeñas grietas de la pintura color crema de la pared; algunas son finas como capilares, otras abultadas como cicatrices. Pensar en cicatrices y que le empiecen a picar es todo uno, siempre le pasa. Y menuda sed. Igual que las cicatrices, la sed también la transporta a las horas después de la operación, con la garganta como papel de lija, suplicando un poco de agua a las enfermeras; cómo las odió por no dársela y cómo las adoró después con una gratitud infinita, casi con devoción, por todo lo que hacían

por ella: por ponerle la cuña, por hacer la vista gorda y permitirle fumar en la habitación, por ser sus manos mientras estuvo inmovilizada, vendada entera, momificada, sondada.

Quizá fue gracias a la intensidad de su amor por las enfermeras que Ramona se dio cuenta de que el amor que sentía por Carmel era endeble y precario, y el hecho de darse cuenta hizo que la separación fuera inevitable. Otras veces, sin embargo, lo atribuye al dolor atroz de cuando le quitaron las grapas y entendió que separarse tampoco dolería tanto comparado con aquello. O quién sabe si la decisión de abandonar a Carmel venía de todas las horas de reflexión e inmovilidad en la pequeña habitación blanca y aislada. La introspección puede empujarte a hacer cosas drásticas. Debía de ser un poco por todo a la vez, claro; las causas nunca son únicas ni sencillas. También debió de contribuir el hecho de que él algunos días ni siquiera aprovechara la visita de una hora que el hospital autorizaba en la unidad de quemados críticos, ni que siempre la hubiera hecho sentir anormal.

Hace ya catorce años del accidente, y recuerda especialmente la pasta que le embutían por la sonda a todas horas y que le provocaba eructos con regusto a almendra. Todo por la insistencia de los médicos: tenía que comer para ayudar a la piel a regenerarse. Y ahora, siempre que come almendras, la sensación ambivalente de fuerza y vulnerabilidad.

No ha olvidado a las enfermeras; la mortificación cuando se había cagado, aquella mezcla de vergüenza y culpa y gratitud y tristeza y desamparo y debilidad, y los remordimientos por esperar a que fuera el turno de Pepi o de Magda, que eran mujeres de cierta edad, porque con ellas se sentía menos incómoda, por su aire maternal; pobre Pepi, pobre Magda, que tenían que limpiar todos los culos de los quemados, que las habían estado esperando, aguantándose, para ahorrarse el apuro de que te limpiara la mierda Óscar o Julieta, que era tan guapa, con esos ojos tan verdes y ávidos.

Darse cuenta de cuánto podía querer a alguien –a las enfermeras– le puso definitivamente ante los ojos lo poco que quería a Carmel. Entonces él debía de tener ya, ¿qué?, cuarenta y ocho o cincuenta años. Ramona era demasiado joven cuando se había juntado con él

y ahora, con vergüenza, pensaba que había replicado el modelo de su casa: una mujer joven con un hombre mucho mayor. Tanto que había criticado a su madre por ser una mujer sometida a su marido y depender de su dinero, y resultaba que ella había acabado haciendo algo parecido, si bien no necesitaba el dinero de Carmel, solo le hacía falta el capital de seguridad en sí mismo que tenía. Tal vez si Ramona hubiera claudicado a las exigencias de Carmel, también ella tendría unas criaturas que llevarían sus nombres: Carmela, como el padre; Ramon, como la madre.

Perder el meñique del pie en el accidente fue peor que perder a Carmel. Cuando le enseñaba algún artículo o compartía con él alguna idea, solo recibía su aprobación envenenada: yo no te lo publicaría, pero seguro que gustará mucho. ¿Cómo se le ocurrió liarse con el jefe de Opinión? Cuando discutían sobre lo que fuera –la corrupción, la literatura, la cocaína, la cocción del salmón, incluso los orgasmos femeninos–, él siempre esgrimía datos, estudios, citaba expertos, y Ramona se quedaba con la sensación de ser medio idiota, con la certeza de que sus opiniones eran blandas y carecían de valor. Suerte del accidente, que le abrió los ojos, piensa ahora, tumbada en la cama del parador mientras se rasca la cicatriz aparatosa de la pierna derecha. Si no, Carmela, Ramon, jugando a médicos con los trillizos, dejando los platos a medias, puaj, abducidos por los móviles.

Va hasta la mesa de la tele y da un gran trago de la botella de agua. Hace mil años leyó en algún sitio una noticia sobre una mujer californiana que había muerto por beber demasiada. Cuántos litros habían sido: ¿dos en veinte minutos, tres en una hora? No lo recuerda. Pero siempre que se empanza de agua le viene a la cabeza la californiana. Hay teorías que afirman que Bruce Lee también murió así. Se había extirpado las glándulas sudoríparas para quedar mejor en las películas –detestaba verse ronchas de sudor en las axilas–, y entonces, un día tórrido, bebió demasiado; su cuerpo no tenía las glándulas para deshacerse del líquido sobrante y murió. *Be water, my friend*.

¿Qué es la sed? Si no hubiera renunciado al teléfono, ahora tecletaría en el buscador para ver las predicciones del sistema. La

divierte interpretar los algoritmos como si fueran una señal. Escribiría: La sed es. Y la pantalla le diría: La sed es un síntoma. La sed es un sustantivo. La sed es una señal de deshidratación. La sed es peor que la añoranza.

Pega un segundo trago mientras camina por la habitación: de la puerta al balcón y vuelta, cuatro o cinco veces; después se mete en el aseo, se mira en el espejo mientras sostiene la botella de plástico. Tiene el pelo alborotado, y las piernas como palillos le asoman del borde del jersey de lana, desnudas y bicolores, con las marcas lustrosas de las quemaduras. Debajo lleva las bragas negras de El Corte Inglés; voy de luto por mi vida, decía un personaje de Chéjov, el luto se lleva por dentro.

Da media vuelta y se detiene ante el plano de evacuación. «En caso de emergencia, no correr ni gritar», dice. Ella no corrió ni gritó cuando explotó el motor de la barca. Menos mal que la envolvía una toalla, si no se le habrían achicharrado el coño y los pechos. Ya nunca más se ha quitado de encima la sensación de que, en cualquier momento, de la manera más inesperada, todo puede saltar por los aires. Ahora mismo podría incendiarse la caldera del edificio o podría haber un atentado porque en el hotel se aloja un hijo de puta. Y su cuerpo quedaría sepultado bajo los escombros del piso superior.

Los demás todavía nadaban hacia la barca, pero Carmel ya estaba dentro, en la cabina, hablando por teléfono; rollos de trabajo incluso en plenas vacaciones. Venían de tomar el aperitivo en el chiringuito de la playa. Habían dormido en la barca y al cabo de un rato emprenderían el trayecto de Menorca a Mallorca. Ramona acababa de salir del agua y se había envuelto en la toalla amarilla. Se sentó en el banco de cubierta y, antes de cerrar los ojos, contempló el cielo liso y tirante de punta a punta. Era un cielo irreal de tan homogéneo. Enseguida llegaron los otros cuatro y se fueron derechos a tenderse en la proa. Todos menos Ricard, que ultimaba los preparativos para partir; Capitán, lo llamaban para chotearse. Ramona no abrió los ojos. Oía las voces a trompicones, ahora una carcajada, ahora algo que se caía al suelo, la voz de trabajo de Carmel, seria e imperativa, el chapoteo de las olas, todos esos

sonidos que venían del mundo que había al otro lado del negro verdoso que el sol le proyectaba en los párpados.

El Capitán hizo tintinear las llaves y gritó: ¡Zarpamos!, sin saber que una mala combustión había provocado una acumulación de gases inflamables. ¡Zarpamos!, y al arrancar el motor:

¡Bum!

No recuerda el dolor, solo la columna de fuego ante ella y la trampilla que volaba por los aires y le aterrizaba al rojo vivo sobre las piernas. Todos saltaron al agua. También ella saltó sin saber ni cómo. Su cerebro tomó el control y la hizo saltar, la hizo nadar, le salvó la vida, le bloqueó el dolor durante horas. Desde entonces lo sabe: su cerebro es más sabio que ella, tiene más poder que ella y es capaz de fabricar las drogas más potentes cuando hace falta; por eso se rinde a lo que el cerebro le ordena.

Recuerda salir del agua y verse la piel negra de tan chamuscada. Recuerda la vergüenza inoportuna de ir desnuda. Se le quedaron grabados los detalles más intrascendentes: el pareo lila de lunares que alguien le dejó, una niña pequeña que iba rapada; y recuerda fumar cigarrillos en cadena, repitiendo, no tanto para los demás como para sí misma: Estoy bien, estoy bien, estoy bien, dame otro cigarrillo. Después la morfina y el bienestar completamente fuera de lugar durante el traslado en helicóptero.

El dolor llegó después, en el hospital. Nunca había gritado tanto, y está convencida de que nunca más gritará tanto como cuando le limpiaron la arena de las heridas, como cuando semanas más tarde le quitaron las grapas.

«En caso de emergencia, no correr ni gritar», vuelve a leer Ramona.

Pasó tantas horas sola en la habitación, aislada para prevenir infecciones potencialmente mortales, tantos días pensando, pensando, pensando; pensando y contando las rayitas de las cortinas (treinta verticales, doce horizontales), contando las placas del techo (veinticuatro), contando los segundos. Fue allí donde se forjó la nueva Ramona que abandonaría a Carmel. También fue allí donde se le ocurrió lo de los rasca y gana como una manera de expiar su privilegio, ahora que había vuelto a nacer. Comprar un

montón y todas las semanas regalar uno o dos a un desconocido: dejar el boleto sobre el mostrador de una dependienta amable, fingir que se le había caído del bolsillo a un viejito con andador, dejarlo en el estuche de un músico de metro que interpreta a Richter. Que nunca supieran que había sido ella. Irse para no saber si les tocaba y vivir con la ilusión de haber hecho millonario a alguien. Quinientos euros anuales para sentirse bondadosa era un precio irrisorio. Bernat le decía que jugaba a ser Dios y que eso se llamaba narcisismo, y ella le replicaba que los dioses nunca eran anónimos, que siempre exigían adoración, y que lo suyo era todo lo contrario. Bernat insistía: si quieres hacer el bien, hay maneras más directas y efectivas de ayudar. Pero a ella le gustaba la clandestinidad. Sea como sea, sentía que el hecho de regalar un cartoncito que podía contener un millón de euros la redimía. No se lo contó a nadie más.

Reanuda el deambular de la puerta al balcón y vuelta, e ir y volver, e ir y volver.

«Usted está aquí», dice el plano de evacuación. ¿Dónde?, se pregunta Ramona.

Dónde.

Camina para matar el tiempo como un preso incomunicado en una celda. En uno de sus ires y venires, agarra un papel del hotel de encima de la mesa que, en castellano, y también en inglés y francés, pero no en catalán, nunca en catalán, ofrece servicio de lavandería. Abrigo, blusa, calcetines, camisa, camisón, combinación, chándal. Ir y venir. Que le devuelvan las ideas limpias y planchadas. Arriba y abajo. Cinco años bebiendo cócteles y champán sin imaginar que el agua fuera tan buena. *Be water, my friend*.

Abre el portátil y busca el contrato. La Autora se compromete a entregar el manuscrito definitivo de la Obra antes del. Compromisos y gravámenes. Derechos cedidos. Liquidaciones. Año natural. Ejemplares justificativos. Si el Editor se declarara en bancarrota. Someter el conflicto. Competencia judicial. Tribunal. Firman por triplicado pero a un solo efecto.

Ramona no encuentra lo que busca. Coge el móvil de la mesita de noche y desactiva el modo avión. Sinfonía de notificaciones. No lee los siete mensajes de Greta ni los dos de Raquel ni el de Carmel, ni

siquiera el de Bernat, a quien, de hecho, se dispone a llamar. Tuuut. Observa la negrura exterior. Tuuut. Camina hasta la puerta. Tuuut. Usted está aquí. Tuuut. Y los gases inflamables venga a acumularse.

–¡Ramona! Por fin. Ahora no me digas que sí, porque ya tengo otros planes, ¿eh?

–¿Que sí a qué?

–Todo el día desconectada y cuando te conectas ya no lees los mensajes ¿o qué?

–He estado durmiendo.

–¿Desde la una durmiendo? Joder, una siestecita de seis horas, no está nada mal.

–No, es que... Pero ¿que sí a qué?

–Nada, que te proponía acercarme al parador a pasar la noche, pero...

–Sí, sí, ven, por favor, por favor, por favorísimo –lo interrumpe Ramona, y se odia por haber apagado el teléfono todo el santo día. Por culpa de Greta. O más bien por su propia culpa, por no querer responder a Greta o por ni siquiera saber si quería o no responderle, por no saber si vale la pena continuar con la farsa o si lo que quiere es bajar el telón y gritar: ¡Zarpamos!

–Que no, que ya no puedo. Como no decías nada, al final he quedado con Vicenç.

–Oh, qué rabia. ¿Y no lo podrías cambiar?

–No, no puedo. ¿Todo bien?

–Psí, supongo. Ahora estaba pensando en Carmel y el accidente. Quiero decir que no sé si es buena señal que esté regurgitando estas cosas. Sobre todo porque tendría que estar pensando en qué hago con Greta. Bah, nada... Yo te llamaba por una consulta legal.

–¿Legal?

–¿No te licenciaste en Derecho?

–Sí, pero hace más de veinte años, ¿eh?, no fastidies.

–¿Qué puede pasar si incumplo el contrato y no entrego el manuscrito en la fecha prevista? O, vaya, si no lo entrego en absoluto. –Mefistófeles la observa triunfal con sus ojillos cosidos–. En el contrato no encuentro ninguna cláusula que lo mencione.

Tendría que devolver la parte del anticipo que ya he cobrado y listos, ¿no?

–Con la ley en la mano, te podrían reclamar daños y perjuicios, supongo, lucro cesante, pero dudo que lo hicieran; tampoco es que seas una superventas, y no querrían ponerte en su contra. Te podrían reclamar intereses, también. No sé, es lo que se me ocurre. Si quieres, mándamelo. ¿A qué viene todo esto?

–Nada.

–Ya..., nada...

–Que no me apetece escribir el ensayo. Nada nuevo: ya sabes que solo puedo trabajar con temas que me remuevan...

–Que te obsesionen.

–Vale, sí. Remover, obsesionar, llámalo como quieras. Trabajar es mi manera de buscar respuestas. Y, de repente, el ensayo sobre la estética ya no me interesa. No sé por qué me metí. No me hace ninguna ilusión: ninguna. Y, además, la obligación de hacerlo..., no sé..., es un engorro. Estoy mortalmente aburrida de todo. Quiero hacer algo nuevo. Pero ¿qué? ¿Qué?

–¿Es la crisis de los cuarenta y ocho, o es que has sucumbido a la literatura de autoayuda que te conmina a reinventarte? Todo son maneras de luchar contra la muerte, Ra. Hazte gurú, no te lo tendré en cuenta. Yo ya te veo.

–No te burles, que te lo digo en serio.

–Ya, no sé... Podrías intentar volver al audiovisual; siempre hablas de ello con nostalgia.

–¿Volver? Pero ¡si no llegué ni a empezar!

–Quedemos mañana para comer, venga. En mi casa, claro, porque siendo San Esteban va a estar todo cerrado.

–Sí, creo que me vendrá bien. Aquí encerrada con la niebla me estoy trastornando.

–¡Hecho! ¡Hasta mañana!

Entonces lee los demás mensajes. Raquel, fingiendo que no pasa nada. Carmel, que le felicita las fiestas con una foto de su niña disfrazada de Papá Noel. Él le manda la foto como una pequeña venganza: mira lo que te perdiste; ella interpreta la imagen como una confirmación: menos mal que huiste a tiempo. Y, por último, los

mensajes de Greta. Los primeros, a media mañana, todavía alegres, pero después del ahora-no-puedo-mala-cobertura, cada vez más cabreada, alternando entre la preocupación (¿estás bien, te ha pasado algo?) y el reproche o la amenaza (más te vale que te haya pasado algo, a mí no me ghosteas); uno que cae en la súplica: Llámame, Ram, anda, por favor.

La rueda pinchada, la imposibilidad de gobernar el coche. Si la relación cae en bancarrota. Ni compromisos ni gravámenes. Ninguna cláusula de incumplimiento. Usted está aquí. Hace tiempo que el motor no carbura bien. Y baja el telón.

Sí, ahora que lo ha decidido, la llama. ¡Zarpamos!

XIX

Ha pasado casi media hora desde el aviso y todavía no ha aparecido ningún autobús. Empieza a hacer mucho calor; en algún momento, el aire acondicionado se ha parado; si no los recogen pronto, se asarán como cochinillos. Fuera todavía se divisan las nubes en el horizonte, escabulléndose hacia Cataluña; no han derramado ni una gota; nubes como él: con hipospermia. El sol blanco perfora la inmensidad de acero.

Mientras hacía cola en el bar, Faust ha escrito a Loreto para que le dé la pastillita de San Juan a Ripley y que le haga efecto antes del momento fuerte de los petardos. Distraído con las teorías de Ventura, ha dejado de prestar atención a la posible Ramona, y, cuando mucho rato después ha llegado su turno de pedir, ella había desaparecido. ¿Está aliviado o decepcionado? No lo sabe, pero ha tenido la tentación de buscarla.

Acompañado de Ventura, ha vuelto a su asiento con dos bocadillos –el grande para él y el pequeño para Doray una bolsa de patatas chips, concretamente la última; ese detalle lo ha hecho sentirse afortunado, como si por una vez la suerte se pusiera de su lado. Es eso la suerte, se ha dicho, que quede una sola bolsa de patatas y te la quedes tú, y un hecho tan insignificante lo ha puesto de buen humor.

No tener noticias de Jofre ni de Navarro también ha ayudado. De hecho, casi ha dejado de pensar en ello. Ni siquiera ha buscado más imágenes del desastre en las redes. Por primera vez desde que es el responsable de la presa no tiene que cargar solo con el peso y, aunque sea una emancipación temporal, se le ha liberado una región

del cerebro que tenía secuestrada desde hacía años. Ahora que las neuronas han sido dispensadas de la responsabilidad del embalse, se emborrachan de presente. Es por eso por lo que, mientras charla de pie con Dora y Ventura comiéndose el bocadillo, Faust puede escucharlos con una atención nueva y total.

Muchos pasajeros se levantan y pululan por los pasillos, hartos de estar encogidos en los asientos. Ya no están indignados; han aceptado la situación y procuran buscarle la parte buena. Aquí y allá se entablan conversaciones entre desconocidos. Todo son gestos fraternales. ¿Es realmente así o solo es él, que lo interpreta así desde su nueva ligereza mental?

Otra patata a la boca. Ni siquiera experimenta la incomodidad que siempre lo acompaña cuando come en público y nota las miradas de los demás juzgándolo por su envergadura. Tanto da lo que coma, lo tiene comprobado: si engulle un cruasán, los ojos de los demás le recriminan la glotonería y lo culpabilizan; si almuerza una ensalada, a unos les da lástima (dan por hecho que se está reprimiendo) y otros lo observan con suspicacia, como diciendo: ¿A quién quieres engañar?, ahora que te veo comes ensalada, pero sé que en el sofá de casa te hinchas de pizza. ¿Pensar que los demás te miran es narcisismo, es paranoia, es un hecho empírico?

Pero ahora ni piensa en la mirada de los demás.

Ventura se explaya hablando de los Monegros y de un tal Aranda que hace siglos deforestó la zona. Faust se ríe sin saber por qué, se ríe a carcajadas, sin la vergüenza habitual, mientras Dora le hinca el diente al mixto de jamón y queso. Antes aquí había un bosque de encinas, asegura Ventura. Y ahora, ya lo veis, un páramo. El desierto siempre está más cerca de lo que parece. Les recita algunos datos: España es el país con el índice de desertificación más elevado de la Unión Europea.

–Qué, ¿cómo os quedáis?

–Me has dejado seco –replica Faust, y Dora estalla en una carcajada genuina. Se ruboriza mientras se tapa la boca llena con la mano, y Faust la mira con ternura, y también orgulloso de haberla hecho reír. ¿Cuánto tiempo hacía que no hacía reír a nadie?, y todavía añade con su mejor voz–: Ventura, has visto cosas que

nosotros no creeríamos. Atacar naves en llamas más allá de Orión. Has visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia.

Dora aplaude:

–Ja, ja, ja, qué bueno, ¡lo has clavado! Es el final de *Blade Runner*, ¿verdad?

Y Faust, satisfecho, solo asiente porque Ventura no calla:

–Lo curioso es que existe un proceso inverso a la desertificación: la osi... oasiqui... o-a-si-fi-ca-ción, ¡joder!

Faust piensa que estar allí en el tren parados es justamente eso: un oasis. Se siente ebrio de una euforia extemporánea.

–Desertificación y oasificación, ajá... Diría que el paisaje tiene un trastorno bipolar –concluye Dora impostando voz de profesional.

Faust enumera mentalmente los síntomas que estudió: fase depresiva, fase maníaca, pautas para la intervención terapéutica. Y se lanza:

–¿Sabes qué?, he estudiado Psicología y algún día me gustaría dar el paso. Cambiar de trabajo, abrir una consulta, pero lo veo imposible.

–Uy, ostras... –dice Dora, que es evidente que no sabe qué hacer con esa información–. Pues, mira, yo llevo tres años estudiando escritura creativa y quiero publicar y cambiar de vida. ¡Y también me parece imposible! ¡Estamos igual!

Faust le diría, de acuerdo, pero tú eres psicóloga y me podrías orientar, porque todavía tengo que cursar el máster y especializarme; sin embargo, intuye que ella ha respondido como ha respondido para esquivar el tema. ¿Acaso no se atreve a decirle una verdad que lo desmoralizaría: que cuesta abrirse camino en la profesión, que empezar de cero es una locura, que por qué alguien habría de confiar en él si solo tendrá la experiencia limitadísima de las prácticas? ¿Es ese el mensaje de fondo, que es ridículo querer abrir una consulta? ¿O va incluso más allá? La persona menos importante de su propia vida. ¿Dora está evitando decirle que primero tendría que hacer él terapia, que un cojo no puede ayudar a

otro cojo? ¿Es eso lo que le está diciendo, con su manera descarada de desviar el tema?

Faust sonríe, no se atreve a presionarla.

–Pues sí, ¡estamos los dos igual!

Y Ventura ya mete baza; una sobrina suya que vive en Felanitx tiene trastorno bipolar, y Dora se aferra a Felanitx y cuenta que pasó allí un verano, cosa que debe de ser verdad, pero Faust sabe que si Dora decide hablar de Mallorca y no de psicología es para evitar el aprieto de que Ventura le dé lecciones de psicología con lo que ha leído en la Wikipedia. Dora tiene tablas escapando de las conversaciones trampa, piensa Faust; la mayoría caeríamos de lleno. Oficio, a eso se le llama tener oficio. Es un automatismo similar al de los camareros que hacen eslalon entre las mesas, un mecanismo que se integra a fuerza de repeticiones. Eslalon conversacional.

Faust comenta que nunca ha estado en Mallorca ni en ninguna de las islas Baleares. Los otros dos no se lo creen. Eso hay que remediarlo, insisten, pero que no se le ocurra ir a Menorca por San Juan, que hay un follón de la hostia, y del San Juan de Menorca pasan a la verbena inminente, la noche más corta del año, etcétera. Dora la pasará en casa de unos amigos de Caldetes, si es que llega a tiempo, claro, porque ya son las cuatro pasadas y a saber a qué hora los recogerán, y Ventura, que antes de vender seguros era comercial de colchones y conoce el mapa de carreteras mejor que a su madre, dice que, teniendo en cuenta que están cerca de Bujaraloz, no cree que el trayecto baje de las tres horas. Él no contaría con llegar a Caldetes antes de las diez, dice. Ventura les habla de la cena vecinal que esa noche montan en su calle de Sants y de la rifa con la que empieza, qué lástima llegar tarde, es uno de los acontecimientos del año.

–¿Y tú, Faust, qué planes tienes? –pregunta Dora, mientras se escucha también a sí mismo preguntándoselo: ¿Y tú, Faust, qué planes tienes?, ¿cuáles son los acontecimientos del año para ti? Anteayer, Roger, del pantano de Susqueda, lo invitó a la verbena en su casa, y Faust le dijo que tenía otro compromiso. Y en parte lo tenía: repantigarse en el sofá con Ripley, que siempre lo pasa fatal con los petardos, ver la última película de la filmografía de Haneke

que le queda por ver, atracarse de helado, descansar de los tres días en Madrid. No hacer nada–. ¿Faust? –repite Dora.

–Es que tengo una perra y no la quiero dejar sola –dice, y realmente consigue creerse que es por eso por lo que se quedará en casa.

Lo que Faust querría es celebrar la verbena allí, en ese vagón donde no tiene pasado ni futuro ni identidad, donde todo es posible.

Ding-dang-dong.

Señores pasajeros, les rogamos que recojan sus pertenencias y se preparen para abandonar el tren. Dentro de pocos minutos procederemos a descender ordenadamente.

Ding-dang-dong.

El anuncio cae como una losa sobre Faust, que tiene ganas de amotinarse y negarse a bajar. O de encerrarse en el baño y hacerse una buena paja para serenarse. Podría pensar en Dora, imaginar que le agarra la cintura mullida y se hunde en ella; o que ella se la mama despacio, como un chupete. Pero ya sabe que la polla no le respondería y aún acabaría llorando, como tantas otras veces. Además, los pasajeros ya se han levantado, cogen bolsas, cierran cremalleras, mandan mensajes. También Ventura ha corrido a su asiento a buscar sus bártulos, y Dora ya guarda el libro electrónico en el bolso. Y al poco están todos en fila, sudando y esperando a que les abran las puertas para poner un pie sobre el paisaje lunar. Pedir la luna es pedir un imposible. ¿La luna? ¿Quién pide un desierto, quién lo quiere?

Dora les pregunta qué hacían en Madrid. Ventura les habla de una hermana a quien visita todos los años por su cumpleaños; Faust, de las jornadas de técnicos de presas que ha organizado el CNEGP.

Pero entonces se abren las puertas.

Faust baja los tres peldaños de lado, entornando los ojos y haciendo visera con la mano. Se apresura a buscar las gafas de sol; desde que tiene ojo seco, la luz excesiva le provoca jaqueca. El contraste entre el interior y el exterior es violento. Meterse en un horno debe de ser algo parecido. El aire no tiene humedad y los pulmones se le llenan de un olor extraño, polvo y excrementos secos con un toque de tomillo.

Cegado y apabullado por el calor, atraviesa la franja de balasto con paso inestable. Tras la ventana, el horizonte se le aparecía como un paisaje pintado por un maestro barroco; ahora, sin embargo, se vuelve real, es el horizonte más remoto que ha contemplado jamás. Unos bomberos han cortado la valla perimetral. Faust la franquea y entra en el desierto. Tierra, matorrales, rocas. Tufo a cagarrutas petrificadas. Ante él, Dora se tambalea sobre los zapatos rojos de tacón.

De cada puerta del tren sale una fila de humanos desconcertados y ofuscados por el sol que avanzan unos detrás de otros como presidiarios que no hubieran visto la luz durante semanas. La imagen es entre ridícula y apocalíptica. Parecen unos humanos bajando de una nave para colonizar un planeta extraterrestre, abrumados por siglos de sueño criogénico. Faust siente una especie de ternura por todos esos desconocidos a merced del desierto; se los ve tan desamparados y frágiles allí a la intemperie, recortados contra el vasto paisaje de pesadilla. Se le humedecen los ojos. Tiene ganas de abrazarlos y de que lo abracen. Quiere estrechar cuerpos y manos para notar el tacto cálido e inimitable de la piel; llorar con esos extraños como si fueran los últimos humanos del universo; mirarlos a los ojos. Que todos se unan gracias a la catástrofe, igual que en las películas distópicas. Sentir la conciencia de especie.

Las filas confluyen en el camino de tierra paralelo a la vía. Dora se adelanta, no lo espera, como si los bocadillos y las carcajadas con la boca abierta quedaran muy lejos. Faust ve una pequeña estructura en medio de la nada, dos pequeños bloques de hormigón colocados de tal manera que forman una T, como una mesa rudimentaria, en el centro de la cual reposa una piedra de color tostado con los bordes redondeados. Parece el pan de la cesta de Dalí. Cuánta humanidad contenida en la sencillez de ese pan. Se acerca, necesita tocarlo. ¿Quién lo ha puesto allí? ¿Por qué?

Oye una voz que lo llama: Señor, por aquí, no se desvíe, por favor, señor, señor. Pero Faust sigue hasta la piedra, que tiene exactamente el tamaño y la irregularidad de una hogaza. La acaricia. Una hogaza de mármol fino y erosionado. Se la quiere llevar. Y al mismo tiempo: ¡qué disparate! La sopesa. Seis o siete kilos. Menos

que una garrafa. Llevársela para que sea un amuleto o un souvenir o el símbolo del breve paréntesis de plenitud que ha vivido hace unos minutos. Pintará un cuadro de la piedra hogaza. La esconde en la mochila con un gesto furtivo.

–Señor, por favor, vaya subiendo al autocar –le gritan.

Se gira. Dora lo espera en la puerta del segundo autocar, alegre y sudorosa. Se dirige hacia allí, desequilibrándose hacia atrás por el peso de la mochila. Nota la camiseta empapada. Las ronchas de sudor de las axilas se van dilatando poco a poco. Pero más vale eso que morir como Bruce Lee.

Y, entonces, la melena. La mujer alta de hombros puntiagudos se dirige al tercer autocar, que acaba de aparcar. Ahora le ve las piernas por primera vez. Vaqueros negros y extremidades de mantis religiosa. Faust afloja el paso, no le quita ojo, deseando que se gire para confirmar o descartar de una vez por todas si es ella. Entre los dedos de alambre sostiene un cigarrillo. Tiene que ser ella. Tiene que serlo.

Ya casi llega al segundo autocar, desde donde Dora le hace señas para que se apresure. La posible Ramona Ra fuma y se niega a girarse. Faust podría montarse en el otro autocar. Disculparse con Dora con cualquier pretexto: un conocido, una manía con las matrículas múltiples de cinco. Da igual. No la verá nunca más. Y tampoco le debe ninguna explicación. No son amigos. No se conocen. No ha querido ayudarlo con su futuro en la psicología. Podría dejarla plantada. ¿Plantada? Menuda bobada. No la deja sola, Ventura anda por ahí. Y tampoco es que Dora necesite a nadie. Se avergüenza de haber pensado en ella con condescendencia, como si no fuera él quien siempre merece la condescendencia de los demás.

Está a pocos metros de Dora y la melena continúa de espaldas. ¿Y qué, si fuera Ramona Ra? ¿Por qué tendría que subir a su autocar? ¿Qué esperaría que sucediera? Ahora ve que también Miquel, de la presa de Darnius, se dirige hacia el tercer autocar. Si le dijera a Dora lo del conocido en el otro autocar ya no sería mentira, pero sentarse con Miquel significaría salir definitivamente del paréntesis: sería inevitable hablar de las respectivas presas, tendría que explicarle lo de los peces muertos, si es que Miquel no se ha enterado ya por

algún lado, cosa más que probable. Contempla el tren rojo parado; tiene ganas de volver ahí dentro y atrincherarse. Podría hacer como que se le ha desatado el zapato (si tarda un poco más, quizá el segundo autocar ya estará lleno y podrá proponerle a Dora embarcar en el tercero). Pero ya está delante de Dora, que le dice: ¿Te encuentras bien? Tiene que decidirse de una puñetera vez. Las decisiones siempre le han pesado más que cualquier piedra. ¿Acercarse sudoroso a Ramona y decirle qué, imbécil?

–¿Se puede saber qué hacías ahí? –pregunta Dora.

Él balbucea que hacía una foto porque quiere pintar un cuadro de gran formato con todo ese desierto de ceniza. Hoy es un día importante, sentencia, sin saber si se lo cree o no.

–Ah, ¿pintas? –dice ella mientras ya sube al autocar.

Faust pone el pie derecho en el primer peldaño, inspira fuerte el olor a excremento seco y le echa una última ojeada a la melena negra que dobla las piernas telescópicas para montarse en el autobús. Y entonces, un segundo antes de que ambos desaparezcan dentro de los vehículos, Faust le ve el perfil. Esa nariz. Juraría que. Pero está demasiado lejos. A veinte o treinta metros, ¿cómo podría reconocer a alguien que vio hace medio año y que solo ha vuelto a ver en fotos de prensa?

–Sí, pinto. O lo intento –responde con una sonrisa triste, porque le ha venido a la cabeza el fracaso de la exposición en el ayuntamiento.

–Nos he guardado sitio delante de todo, que si no me mareo –dice Dora.

Por eso se sientan en la primera fila, de cara al inmenso parabrisas que les ofrece una vista grandiosa del desierto asado por el sol. Los asientos son estrechos, apenas les cabe el trasero; se encajonan como pueden y la carne se les desborda por los laterales. Por más que aparten las piernas, están sentados muslo contra muslo. Entre la estrechez del asiento y la mochila a sus pies (se ha negado a dejarla en la bodega), Faust está prácticamente inmovilizado. Dentro del autocar hace bochorno: hasta que no arranque el motor no se pondrá en marcha el aire acondicionado. Los dos desprenden un leve olor agrio a sudor. Faust piensa en las tres horas o más de trayecto y lamenta la decisión de no haber

seguido a la mujer de la melena, aunque no fuera ella. Aún estaría a tiempo de levantarse y marcharse. Pero no lo hará.

Aparece Ventura y los saluda con un cabeceo, como si la camaradería de antes no hubiera tenido lugar. Charla con un hombre, y oyen que dice:

–Antes aquí había bosques de encinas. Y ahora mira, un páramo. El desierto siempre está más cerca de lo que parece.

Cuando el conductor se sienta al volante, Faust recibe un mensaje:

Los del dispositivo ya están aquí A qué hora llegas?

XX

Greta no coge el teléfono. Claro, son las ocho de la tarde; es decir, las siete en Brighton. Deben de estar cenando mientras el móvil sobre la mesa vibra y las letras en la pantalla chillan: Ram, Ram, Ram. Semental, semental, semental. Greta debe de haberse apresurado a esconderlo. Pero ahora que lo ha decidido, Ramona ya no puede parar: cuando la función ha terminado y ha bajado el telón, no te puedes sacar otro acto de la manga. Por eso se pone a grabar una nota de voz en inglés, siempre en inglés, caminando arriba y abajo por la habitación:

«No me coges el teléfono: imagino que debes de estar muy ocupada. Yo no lo estoy en absoluto, y ya sabes que estar ociosa no suele ser buena idea, porque entonces empiezo con las rumiaciones: así lo llaman los psicólogos. Rumiaciones, sabes, como los animales que tienen estómago complejo, como las vacas, que tragan la comida y después la sacan y vuelven a masticar lo mismo para poder digerirlo bien, ¿verdad? Pues yo igual con los pensamientos, que me vuelven a medio masticar, hechos una papilla asquerosa, e intento triturarlos para que no vuelvan, pero sieeeempre vuelven, cada vez más biliosos. Total, que desde que te dejé ayer en el aeropuerto estoy intentando evitar la pregunta que llevo demasiados meses esquivando: ¿qué coño hago contigo? Aquí sola ya no me la quito de encima. Y siento tener que decírtelo con una mierrrda de mensaje de voz, ya sabes que tengo una vena cruel, puro instinto de supervivencia, te lo juro, pero es que ahora que lo tengo claro no puedo guardármelo ni un minuto más. Posponerlo me obligaría a fingir y mentir hasta que aterrizases en Barcelona, y no tengo ganas

de pasar una semana más con el teatrito. Ya me perdonarás. En fin, que hay momentos para mentir y momentos para decir la verdad. ¿Por dónde empiezo? Me repugna tu trabajo. Y tú dirás, ¿qué tiene que ver mi trabajo con el amor? Pues todo, reina, todo. Esos directivos a los que buscas piso son los mismos que después se mean sobre mi cultura y mi lengua, los que hacen cola en los locales de brunch para comerse un bagel gomoso por quince euros, los que inflan los precios de los pisos y expulsan a los barceloneses a la periferia. Y mira, si tú me dijeras: Ram, detesto mi trabajo pero no sé hacer otra cosa, o si te dieras cuenta de lo que haces, pero no, claro, ni de eso eres capaz con tu forma naíf y colonialista de observar la realidad desde tu privilegio de británica aplastamundos. –Ramona se detiene ante la puerta del balcón, enciende la luz exterior y contempla la niebla opaca mientras se rasca la cicatriz del muslo con furia–. También me hierve la sangre al pensar que hace años, ¡años!, que me dices que aprenderás catalán. Sospecho que nunca has tenido ninguna intención de hacerlo, o, como mucho, solo en un plano muy abstracto y lejano. Es desolador que todavía no hayas comprendido la magnitud de la falta de respeto que eso supone hacia el país que te ha acogido y sobre todo hacia mí, que soy tu pareja. Eres una puta especie invasora que se lo come todo. Y ya te imagino, joder, explicándoles a tus amigos que te he dejado porque soy una nacionalista estrecha de miras. Vete a la mierda, Greta, vete a la mierda. Después de tres años has vuelto a abandonarme en Navidad, miserable: otro Fin de Año sin ti. Que una cosa es que me importe un bledo la Navidad y otra cosa es esto. Pero qué sabrás tú de ponerte en la piel de los demás. En tres años no has querido enseñarme el lugar de donde vienes, tus amigos, tu casa. No, tú solo quieres risas y banalidad. Copas de vino y comidas de coño. A veces incluso dudo de que le hayas hablado de mí a tu familia. Quizá es ese el motivo de que no me lleves contigo, porque todavía no has tenido ovarios de decirles que estás con una mujer. ¡Cobarde! –Ramona sigue mirando hacia fuera: la niebla la absorbe, ni repara en que se ha hecho sangre de tanto rascarse–. Y tendrás la cara dura de decirme: si me quieres, qué más da el trabajo que tenga o la lengua que hable. Lo podrías decir y lo dirás, lo sé,

cuando se lo cuentes a Margaret, menuda tía plasta, por favor. Y ese es el problema: que si ni siquiera ves el problema, ¿cómo narices lo vas a solucionar? Pero la verdad es que el trabajo y la lengua son solo la punta del iceberg. Mira, ya que estamos, echémoslo todo, que así el corte será más irreparable. No soporto que por las mañanas me cuentes tus sueños. No soporto tu mal gusto culinario ni tu ragú. No soporto que no recuerdes las cosas que no me gustan: el queso azul, los musicales, el color naranja. No soporto el cine de Hollywood ni ir a la playa. No soporto que seas una tacaña. Antes todo era divertido, pero ahora me aburres, Greta, me aburres mucho, y estas horas aquí sola he visto claro que me sobras. Bueno, nada, paro, que de todas formas esto no tiene ningún sentido. Dime cómo quieres que lo hagamos el día 2 cuando vuelvas. Te puedo ir a recoger; si hace falta, también te puedo ayudar a llevártelo todo a Ocata. O, si lo prefieres, puedes ir a casa y apañarte tú sola. Lo que quieras, pero hagámoslo rápido y corto, que a ninguna de las dos nos gustan las agonías. No me llames. No tengo ganas de hablar. Seguramente desconectaré el móvil. –Dos segundos de silencio. Repasa si se le ha olvidado algo–. Ah, sí, y feliz Navidad.»

Ramona clava los ojos en el icono del avioncito de papel. Y lo toca. Fiuuuuu. Cuando el mensaje ya vuela hacia Brighton, se apresura a apagar el teléfono. Se siente extraña, como cuando de pequeña se quitaba los patines después de dos horas patinando: tiene esa misma sensación de flotar, de gravedad alterada. La rabia pesa más que el plomo, y, cuando la sueltas, haces sitio para todo lo demás.

Mientras hace pis, se ilusiona pensando en el almuerzo de mañana con Bernat, en el alivio de haberse librado del ensayo largo (a pesar de que todavía no se lo haya comunicado al editor), en el bálsamo de ir algún día al Picasso a contemplar a María Agustina Sarmiento, remendada como ella; en el colchón nuevo que se comprará: ¿con quién lo estrenará?, ¿con Raquel acaso?; sí, el sexo es un coadyuvante excepcional para superar las rupturas.

No es la primera vez que aplica la estrategia de levantar un muro de cuerpos para protegerse del pasado; también lo hizo con Carmel. Fue entonces cuando se lanzó de cabeza a la exploración lésbica,

mientras Carmel se burlaba desde su trinchera, diciéndole que aquello era un complejo de Edipo como un templo, que estaba siguiendo los pasos de su padre ginecólogo, que se había pasado la vida explorando vaginas. ¿Cómo pudo estar tantos años con alguien tan cafre? No se lo perdonará nunca.

Decide prepararse un baño. Con la sequía que hay. Lo sabe. Aun así, lo hace. Quizá le produce un placer sádico. El placer del privilegio, que es lo único sólido en su vida. Si todo se tambalea, constatar su privilegio en detalles pequeños y frívolos la hace sentir segura. Poderosa. Qué adjetivo tan vomitivo.

Al abrir el grifo imagina que el pantano se vacía un poco más por su culpa. Aunque ya sabe que no es así: ayer Beto le contó que toda el agua del edificio la suministran unos camiones cisterna. El hotel se concibió para abastecerse con el embalse, pero con la sequía la boca de captación queda demasiado alta y ha dejado el hotel seco. Y ahora ella, aun sabiéndolo, llena la bañera con un agua que unos camiones han traído de vete a saber dónde. Pero tiene que bañarse. Después del mensaje de Greta se nota sucia, felizmente sucia y pringosa, igual que los recién nacidos, que están recubiertos de la vérnix caseosa y parecen embadurnados con manteca de cerdo. La porquería que le ha salido por la boca hace unos minutos la ha ensuciado. Y también la ha hecho nacer de nuevo.

La llena hasta arriba con agua demasiado caliente. Apaga la luz del baño y así, a oscuras, se mete despacio. Se quema los pies. Después se sumerge entera, cabeza y todo. Es como si se le ablandara una costra reseca, o una fina capa de piel de la que se podrá desprender fácilmente igual que se pela un tomate escaldado. El calor empieza a disolverle las rumiaciones. Se pregunta si ha hecho mal en enviarle la nota de voz a Greta, el audio de tres minutos y cuarenta segundos que lo ha guillotinado todo, pero el pensamiento se le funde rápido dentro del cráneo; una pereza que la sosiega va conquistándole el cerebro. Hacía tiempo que no caía en rumiaciones. La palabrota se la enseñó la psicóloga a la que fue después de Carmel durante, ¿qué?, ¿un año y medio o dos? No fue por Carmel; fue a desenredar la maraña mental que tenía; ya no sabía quién era, qué quería, adónde iba, por qué hacía lo que hacía

o decía lo que decía; todo lo pensaba y lo repensaba, lo masticaba, lo deglutía, lo regurgitaba, lo volvía a masticar, las ideas cada vez más trituradas, los motivos de todo cada vez más oscuros; cuanto más intentaba acercarse a ellos para comprenderlos, más borrosos se volvían. Es pura cuántica: el hecho mismo de observar los pensamientos los altera. Pero ¿cómo podía dejar de mirar sus pensamientos? No pienses en un oso polar, te dicen, y entonces la cabeza no puede dejar de pensar en osos polares. No pienses en los pensamientos, y la cabeza no puede dejar de. La psicóloga la ayudó a salir del laberinto. ¿Y ahora qué ha pasado? ¿Se ha vuelto a olvidar de quién es, de qué quiere, de por qué hace lo que hace? Tiene la sensación imperiosa de que debe hacer un cambio, probar algo nuevo, intentar un triple mortal. Pero ¿qué? ¿Y cómo labrarse un nuevo camino a su edad? Ramona, se dice, el cerebro es más listo que tú: no interfieras, déjalo hacer. Sin embargo, ahora se le ha encallado en un bucle. No pienses en bucles. Menos mal que el agua caliente le ralentiza el razonamiento. Porque: no pienses en bucles, y el cerebro no puede dejar de.

Saca la cabeza para respirar. Fuera el aire es frío y se sumerge enseguida. Cuántos años sin meterse en una bañera; se ha bañado muy pocas veces desde la muerte de sus padres, porque: *kashikiri-buro*. Meterse ahora quizá es una manera de decirle a la muerte: No me das miedo, ven a por mí si quieres. La bañera la devuelve a la infancia, cuando su madre la bañaba los miércoles y los domingos, siempre a la misma hora, con el olor de Filvit que se quedaba horas suspendido en el aire. Lo evoca con nostalgia: la niña que era, la niña que todavía es, la niña que seguirá siendo cuando pronto le venga la menopausia, la niña que será todavía el día que muera. Los adultos no existen. Los adultos solo son criaturas que han dejado de confiar en la vida.

Saca la boca y coge aire boqueando como un pez, antes de volver a esconderse bajo el agua. ¿Y ella, aún confía en la vida? El almuerzo con Bernat. Leer dos o tres horas. María Agustina Sarmiento. ¿Es eso confiar en la vida? Podría hacer unas sesiones con la psicóloga; nada largo, ordenar un poco las ideas y ya. Más vale ir antes de extraviarse por el laberinto. La llamará el lunes para

pedir hora. Era buena, la tía. Te hablaba con dureza si era necesario, pero siempre con su porte afable, gesticulando con delicadeza, movía sus manitas regordetas incluso cuando te apretaba las clavijas: Ramona, a mí no tienes por qué mentirme; Ramona, ¿qué intentas evitar?; Ramona, afronta las cosas; Ramona, ¿cuál es el origen de tanta vehemencia?; Ramona, ¿qué deseas, adónde vas, quién quieres ser de mayor?; Ramona, Ramona, Ramona. Sale a respirar. Y los vestidos de loro que llevaba en verano e invierno. Amarillos, verdes, naranjas. ¿Cuánto hace de la última vez? Igual un par de años. No, más. Todavía no estaba con Greta.

Sí, el lunes la llamará.

XXI

Antes de arrancar, el conductor les ha comunicado que el autocar los llevará a Lleida, donde tomarán un tren hasta Barcelona Sants. El trayecto durará algo más de dos horas: la A-2 y la N-2 están cortadas por el incendio, de modo que tendrán que bajar hasta Caspe y después volver a subir hacia Lleida. No ha dicho nada sobre la hora prevista de llegada, pero Faust calcula que no será antes de las ocho o las nueve de la noche, y así se lo ha hecho saber tanto a Jofre como a Navarro, que desde que han asumido el mando no le han informado de nada, cosa que le fastidia porque revela hasta qué punto no lo valoran pero al mismo tiempo agradece porque así puede dejar de tenerlo presente.

Imposible estar en Sau antes de las diez.
Mañana me planto en la presa a las ocho
de la mañana y te digo.
Me queda poca batería
y no puedo cargar.

Lo último se lo ha inventado para poder apagar el teléfono. Ha esperado a recibir unas respuestas lacónicas –el pulgar hacia arriba, un ok pelado– y después se ha desconectado. Es la primera vez en toda su vida que se desentiende del pantano. Ya de pequeño, cualquier plan estaba supeditado a él; si había una avenida de agua o cualquier alerta inusual, entonces la excursión prevista, la salida al cine, la comida en Fussimanya, podían cancelarse en el último segundo. Y sí, cuando ya era él el responsable había habido

momentos en que apagaba el móvil –sobre todo si Joana lo obligaba, y también durante las prácticas de la carrera–, pero siempre con reticencia, y sentía un gran alivio al volver a encenderlo y comprobar que no había ocurrido nada. Ahora no siente reticencia alguna ni tampoco la urgencia de encenderlo. A lo mejor, más que sentido de la responsabilidad, lo suyo es la ansiedad del adicto. ¿Adicto a qué? ¿A sentirse útil cuando todo lo demás lo hace sentir prescindible?

La primera media hora de trayecto ha sido un terremoto continuo. El autocar avanzaba muy despacio por el terreno irregular. De vez en cuando, los matojos del camino rascaban los bajos. Chchchtcrtchcrtch. Él y Dora han hablado de un montón de cosas. De un pájaro de color café con leche que los miraba desde un arbusto (a Dora le gustan los pájaros: tiene dos agapornis y un jilguero). De la vastedad que a Dora la hace sentirse libre y a Faust abrumado, como si le faltara el aire, le ha confesado un poco avergonzado. De las piedras blancas amontonadas en los márgenes de los campos, que a Dora le han hecho pensar en nieve sucia apilada por una máquina y a Faust en un montículo de cráneos extraídos de una fosa común; eso no se lo ha dicho a Dora para no parecer un tarado; en cambio, le ha dicho que a él le recordaban el paisaje de Nauru que vio en un reportaje, es una pequeña isla recubierta de guano: así se llaman los excrementos fosilizados de pájaro que primero habían convertido a Nauru en el país más rico del mundo y después lo habían arruinado. Y aunque Dora lo escuchaba con interés, Faust se ha callado. Chchchtcrtchcrtch. También el amor te convierte en la persona más rica del mundo para después arruinarte, ha pensado; aquello tampoco se lo podía decir si quería seguir pareciendo el tipo alegre que llevaba todo el día fingiendo ser para los demás, de modo que ha vuelto a mirar hacia fuera y los majanos le han recordado las caras deformes y apiñadas del aquelarre de Goya que ha visto esa misma mañana que ahora le queda tan lejana. Pero del terror que le han despertado las *Pinturas negras* de Goya no le puede hablar a Dora, se dice mientras constata que los tonos del paisaje son exactamente los de *Las Parcas*, los de *La romería*; quizá es él el ser deforme e inquietante con la cara

desdibujada. Dora todavía lo mira, sonriendo, esperando que prosiga con las explicaciones, pero ya solo se oyen los matorrales raspando los bajos del autocar.

Por fin llegan a un camino más liso: todavía es de tierra, pero entre las roderas ya no crecen hierbajos y a lo lejos incluso se divisa una construcción alargada, una granja. Dora señala al cielo, donde un par de líneas blancas forman una X inmensa como si indicaran un lugar en un mapa.

–*Chemtrails* –dice, y finge un escalofrío, abre mucho los ojos y suelta una risita aguda tapándose la boca con la mano.

Faust no cree en las teorías conspiranoicas que afirman que los aviones esparcen productos químicos. Es más, opina que las personas que hablan de las supuestas conspiraciones, aunque sea para cuestionarlas, ayudan a propagarlas, a darles repercusión y ponerlas en el centro del debate público, con lo cual la gente acaba comentándolo y preocupándose por minucias, en lugar de estar a lo que debería estar (la sequía, el alza continuada e inasumible de los precios, la corrupción, el declive del catalán como primera lengua); tal vez se creería una teoría conspirativa que afirmara que ciertos grupos de interés crean y difunden los bulos para distraer a la gente de lo que importa de verdad; de ahí que se menosprecie un poco a las personas que hablan de eso, o quizá menospreciar sea una palabra demasiado fuerte, pero sí que le producen cierta aversión, una especie de sensación física áspera y desagradable, como la que le provoca el chirrido del porexpán. Jofre es uno de ellos, no se pierde ni una: que si el montaje de la llegada a la Luna, que si el asesinato de Kennedy, que si el coronavirus es un invento de los chinos para colonizarnos, que si con las vacunas nos inoculan nanochips, y también los *chemtrails*, claro. Cuando Jofre le habla del tema quiera o no quiera, Faust lo deja monologar hasta el final: oponerse sería entrar en el debate y, por tanto, dar importancia a algo que no la tiene. Así que cuando Dora dice *chemtrails* él solo se encoge de hombros y por dentro desea que ella no hubiera pronunciado la puñetera palabra, y eso se suma a la incomodidad por la notificación de Tinder que ha visto y no quería ver: «¡Hola, tienes un nuevo like!». Le podría decir: Son estelas de condensación,

eso es lo que son, nada más. Pero no abre la boca para no meterse en una conversación que lo entristecería y sería embrutecedora.

Y enmudecen, bajo la gran X en el cielo que los señala. Usted está aquí.

Pasa un tractor y levanta una polvareda fina y blancuzca que se queda flotando en el aire como niebla seca. Recuerda una serie antigua, en la que atravesando la niebla accedían a una realidad paralela. Igual también él acaba de entrar en una realidad paralela con el episodio del tren averiado y cuando salga de la grisalla se encontrará con una vida diferente. En el cine, los viajes son siempre un símbolo, el camino psicológico que el protagonista tiene que recorrer para llegar a algún sitio, ya sea a la libertad de la muerte en un precipicio o al mismo lugar del que ha salido, al que tiene que volver después de recorrer un futuro desértico sin gasolina. Siempre ha pensado que, si dirigiera una película, le gustaría que fuera una *road movie*, y ahora resulta que está protagonizando una que acabará en el momento en que llegue a casa, igual que la *Odisea*. Pero él no tiene a nadie esperándolo. Si tuviera otra perra la podría llamar Penélope.

El silencio persiste. De repente Faust no tiene nada que decir. Está agotado del viaje interminable y se nota un poco mareado por el aire del autocar; el olor de tapicería mezclado con los alientos y las transpiraciones siempre le revuelve el estómago. Convendría que se concentrara en mirar adelante para no empeorarlo. El parabrisas lo aboca a la llanura sobrecogedora. La pintaré, se dice, pintaré el horizonte inalcanzable.

–Perdona, es que me estoy mareando.

–Yo intentaré echar un sueñecito, estoy rendida.

Permiso mutuo para callar.

Al rato llegan a una carretera asfaltada, después a un pueblo con unas casas chatas y feas que se queman bajo el sol. Hay una furgoneta descolorida aparcada en un descampado y ni un ser humano. Después una recta larga como no había visto nunca ninguna. Minutos y minutos atrapados en la recta que corta un paisaje siempre idéntico; casi parece que el autocar esté quieto y sea el paisaje el que se mueve. También a él le parece a menudo

que está quieto y la vida le pasa por detrás como un decorado, como si le hubieran puesto una tela verde de fondo para falsear las cosas y fingir que vuela o conduce un deportivo.

A vista de pájaro, la carretera es una línea gris trazada con un lápiz monumental. Líneas en el cielo, líneas en la tierra, líneas por todas partes. Incluso el horizonte es un trazo horizontal que discurre perfectamente perpendicular a la carretera. A ambos lados, una multitud de torres eléctricas alineadas se pierden de vista en los confines de la tierra; los cables negros las unen con unos arcos de gráciles líneas curvas. Y en el centro de las líneas, él, como el agujero de bala del que nace un bosque de grietas. Espejo roto. Se ve que los cristales de las películas están hechos de azúcar. También las telarañas son un puñado de líneas radiales. Arañas. Los brazos y las piernas de Ramona Ra desplegándose como patas de tarántula.

Hasta que aparece el pantano azulísimo de Mequinenza. El mar de Aragón, lo llaman. Y sí que parece un mar en calma, con el azul tentador, el centelleo del sol y las barcas arriba y abajo. La diferencia es que nadie se baña: bajo la superficie rutilante se esconden los siluros más grandes de la península. ¿Morirán muchos siluros en Sau, o solo sucumbirán los peces pequeños, las luciopercas, las carpas? El móvil apagado: ¿debería encenderlo? El responsable de Mequinenza también estaba en Madrid; un tipo adusto y chaparro, que los miraba por encima del hombro y se creía alguien porque gestiona uno de los mayores pantanos del país. No, no lo va a encender. El autocar toma la N-2 y empieza a alejarse de Caspe.

Es curioso, piensa, que tanto Caspe como Sau tengan ambos un episodio importante en la historia política del país. ¿Hay alguna relación geobiológica entre el agua y los fracasos de la catalanidad? ¿Pueden las grandes masas de agua influir en el devenir político de un país? Un día leyó que las aguas subterráneas generan un campo electromagnético continuo, que dormir sobre una corriente era mucho peor que tener cerca una torre de alta tensión. Si eso es cierto, tal vez los grandes volúmenes de agua repercuten no solo en las personas, sino en países enteros. ¿Se está inventando una teoría conspirativa de las que detesta? Pero, en todo caso, qué casualidad: con el Compromiso de Casp le entregamos la corona a un rey

castellano y en el Parador de Sau se redactó el Estatuto del 79, con todas las concesiones ingenuas que ya no se han podido revertir nunca más. Durante los días que pasaron allí los redactores del texto, se produjo una falsa alarma de bomba. Eso sí que fue una incidencia como una catedral. Si hubiera estallado una bomba y los hubiera matado a todos, ¿habría cambiado algo en el futuro del país? Y si él pusiera una bomba en su propia vida y dejara el trabajo, ¿cambiaría algo o seguiría quieto con el mundo avanzando al fondo sobre una tela verde?

Si antes todo eran líneas, ahora todo son meandros. Los del pantano que se retuerce como un dragón chino. Los recovecos del pensamiento. También la carretera sube, baja, tuerce, retuerce. Curvas, curvas, curvas.

Dora ronca felinamente a su lado. ¿Por qué se han callado? Incluso el silencio es tortuoso: se puede interpretar de demasiadas maneras. A menudo ha pensado que el silencio fue lo que lo alejó de Joana. Siempre se la imagina charlando sin parar con el valenciano con quien se acabó casando y teniendo una hija; el valenciano que no tiene hipospermia y seguro que eyacula como un pozo de petróleo; el valenciano que no tiene problemas de fertilidad ni de autoestima porque no es obeso, porque no agujerea pantalones y calzoncillos con el roce de la entrepierna, porque no teme romper la silla de plástico cada vez que se sienta en una, porque no tiene pechos que le cuelgan ni la piel cubierta de estrías. Si él hubiera hablado más, quizá no habrían fracasado. O quizá no fue ese el motivo. ¿Qué podrían haber hecho unas palabras si ni siquiera una bomba podría haber cambiado el curso de la historia del país? No, él no hablaba, pero escuchaba. La verdad es que todavía no lo ha entendido. ¿Fue por eso por lo que decidió estudiar Psicología? ¿Para llegar a entenderlo, para llegar a entenderse? Pensarlo así lo hace sentirse idiota. Además, tampoco es cierto: estudió Psicología porque le interesan las personas y ayudar lo hace sentir bien, lo hace sentir útil. ¿Y si no vale para eso, y si se equivocó? Cuando Dora se despierte le pedirá consejo y no la dejará salirse por la tangente.

A su izquierda, en algún lugar bajo las aguas, se esconde otro

pueblo sumergido, del que no asoma ni el campanario. Pronto cruzarán el nuevo pueblo de Mequinenza. Inundar el pasado y construir un lugar nuevo donde vivir. O dejar que una sequía extrema haga aflorar lo que se esconde bajo la superficie.

Dora se revuelve en el asiento. Abre un ojo. Muslo contra muslo. Carne contra carne. Él la recibe con una sonrisa fulgurante y por dentro se repite aquella frase de Tony Soprano.

Tengo que ser el payaso triste: reír por fuera y llorar por dentro.

XXII

Ramona se mete en la cama con el pelo mojado. Ha corrido las cortinas de loneta para que por la mañana no se filtre ni una micra de luz. Está tumbada en una oscuridad de ataúd. Solo se oyen los estertores de la calefacción.

Mañana tendrá que volver a Barcelona con las chinches. Podría prolongar la estancia, pero ¿quiere hacerlo? Cree que no. Se visualiza abriendo la puerta del piso: el olor extraño que tendrá, como si no volviera a su casa, sino a una réplica de su piso, a una falsificación de su vida.

Por la tarde, se tumbará en el sofá-cama-futón-instrumentodetortura y la acompañarán los sonidos de las vidas ajenas: el agua que baja por las cañerías, una radio que se enciende a deshora con una música a menudo espantosa, el vecino del cuarto que silba Pachelbel y solo Pachelbel mientras tiende la ropa siempre de madrugada, el rumor de una centrifugadora antigua que se acelera hasta el delirio; en algún rincón, los cadáveres diminutos de las chinches que se marchitan en silencio. Y su vida, ¿le gusta el ruido que hace? El tecleo en el ordenador, el piano de Greta (que ahora ya no sonará), las notificaciones de los mensajes (campanas, cascabeles, copas), la tetera que borbotea tres veces por las mañanas, el crujido inexorable de las articulaciones, el amor que se marchita a las calladas.

En algún momento tendrá que encender el móvil, piensa Ramona, piensa Faust. Volver a casa y encontrar las bragas verdes de Greta extraviadas bajo la cama, sus gránulos de homeopatía sobre la mesa del comedor, el jabón de sándalo que adora. Encenderlo y aguantar

el embate de su respuesta. Resistir como un escollo. Erosionarse un poco más. El piso de Barcelona y el rumor continuo del paso del tiempo, también ahora lo oye dentro de la caja de muerto de la habitación. Hasta que se duerme. Y se despierta al poco con la garganta seca. La calefacción demasiado alta. Bebe agua. Se duerme rascándose una cicatriz. Después va a mear. No sabe qué hora es. Se remueve en la cama; todas las posturas le resultan incómodas; si se pone de costado, los brazos le molestan, tiene las piernas demasiado largas; desearía tener un cuerpo desmontable, poder desatornillarse las extremidades y luego el torso, hasta quedarse solo con la cabeza. Desprenderse del cuerpo para dormir es una fantasía que tiene desde niña. Ha imaginado los detalles cientos de veces –la rosca larga e inoxidable del tornillo que une los miembros, la funda donde guardarlos por la noche, forrada de terciopelo rojo, el rato que tardaría en desarmarse–, se ha contado historias absurdas: que a medianoche le roban una pierna y tiene que comprarse una nueva, sin cicatrices, que siempre sentirá como una pierna ajena. Y así, imaginando una vez más todos y cada uno de los detalles, se duerme.

Al cabo de un rato gira la almohada; se levanta la cabellera para que la nuca toque directamente la tela fresca de la otra cara. Medio sueña cosas que no recordará, o las piensa: a menudo no sabe dónde acaban los pensamientos y dónde empiezan los sueños, tal vez por eso dice que no sueña, porque confunde realidad y ficción, mientras, seis meses más tarde, Faust, sentado en la primera fila del autocar, tiene el estómago revuelto y los pensamientos nauseosos. Está allí, junto a Dora, muslo contra muslo, cavilando cómo pedirle consejo. Cuanto más vueltas le da, más se le encoge el coraje. Ya no se ve capaz de articular palabra; tiene la voz atrancada. Pero hay que decir algo, lo que sea, así que señala un edificio junto a la carretera y comenta que los silos tienen forma de iglesia, y se enreda a hablar atropelladamente sobre basílicas y sobre la yaya Dolors, que lo obligaba a ir a misa y lo tenía acojonado con el apocalipsis y el pecado. Y puede que ya sea hora de levantarse: la almohada vuelve a estar demasiado caliente. Dora le sonríe con sus dientecillos de ardilla. Fijo que se ha dado cuenta de lo cohibido que

está Faust, que ya se arrepiente de haber dicho esa chorrada, pero Dora, continuando con el tema de la religión, le dice que la fe nos salva y nos condena a partes iguales, que conviene elegir en qué creemos. Ramona se saca las bragas de entre las nalgas. Se da la vuelta, nota a Mefistófeles cerca y lo tira de la cama de un puñetazo. Faust intenta descifrar las palabras de Dora. ¿Son una indirecta? Tiene la sensación de que le está diciendo algo importante y que él no sabe interpretarlo. Entre el desconcierto y el mareo y la mirada sabia de Dora, Faust inesperadamente cambia de rumbo. Faltan pocos minutos para llegar a Lleida. Da un volantazo impensado. A veces el cerebro manda órdenes que no habíamos ni considerado, como si dentro de nosotros se ocultara una persona diferente que maquina planes que somos incapaces de entender con la conciencia. El cerebro es más listo que nosotros, sabe lo que nos conviene. Un volantazo es un acto de fe: te puede salvar o condenar.

Así que clava los ojos en los ojos de Dora, y no los aparta tres segundos después, como ha venido haciendo hasta ahora por miedo a que ella le viera algo escrito en la mirada, no, ahora ya no teme que lo vea, de hecho, ahora desea que Dora lo vea todo, y por eso dice: Oye, me gustaría que fueras mi psicóloga, creo que necesito un empujón para cambiar ciertas dinámicas y de pronto, no sé, siento que contigo podría hacerlo. Y entonces sí que baja la vista –no quiere ver su rechazo–, y añade: Ya sé que es una locura, pero qué sé yo. Ramona bebe agua de nuevo, dos tragos con la garganta bien abierta. Bruce Lee. Dora solo dice: ¡Caramba, Faust! Y Ramona sigue durmiendo y no durmiendo, soñando o imaginando o recordando toda la noche, mientras Faust se ve desde fuera, allí sentado, con la panza de globo y los muslos a punto de reventar, con la carne abotargada como un cerdo cebado antes de la matanza, coloradote y sudoroso, se ve allí encajonado en el asiento junto a una mujer también gorda y también inmovilizada por la estrechez, y la morcilla del muslo le sobresale por debajo del reposabrazos. Los dos gordos. Qué esperpento. Los guapos con los guapos. Los listos con los listos. Los tontos con los tontos. Los gordos con los gordos. Eso es lo que deben de pensar quienes los ven desde fuera. Que son pareja, los dos gordos que solo pueden juntarse con los iguales porque nadie

más los quiere. ¿O eso solo lo piensa él porque su gordofobia no tiene límites? Y Dora dice: Deja que me lo piense.

Faust se da cuenta de que sería la persona ideal precisamente porque es una mujer gorda, y se avergüenza. Pero los mecanismos del autoodio funcionan así, no lo puede evitar, no está en sus manos. No soportaría que lo tratara un hombre; con los hombres siempre anda un poco perdido, como si fueran de especies distintas o no hablaran el mismo idioma, y tampoco soportaría explicar sus intimidades a una mujer con un peso normal: se sentiría aún más asqueroso y estaría pendiente del modo de sentarse, de si transpira, en lugar de estar a lo que importa. Así que Faust le responde que por supuesto, claro, que se lo piense, que si tiene que decirle que no, lo entenderá, y el autocar ya sale de la autopista y afronta una curva cerrada que da casi la vuelta entera, de manera que Faust se concentra en mirar al frente para no acabar de marearse del todo, y por el parabrisas pasa de largo el sol suspendido sobre la gran llanura, el ojo que todo lo quema, el ojo que todavía deslumbra aunque ya no esté muy alto y los rayos caigan oblicuos, y Ramona se levanta, aunque no sabe si son las seis de la madrugada o las doce del mediodía, y descorre las cortinas de un tirón, ¡raaasss!, y ahí delante aparece el sol en el mismo ángulo exacto que aquel otro sol de Faust, aunque el de él va a ponerse y, en cambio, el de Ramona todavía asciende en su camino hacia el cenit, pero Ramona no lo ve, con tanta luz se ha quedado ciega después de toda una noche enterrada en el ataúd de la oscuridad. La niebla ha desaparecido; no hay ni un atisbo, como si la hubiera soñado: cualquiera diría que se ha despertado en un mundo diferente al de ayer. Querría, y no puede, abrir los ojos para ver de una puta vez el pantano que lleva dos días esquivándola; no solo no los abre, sino que los cierra con fuerza; la luz le quema las córneas igualmente y se cubre la cara con las manos; parece un vampiro temeroso de desintegrarse, también los chupasangres diminutos de su piso salían solo de noche; hay seres que tienen que vivir en la penumbra, ¿es ella uno de esos seres?, pero no se aparta de la puerta de cristal del balcón porque, por cursi que sea, siente el calor del sol sobre la piel como una caricia, por eso se queda ahí, ofreciendo al sol su

blancura, que roza la lividez de un cadáver, o eso dice –¡decía!– Greta: que es tan blanca que parece que no tenga sangre; recordarlo la hace sonreír, pero: Vete a la mierda, Greta, vete a la mierda, y, y, y, y Dora no dice nada, así que Faust no se atreve a abrir la boca por miedo a que, diga lo que diga, provoque que ella decida que no, que no lo quiere como cliente, o como paciente: ¿de qué escuela será Dora?, aunque si no dice nada a lo mejor tampoco lo querrá, piensa mientras en el horizonte ya se divisa la Seu Vella con el campanario erguido como un silo, un silo de qué, un silo vacío de fe, la fe te salva y te condena; y mientras Dora sigue muda –¿lo está poniendo a prueba?– y Faust observa Lleida, que se acerca, Ramona se atreve a abrir los ojos una rendija y allí, ante ella: el agua.

Más que un lago artificial, forma una especie de charca inmensa; nada que ver con el azul paradisíaco que muestran las fotos del vestíbulo. Ve la charca con la iglesia en miniatura, que debería estar sumergida entera y que, en cambio, se yergue triste sobre la tierra marrón, lejos de la orilla. El paisaje es una bandera con dos franjas separadas por una línea horizontal: el verde oscuro de la vegetación y el ocre de la tierra que ha aflorado testimoniando la ausencia de agua.

Barcelona 2050, la capital de un país seco y muerto de sed; vendrán el éxodo urbano y el triunfo de los zahoríes, los rascacielos abandonados, los crímenes por una garrafa de agua. A sus pies está la piscina de color turquesa de un hotel que se abastece con camiones. Es obsceno. Faust sabe un montón sobre el tema. Podría hablarle de ello a Dora, evitar los temas personales, que no parezca que la está presionando para que acepte su propuesta; le podría explicar el concepto del agua oculta, que es la cantidad de agua utilizada para producir algo. Por ejemplo, la huella hídrica de un aguacate como el que Ramona Ra desayuna todos los días es de más de trescientos litros –es decir, que para producir un solo aguacate se requieren más de trescientos litros de agua–, así que Faust no come aguacates, claro, y Dora qué, ¿come o no? Es un buen tema de conversación, la gente no sabe nada del agua virtual. Le podría explicar eso, y ahora que la ve mirando la pantalla podría

añadir que para fabricar un smartphone hacen falta más de doce mil litros, y para los vaqueros que lleva él, y también Ramona, más de diez mil, qué barbaridad, ¿eh?, qué barbaridad, y mientras tanto continuamos construyendo piscinas. En Begur hay mil ochocientas; una piscina por cada dos habitantes en un pueblo de costa: es increíble, ¿no te parece? Pero quizá Dora tenga piscina, y se sentiría juzgada. Podría sacar el tema de los campos de golf que se riegan y de la nieve artificial de las pistas de esquí y de ciertos viveros que siguen regando al mismo ritmo unas plantas que exportarán. ¿Restricciones para quién? No, de las restricciones y el decreto de sequía mejor no hablarle, no, eso ya lo sabe todo el mundo, y quedaría como un muermo; sin embargo, sí que podría hablarle del nivel del embalse para que entienda la-magnitud-de-la-tragedia, de las desalinizadoras que llegarán tarde, de cómo acabaremos bebiendo y cocinando y lavándonos con las aguas negras repotabilizadas: las aguas sucias –orina, mierda líquida– se están regenerando en cantidades cada vez mayores, y luego se vierten al río y vuelven a entrar en las potabilizadoras para convertirse en agua para el consumo. Nos limpiamos y cocinamos con nuestra propia mierda. Y Ramona ya baja las escaleras hacia el comedor, aunque hoy no desayunará aguacate porque en el bufé no hay, pero sí que se toma un café solo, claro, una tacita pequeña de café para la que han hecho falta ciento treinta litros de agua, y se sienta junto al ventanal inundado de tanta luz que casi la ahoga, con las gafas de sol puestas para mantener a raya la fotofobia que le provoca el ojo seco, y contempla la gran charca y los nidos de las orugas que parasitan los árboles igual que los expats parasitan Barcelona, mientras con sus manos blancas y larguiruchas pela un plátano despacio, los brazos delgados y los gestos de mantis religiosa, con la energía mental concentrada en no pensar en el móvil apagado que la aguarda sobre la mesita. Comer con Bernat, eso es lo que ahora importa. No encender el teléfono. Todavía no. La idea de Greta alejándose como si fuera alguien a quien hubiera abandonado hace semanas, y tal vez sí que hace semanas que la abandonó, que más que una pareja era ya solo un animal de compañía, un mueble follable. ¿Era así en realidad, o es tan solo una poselaboración del

cerebro que le allana el camino para que todo le resulte más llevadero? El cerebro le salvó la vida hace catorce años, el cerebro sabe mejor que ella lo que le conviene. De manera que sí, tiene que ser así. Es así. Creer en las historias que nos cuenta el cerebro para sobrevivir a uno mismo. Pero Dora sigue callada mientras el autocar ya circula por las calles de Lleida, y al final él decide iniciar una conversación para deshacerse del silencio incómodo: Hoy he leído una entrevista muy interesante a una socióloga que se llama Ramona Ra, y Dora se sobresalta o a él se lo parece, y por eso le pregunta si la conoce. Dora dice que le suena y se apresura a consultar la hora: Llegaremos a Barcelona a las nueve como mínimo, y señala hacia fuera: Oh, la estación, y Faust capta algo raro, pero el autocar ya está aparcando; el conductor les informa de que deben dirigirse al andén dos, desde donde partirá el tren cuando hayan subido todos los pasajeros del iryo de Madrid, y se bajan aturdidos de tanto rato y tanto calor, fuera se rozan los treinta grados, diez veces más que en Sau el día 26 de diciembre a la hora en que Ramona sale del hotel con un vaso que acaba de robar metido en la maleta y el móvil todavía apagado.

Hace unos minutos ha dejado atrás a Mefistófeles, tirado en el suelo de la habitación, y ha pasado de largo por última vez por la puerta 108, la que no quiso, y le ha vuelto el regusto agrio de aquel 10 de agosto en que todo empezó a explotar –la barca, la vida, las convicciones–. Después ha pasado por el bar para dejar caer el rasca y gana para Beto, pero no estaba (tendrá que enviárselo en una carta anónima: no es la primera vez que entrega uno así), y ya sale fuera, donde para combatir los tres grados se abrocha el anorak hasta arriba, se cala el gorro negro de lana y se queda quieta ante el paisaje revelado; así que Ramona tiene frío, pero Faust empieza a sudar enseguida, más todavía cuando Dora le dice con una cara amabilísima que en el tren es mejor que viajen separados, que si va a ser su terapeuta no pueden tener una relación personal, y Faust se pregunta si eso lo dice porque se ha percatado de que ha leído la notificación estúpida de Tinder, «¡Hola, tienes un nuevo like!»; la relación con el terapeuta tiene que ser virgen, no contaminada, y ahora, con las cuatro cosas que se han dicho, con un par de detalles

que ha visto, su relación ya está comprometida; qué torpeza, podría haber fingido mejor en lugar de haberla puesto en ese compromiso que igual le estropeará el plan; hasta ahora no ha ido al psicólogo porque dar con uno que encaje con él le parece más complicado que encontrar pantalones de la talla cincuenta y dos que no le queden largos.

Dora todavía sonríe mientras le alcanza una tarjeta y añade: Nos llamamos esta semana y lo aclaramos, lo cual Faust no sabe si tiene que interpretar como un sí o como un no, de modo que no sabe si alegrarse de viajar solo hasta Barcelona, pero el tren ya los espera y se sienta en el primer sitio libre junto a una ventana con la banda sonora de su barriga que refunfuña: piensa en entrecots y salsa de pimienta verde, piensa en helados de after eight y pistacho, en aceitunas y pimientos a la brasa y roscón de crema; y, al abrir la mochila para guardar la tarjeta de Dora y buscar los auriculares y un chicle de sandía, pasa por su lado la mujer de la melena, que avanza con la cabeza alta y paso firme, como si desfilara por una pasarela, con un aire de ser sobrenatural, parece que tenga un hilo que la atraviesa y la estira hacia arriba, y él se pone sobre el regazo la piedra que se ha traído del desierto y venga a hurgar porque los chicles se han deslizado hasta el fondo y la mano rolliza no llega, y la mujer alta lo ve y pierde inmediatamente la compostura tiesa, como si se desmontara de repente, con el sonido de un piano despeñándose por un acantilado, se detiene un instante y lo mira estupefacta, desprendiendo un intenso olor a tabaco –ha estado fumando con avidez en la puerta de la estación y tiene los dedos apestosos y el aliento contaminado de humo–, mientras él, con los auriculares a todo trapo, solo tiene ojos para los calcetines y los calzoncillos sucios embutidos en la bolsa de cualquier manera, y ahora por fin encuentra el paquete de chicles, se mete uno en la boca y se incorpora satisfecho, pero la mujer alta ya ha proseguido su camino con una sonrisa estampada en la cara y se ha sentado unas filas más atrás, plegando las piernas telescópicas para caber en el espacio estrecho del asiento, y por más que intenta continuar leyendo el artículo que tiene a medias, le cuesta por culpa del hombre buñuelo, del hombre con quien ha fabulado a menudo

desde Navidad, el hombre al que ha querido llamar desde hace semanas, meses, con la idea de explicarle el proyecto, y con miedo a llamarle para que la persona real no le arruinara a la persona imaginada, que le conviene mucho más, y ahora que lo ha visto no hay manera de concentrarse en el artículo sobre las tormentas secas, que ya me dirás qué puñetas es eso, una tormenta sin agua, hecha solo de relámpagos, quién ha visto algo así, después del café sin cafeína, de la leche sin lactosa, del helado sin azúcar, del vino sin alcohol, llega la tormenta sin lluvia. La vida sin vida. El gran fraude. *Frau* significa «mujer» en alemán. Tantas personas que son un fraude, unos farsantes, que se hacen pasar por lo que no son. Ella, la primera. Podría dedicar un episodio del podcast a la idea del fraude. Saca la libreta y lo anota, y le llega un poco del olor a tabaco de sus propios dedos.

Y, ahora que el tren arranca, Faust piensa en la cara que ha puesto Dora cuando ha mencionado a Ramona Ra. ¿Y si...? No, imposible, no se atreve a llevar la idea hasta el final. Pero ¿y si fuera así, y si Dora fuera la terapeuta de Ramona? Un día se podrían cruzar en su consulta, él saliendo con los ojos rojos de llorar y ella entrando con sus pozos negros más hondos que nunca, y se mirarían; él le haría un ademán con la cabeza, como si se conocieran de toda la vida, y ella sonreiría con sus colmillos montados. Eso si Dora lo acepta, claro, porque puede que solo haya querido sentarse sola para quitárselo de encima. Podría ser. Quizá se ha puesto pesado con lo de los silos y las iglesias. Quizá la ha aburrido. ¿Por qué siempre tiene la sensación de aburrir a todo el mundo?

El sol todavía no se pone. La noche más corta del año, dice siempre la gente, y él piensa que es el día más largo. Muchos acabarán la noche bañándose en una de las casi doscientas mil piscinas del país. Demasiada agua para tanta sequía. ¿Cuál es la huella hídrica de un hombre de cuarenta y dos años, de una mujer de cuarenta y ocho?

XXIII

No puedo aplazarlo más, piensan antes de encender el móvil. Después esperan los mensajes como quien espera una sentencia.

Para Faust es el 23 de junio y los espera en el tren. Para Ramona es el 26 de diciembre y los espera en el coche, atalayando el pantano desde el aparcamiento del hotel.

Y los mensajes llegan. Loreto dice que se quedará con Ripley toda la noche, no te preocupes para nada: así nos hacemos compañía. Bernat le manda el plan del día: chateaubriand y un tinto del Bages a las tres, no llegues tarde. Greta no ha respondido. Jofre y Navarro tampoco han rechistado. La tregua en las respectivas tragedias los alivia. Pueden fingir un rato más que no ha pasado nada. Faust tiene tentaciones de buscar noticias sobre el pantano, pero al final se abstiene. ¿Qué sacaría ahora de ver el alcance de la calamidad? Ya se ocupará mañana.

Ramona gira la llave y, cuando se dispone a dar marcha atrás, por el retrovisor ve a Esteve y a su señora saliendo del hotel. Se detienen junto a la puerta para admirar el paisaje una última vez. Ramona pone punto muerto. Apaga el motor. Baja del coche. No sabe por qué está a punto de hacer lo que está a punto de hacer, pero obedece a su cerebro que todo lo sabe y se dirige resuelta hacia el hotel para que el encuentro con Esteve sea inevitable.

–¡Eh, buenos días! –dice él–. Nosotros ya nos marchamos. Las cosas buenas siempre se acaban, ¿verdad?

Ella, que se ha parado un peldaño más abajo para no intimidarlos, responde:

–Yo ya me iba cuando me he dado cuenta justo a tiempo de que

me he olvidado el cargador en la habitación. ¡Ya sería el tercero que pierdo en un hotel! ¡Si es que soy más despistada...!

–Pues nada, ¡que vaya bien! –le dice él tendiéndole la mano.

Ramona le estrecha la mano, se despide y ya se dispone a entrar en el hotel cuando se para en seco y se gira.

–Oye, Esteve, ahora se me ocurre que me gustaría llamar a Faust para hablarle de la coincidencia –dice, y se sorprende de la naturalidad con que pronuncia su nombre, como si en efecto fueran viejos conocidos; Faust, el viejo Faust con quien no ha compartido ninguna cerveza ni conversación sobre psicología en una facultad donde Ramona no da clase–. Creo que él también debió de pensar que me conocía de algo, y mira, no sé, me haría gracia escribirle un mensaje. Igual son las fiestas, que me ablandan. ¿No tendrías su teléfono, por casualidad?

Esteve saca el móvil y le canta el número.

–¡Gracias, que vaya bien! –exclama antes de entrar en el hotel y esconderse cinco minutos en los aseos del vestíbulo: el cargador no está en la habitación, sino a buen recaudo en la maleta.

Y Faust ya se apea del tren, cargando con la mochila, que, por culpa de la piedra, pesa como un muerto. Se detiene en el andén y mira a ambos lados buscando a Dora para despedirse. Dora no está. Es obvio que no lo querrá como cliente. La ha matado de aburrimiento. Como siempre. Como a todo el mundo. Porque eso es lo que es él: un tipo aburrido, gordo, estéril, sudoroso y asmático que se la casca a todas horas, un reprimido, un tío asqueroso, por qué no aceptarlo de una vez, un iluso que se cree que para cambiar de profesión solo hay que ir a la universidad, un pintor de pacotilla que no le interesa a nadie, un blandengue, un sumiso, un hombre sin carácter, un esclavo de la presa y del legado familiar, un extra sin nombre ni texto en la película del mundo, una persona gris que allí en el andén, en medio de la grisura y el aire irrespirable, está en su hábitat natural, una persona asfixiada; y entonces intenta hacer una inspiración profunda. El aire no le llega, tiene los pulmones cerrados; puede que sea por el aire subterráneo viciado, que contiene poco oxígeno.

Se agacha para sacar el nebulizador de la bolsa. «Es toda una

experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo», decía Rutger Hauer. Vacía los pulmones. Y le entran como ganas de matarse para no tener que volver a su vida. «Morir será una aventura tremendamente grande.» Faust sacude el inhalador mientras se da cuenta de que es ridículo estar ahora pensando en frases de películas; incluso cuando se pone trágico es ridículo, pero, aun así, continúa: «Y si durmiendo terminaran las angustias y los mil ataques naturales herencia de la carne, sería una conclusión seriamente deseable. Morir, dormir: dormir, tal vez soñar». Uno, dos, tres, e inspira fuerte. Morir. Pero su madre, su padre, Ripley. Retiene el aire dentro mientras a su lado pasan piernas y pies de personas que tienen un propósito y van a alguna parte. Su madre, su padre, Ripley. Cualquier pretexto vale para no tirarse a las vías y ser aplastado a alta velocidad. No tiene coraje, solo excusas. Es un cobarde como pocos. El yayo siempre bromeaba con el apellido familiar, lo Cortés no quita lo valiente, pero con Faust se equivocaba. Expulsa el aire y tose un par de veces; en cuclillas, la piel de los muslos parece al borde del desgarro y nota el bulto de la barriga, que no le deja ni verse la polla, siempre escondida a su sombra, esmirriada en comparación con toda la masa ventral, con los huevos atrincherados debajo, comprimidos por la grasa de la ingle, la polla que ya no se le pone dura como antes. Es un hombre a punto de reventar, si es que todavía es un hombre, ni de eso está seguro ya ahora que tiene la testosterona por los suelos. Vuelve a expulsar el aire, emboca el nebulizador y dispara.

El andén ya está vacío. Es esperpéntico que esté pensando en su polla y su virilidad, que son el menor de sus problemas. A lo lejos ve la melena subiendo por las escaleras mecánicas. Le pican los ojos. Parpadea. Ahora le parece que no es ella. De todos modos, da igual. Y todavía busca el colirio para remojarse la mirada seca.

Tiene el coche en el aparcamiento. Podría ir por los pasillos subterráneos pero necesita respirar aire de verdad, así que sale fuera, a la explanada de hormigón y asfalto frente a la estación de Sants. En una de las pilastras de la fachada lee un grafiti con letras y figuras geométricas que dice: «Pentágono, hexágono, mecágono». Se sienta en un banco de obra.

También Ramona se sentará pronto. Ha traqueteado por la carreterita que bordea el pantano, oculto tras los árboles y la vegetación. Las raíces deforman el firme como tumores y la obligan a conducir despacio. A mitad de camino se ha detenido en un acceso que lleva hasta la orilla.

Baja del coche y camina unos metros cuesta abajo hasta que
ante ella
aparece
la tierra descuartizada.

Una red de grietas negras resquebraja el terreno en mil pedazos. Es un inmenso mosaico de terrones blandos y marrones. Metros y metros a derecha e izquierda. Haciendo equilibrios entre las brechas, va acercándose a la orilla, verificando a cada paso si la tierra cede bajo su peso. No quiere ser la mujer atascada en el fango el día después de Navidad; ya tiene de sobra con serlo en sentido figurado. Aquí y allá, el esqueleto de un árbol surge de debajo de la tierra como la mano de un esqueleto colosal que pide ayuda. Aunque lleva ya unos minutos caminando, el agua todavía le queda muy lejos. Al otro lado, ve la iglesia de Sant Romà, toda ella fuera del agua. Metros y metros y metros y más metros de tierra rota alrededor de ese lugar sagrado que ha emergido de debajo de las aguas. También los sueños de cuando tenía veinte años son ahora una ruina baldía y fuera de lugar; ¿dónde están los veinte años y la alegría salvaje?

Se sienta en el suelo, mareada. O, más que sentarse, se desploma fulminada por tanta desolación. La superficie del agua hace de espejo y refleja la iglesia satánicamente invertida. A su izquierda, las ruinas de una casa; el dintel de madera todavía aguanta, pero el muro tiene un boquete; por ese mismo agujero de un metro antes debían de patrullar siluros con perros en el estómago. En el cielo, ni una nube, solo la barbarie del sol marchitándolo todo.

Es una visión de una belleza inoportuna. Coge el móvil y hace una, dos, cinco, diez fotos; imágenes llenas de luz y de catástrofe que parecen sacadas de un videoclip. La fotogenia indecente de la tierra muerta.

A Ramona el lugar le parece irreal, tal vez por la quietud del agua y la realidad invertida y medio borrosa que proyecta, la realidad

desbaratada. O por el silencio antinatural. Ahora que se fija, no oye nada, ni un pájaro. ¿Dónde están los pájaros, los patos, las ardillas, los insectos? ¿Por qué no se oye nada, ni un trino, ni una sola hoja temblando? Es como si al mundo le hubieran quitado el volumen. Configuración. Modo No molestar. El mundo se ha vuelto mudo. O ella, sorda. Por un instante teme que sea así:

–¿Hola?

Escuchar su voz la alivia.

–¿Hola? –repite con una leve inflexión de temor.

Silencio.

–¿Hooola? –Ahora grita tan fuerte que le duele la garganta–. Soy Ra-mo-na.

Silencio.

Faust, en cambio, sentado en el banco de obra, se sobresalta con cada petardo que estalla; la ciudad es el escenario de una película bélica. El bombardeo de las tracas no se detiene mientras los adolescentes corren y chillan con las mechas encendidas en la mano, haciendo explotar artefactos por doquier, truenos y chinos en las papeleras o clavados en boñigas de perro, bum, splash, igual que salpicaduras de barro, pero es mierda, y los adolescentes se ríen tanto que parece que estén a punto de romperse o de transfigurarse, como si les fuera a salir una bestia de dentro, él no se mueve, el sudor le da un lustre de estatua de cera, si lo ven le tirarán un petardo para mofarse de él, del gordo con cara de memo que mira al vacío, le tirarán uno para ver cómo se asusta y huye corriendo con las rodillas doblándosele un poco hacia dentro, lo señalarán y se burlarán de él, por eso no mueve ni una ceja, y también pasan grupos de todo tipo, viejos y viejas emperifollados que cargan con postres en cajas de cartón largas como pequeños ataúdes, familias dolorosamente felices que se apresuran a llegar a casa de unos amigos, veinteañeras con maquillaje de guerra, adolescentes medio rapados escenificándose en tiktoks, cuarentonas desmelenadas estallando en pedazos, los infiernos de El Bosco desfilan ante él, gente y animales y personas con cabeza de pájaro y cola de lagarto, todos pasan a su lado sin mirarlo siquiera, como si nadie lo viera, como si con su inmovilidad hubiera conseguido

hacerse pasar por una estatua, por una mórbida Venus de Willendorf de tamaño natural con una polla flácida entre las piernas; la idea de convertirse en una estatua lo seduce, podría quedarse allí y ver transcurrir la noche entera sin mover ni un músculo; igual tendría que mearse encima, claro, pero ¿y qué? Quedarse allí hasta petrificarse. Piensa en hace unas horas, por la mañana, en las ganas que tenía de llegar a casa, de volver a su vida, y le resulta inexplicable. Para qué volver. Para qué llegar.

Por el contrario, Ramona, ante el paisaje devastado, solo desea volver a casa; por más que sea la casa de las chinches exterminadas, quiere llegar a su refugio, y no entiende qué coño ha estado haciendo los últimos dos días en el parador. ¿Por qué no quería volver?, se pregunta ahora con unas ganas furiosas de estar en la ciudad rodeada de gente y de ruido, en lugar de ahí, en ese lugar de muerte, en ese desierto donde tiene la sensación de ser el último ser vivo de un planeta silenciado. Antes de marcharse, sin embargo, quiere ver de cerca la iglesia emergida de las profundidades.

Ya lleva un cuarto de hora y todavía no se ha movido del banco. ¿Qué motivo tiene para moverse? Ni siquiera Ripley lo espera. ¿Moverse para qué? ¿Para atiborrarse de helado repantigado en el sofá? ¿Para ver la que le queda de Haneke? ¿Para pintar un cuadro que acabará amontonado en el garaje con los demás? Y Ramona baja la visera; no ve bien, todo es luz y contraluz hasta que llega a la presa. Circula despacio, con el coche haciendo funambulismos por el puente estrecho que la cruza, y se detiene en medio de la calzada. Se baja del coche.

Se asoma a la barandilla derecha: una pared de cemento de muchos metros, con una cremallera de cientos de escalones en el centro y, al final de todo, un riachuelo maloliente. Se asoma a la barandilla izquierda, el agua queda muy abajo también. Dos torres altísimas se alzan desde el fondo del pantano; están coronadas por unas jaulas de cristal. En una puerta pone 29-11, la fecha del cumpleaños de Carmel.

Vuelve al volante y prosigue su camino hacia la iglesia. En un margen, unas vacas rubias ni se inmutan al oír el motor del coche;

las envidia: la mirada indiferente, la actitud imperturbable. Pero los mugidos siempre le han sonado como quejidos. En todo caso, Ramona ya no es el último ser vivo del planeta. Solo la última humana. Y el desierto que acaba de contemplar le da ganas de mugir. Muuuu. La vaca loca. Recuerda esos vídeos de hace unos lustros con las vacas lamiéndose el hocico obsesivamente, dando cabezazos en el aire, desplazándose sin coordinación. Tal vez sea ella, la vaca loca: relamiéndose el vino tinto de los labios, topando de cabeza contra un tocón tras otro, viviendo descoordinadamente, cayendo en rumiaciones, huérfana de luz.

En la carretera, un cartel anuncia: CLUB NÁUTICO – ALQUILER DE KAYAKS – ESQUÍ ACUÁTICO. Ve barcas y pedalos en medio del bosque; son los fósiles de un mundo extinguido. Unos minutos después aparca junto a un bar abandonado que tiempo atrás debía de estar cerca de la orilla, se lía un cigarrillo y baja a pie hacia la iglesia de Sant Romà, esquivando matorrales, superando metros y metros y más metros de desnivel, pisando lo que debería estar escondido bajo las aguas, ahora expuesto obscenamente a pleno sol.

Al final, Faust se ha levantado y ya se encamina hacia el aparcamiento. Le da vergüenza haberse quedado ahí quieto tanto rato. Le da pavor hacer cosas sin sentido, cosas que no le puede contar a nadie. Aunque esos treinta minutos ahí quieto serían un buen resumen de su existencia: el despropósito, el mutismo y la inmovilidad de estatua mientras a su alrededor todo son estallidos, jaleo y cháchara. Vuelve a tener la sensación de que no participa en el mundo, de que solo es un observador externo: un cristal lo separa de la vida auténtica, la que sale en la tele y en las redes y en los periódicos, la vida de la que hablan Jofre y Salvi: como si él fuera una persona fuera de lugar, absolutamente inútil, igual que los kayaks abandonados en el muelle de Sau, unos kayaks y un muelle seco que sin agua no tienen ninguna utilidad, igual que la canoa de plástico que Ramona ve ahora a lo lejos, tirada sobre la tierra cuarteada, y en medio de la montaña distingue una especie de guías que terminan en medio de la nada, a muchos metros de la orilla, por donde tiempo atrás debían de botar las embarcaciones. Todo son vestigios de una realidad que ya no existe, de un agua que se ha

evaporado, consumido, derrochado, desviado para llenar piscinas y cultivar aguacates.

En la orilla hay una pareja de chinos con una caña de pescar y una neverita portátil. El sedal de nailon azota el aire.

Ramona sigue descendiendo, deja atrás los nichos derrumbados del cementerio, que también ha aflorado con la sequía –¿qué hicieron con los esqueletos, los trasladaron?–, y llega a la iglesia. El agua todavía queda lejos. Se sienta en un muro de piedra –la antigua casa de alguien, la casa de quién– e intenta imaginar el paisaje lleno de agua, como en las fotos del vestíbulo del hotel.

Faltan tantos metros cúbicos. Tantas toneladas. La ausencia la aplasta. Y el silencio terrorífico. ¿Será así el fin del mundo, silencioso? Así es como se acaba el mundo: no con una explosión, sino con un gemido. Todo tan árido, tan muerto, tan yermo. Antes sí que había vida; lo ha visto en la película. Los personajes sedientos de *Camino cortado* acaban atrapados ahí mismo, donde está ella ahora. Antonio y Miguel, buscando algo que beber. Estoy muerta de sed, decía Cecilia, dice Ramona. Y contemplando el vacío ominoso que ha dejado toda el agua desaparecida, también ella se va vaciando, como si cerca hubiera un sumidero que la absorbiera. Sentada en el muro nota como el tiempo la marchita a cámara lenta; pronto cumplirá cincuenta años, después sesenta, setenta, cada vez más mustia, encogiéndose mientras la vida se le escurre por el desagüe. Sí, el infierno debe de ser como esto: callejuelas tortuosas, desiertos y caminar, siempre caminar sin esperanza, con calor, sobre todo mucho calor, y ella que no hace nada para despertarse y reencontrar la alegría salvaje. La tierra resquebrajada igual que la propia piel vista a través de un microscopio. El cuerpo descuartizado por los años. El amor derrumbado, la hermana carnívora, las Gretas silúricas que devoran su ciudad, su carrera profesional como el reflejo desbaratado de la farsante que es y que solo subsiste gracias a la muerte de sus padres, carroñero es el animal que se alimenta de los muertos y de los privilegios, las mentiras que siempre afloran, los kayaks incongruentes, las ideas desportilladas, la creatividad agonizante, escribir qué, amar qué, beber coñacs-cócteles-vino para saciar la sed y anestesiarse.

Y lo mismo que se retuerce una toalla empapada para escurrirla, dale que dale, hasta que exprimes la última gota, así le sale la primera lágrima. Con la vista nublada, viendo el mundo a través de una ventana mugrienta, se levanta y se dirige al coche. A lo lejos, en la otra orilla, ve a un tipo gordo detrás de unos prismáticos. Podría ser él. Pero ¿y qué?

Un chapoteo la hace girarse. Es el pescador que arranca un pez del pantano; la caña arqueada, el hombre forcejea; el animal se debate colgado del anzuelo, da coletazos en el aire, mueve las aletas para intentar escapar. Dentro de aquel desierto de agua, todavía queda vida.

En la superficie gris centellea el sol proyectando estallidos de luz como explosiones de petardos sobre un descampado de hormigón.

XXIV

La mañana después de Navidad, Ramona se mete contorsionándose en el pequeño turismo atravesado en el aparcamiento; un cigarrillo a medio fumar le cuelga de los labios mientras se quita la chaqueta amarilla y la tira al asiento del copiloto.

La noche de la verbena de San Juan, Faust pulsa el botón del mando para abrir el todoterreno blanco estacionado en el segundo sótano y se sienta al volante con la primera de las bolsas de patatas chips pestilentes que ha comprado en la máquina de vending situada junto al cajero; ha comprado tres: son muy pequeñas.

Arrancan los motores. Patatas fritas con sabor a berberechos, tabaco rubio de la Gascuña. Humo, textura crujiente, una calada más, glutamato monosódico. Todo son maneras de matarse. Dan marcha atrás, pero el móvil los reclama a mitad de maniobra. Un mensaje. Pisan el freno. Greta en inglés, por última vez en inglés: No vengas a recogerme. Y nada más. Jofre le informa de que por hoy ya lo dejan y le adjunta unas fotos de la orilla tapizada de peces muertos. Cómo brillan con la plata de las escamas.

Y así emprenden el camino de regreso, con el pie a medio gas: él no tiene ninguna prisa por llegar, a ella no le queda suficiente alma para pisar más fuerte el acelerador. Conducen como moribundos recorriendo el paisaje del fin del mundo. Armagedón siempre ha sido un topónimo. Grupos de personas cruzan la calle deslavazados, otros corren a la desbandada, los caminos desiertos, solo las vacas, en el mismo sitio, quietas como esfinges de carne protegiendo la entrada de un santuario, chispas en el cielo, explosiones en cada esquina,

petardos que caen de los balcones, manitas que los sueltan y se esconden tras las barandillas, el sadismo de los críos, solo lo hice para ver qué pasaba, menos mal que no tengo hijos, Ramona circulando por el centro de la carretera vacía, dos adolescentes borrachas meando entre dos coches con la cara maquillada como muñecas japonesas, a una de ellas le entran ganas de cagar y le sale una babosa marrón que se retuerce sobre el asfalto, contenedores desbordados, un petardo que entra en uno, los incendiarios parapetados tras unos coches para que no los vean, una piragua sobre un prado seco, y en el arcén otros restos de una civilización aniquilada, perros que ladran, que tiemblan, que se desmayan de terror, también Faust se desmayaría de terror, los cambios incesantes de los semáforos, verde, rojo, ámbar, farolas y pantallas publicitarias de un amarillo estridente, esquizofrenia de la luz, las hogueras pronto arderán, letras por todas partes, anuncios que te conminan a desperdiciar la vida, tiendas de juguetes sexuales, reparaciones de embragues, de cristales, de neumáticos, la quietud fotográfica del mundo, ella con su coche pequeño y sucio recorriendo una imagen fija, un cuadro hiperrealista, si se acercara al retrovisor tal vez vería las pinceladas negras que le dibujan los cabellos, una gotita de pintura blanca en las pupilas, dos camellos en una esquina disfrazados de camellos con mirada de camello moviéndose como camellos, el ansia encarnada, la desazón, una calada honda y apagar el cigarrillo sobre el montón de colillas, cenizas, los nichos profanados de Sant Romà mientras seis meses más tarde el tráfico incesante, triturar una patata pestilente con los dientes, la plaga de los motores, adhesivos diminutos en cada portal, cerrajería, cómo se abre la cerradura de todo lo que no conoces, el club náutico absurdificado por la sequía, una moto que pasa rabiosa rozando el retrovisor de Faust, restallando, el eslalon entre los vehículos, el eslalon hasta que el esquí resbala y te estampas a toda velocidad contra el abeto de la realidad, llamas en una azotea, el mechero que ya enciende otro, parada en el arcén para liarlo, gritos y chillidos y carcajadas, pero ningún pájaro ni animal ahora que ha dejado las vacas atrás, una prostituta demacrada que le enseña el pubis depilado con forma de corazón, todos los sexos que se

lamerán a lo largo de la noche, su primera vez, tiempo atrás, cuando se corría con esa sangre blanca y llena de vida, la calidez de las vaginas, tan suaves, los condones usados, botellas de vino vacías que se rompen contra el fondo del contenedor, el cava que explota, que eyacula, rayas de coca hasta que salga el sol, *chemtrails* por la nariz, y al final del camino solo le esperan los peces muertos flotando en el agua, las chinches en cada rincón, quizá alguna superviviente que criará y colonizará el colchón nuevo, el ciclo, el bucle, la vida, volverá la lluvia y volverá la sequía, el futuro es un paraíso perdido, un siluro con el vientre lleno de animales como un arca de Noé, las picaduras de chinche en hilera como heridas de una ametralladora diminuta, la picazón, las cicatrices, el escozor en los ojos, gotas de colirio, el mundo borroso por un instante, subirse a una barca rumbo a la tierra prometida y, ¡bum!, los destellos de las fuentes, confeti de fuego, la discontinua de la carretera, ahora ahora ahora ahora ahora, cuatro toneladas por segundo, ahora ahora ahora ahora ahora, desaguar para que el agua no se pudra más, para salvar una parte, y que se muera lo que tenga que morirse, vivir huérfanos de paraíso, avanzando estériles por su desierto, siempre su desierto, son cactus, son espinas, abrevándose en oasis de peces más muertos que sus ilusiones, la alegría ajada, la mirada reseca, dos seres marchitos, el contenedor quemado, el esqueleto del árbol clavado en la tierra descuartizada, su utilidad raquítica, la existencia baldía de dos parásitos, los yermos, los eriales, los páramos.

XXV

Por San Juan, mientras Faust abre la segunda bolsa de chips en la autovía, Ramona acelera el paso por la calle. Tenía intención de pasarse por casa a dejar la maleta, pero el retraso monumental del tren le ha destrozado la tarde y ahora tendrá que ir directa a la cena. Ya llega tarde. Camina esquivando los petardos que llueven de los balcones, repitiéndose que ha llegado el momento. ¿Qué mejor día para hacerlo que hoy, que arderán tantas hogueras? Sí, hoy: quemar las naves.

Al verlo ahí sentado, hurgando en la mochila, podría haberle abordado; habría sido un buen momento. ¿Por qué no lo ha hecho? La ha pillado desprevenida; es normal que no haya reaccionado. Pero con la coincidencia –¿o debería llamarlo señal?– se ha puesto en marcha el plan que lleva meses urdiendo en la cabeza, y que no se decidía a sacar adelante; el encontronazo le ha dado el empujón definitivo, como se empuja una bola de nieve colina abajo. Tantas semanas dándole vueltas, desarrollando la idea, sabiendo que en algún momento tendría que. Y hoy, que parecía un día cualquiera cuando se ha levantado en Madrid en un hotel que queda tan cerca de la calle del Desengaño, tan espeluznantemente cerca que no ha podido evitar interpretar la casualidad como otra señal, esa misma mañana que parecía que iba a ser una jornada de lo más normal, y que ha asistido a una reunión y se ha aburrido y ha fumado y se ha puesto colirio igual que cualquier otro día, y ahora resulta que.

Con esos pensamientos se apresura Ramona hacia la cena evocando una vez más la mañana del pasado San Esteban. ¿Cuántas veces habrá pensado en ello? ¿Cien, doscientas? ¿Qué detalles habrá

alterado su memoria: el centelleo del pantano, la sensación irrefutable de tener el alma marchita, el peso de Faust? El peso de Faust, seguro; cuando lo ha visto en el tren no lo ha encontrado tan inmenso como recordaba. O tal vez haya adelgazado. Que ella no haya engordado y siga siendo una mujer de alambre no significa que él no haya podido adelgazar. Y vuelve a verse conduciendo demasiado despacio por las comarcales desiertas, cruzando el mundo mudo, el panorama apocalíptico, y cómo entonces llegó a la carretera principal y, en el momento de incorporarse, tuvo que detenerse porque pasaba el primer vehículo que había visto en toda la mañana, un camión de mudanzas, e imaginó a las personas que habían metido su vida dentro de un camión y se la habían llevado a otra parte, como quien trasplanta un olivo. Si fuera tan fácil. Le vino a la cabeza la mudanza de años atrás con Carmel, haciendo las cajas con una alegría salvaje.

Cuando paró en la gasolinera, en la radio anunciaban que el anticiclón no tenía ninguna intención de marcharse, lo que se traducía en más frío y nada de lluvia, y mientras Ramona sostenía la manguera en el orificio del depósito, la meteoróloga dijo: Necesitamos una gran perturbación que nos dé una alegría. Ella miró el cielo raso y tuvo la certeza de que no volvería a llover nunca más, pero la manguera hizo clic, así que puso el tapón del depósito y se montó en el coche.

Tenía sed. Se amorró a la botella de agua y no cayó ni una gota. Estás seca, Ramona. Como el pantano. Y tu pueblo sumergido, ¿dónde está? ¿Dónde están las campanas y la alegría salvaje que sentías cuando el tañido te empujaba a correr porque sí hasta que te elevabas y planeabas sobre los adoquines?

Sí, una gran perturbación puede empezar con algo tan simple como una botella vacía.

Seis meses después ya ha llegado a la casa de la cena, pero, en lugar de llamar al telefonillo, saca el móvil. Son las diez. No son

horas, menos aún la noche de la verbena, pero tiene que hacerlo ahora, hoy, porque es día 23: el número de los golpes de Estado. La bola de nieve ya es imparable.

Y le llama.

Faust se detiene en la misma gasolinera de polígono donde Ramona paró seis meses atrás, y mira el cielo cuajado de estrellas. Se le ocurre que quizá no lloverá nunca más, que el Ter se secará del todo y no solo morirán los peces, también las personas; ya no habrá agua que embalsar; perderá el trabajo. La idea de librarse del lastre familiar y de la presa le produce una alegría extraña, que se enturbia al ver un camión de mudanzas aparcado a pocos metros. ¿Adónde se mudaría él si se quedara sin trabajo? ¿De qué viviría? Se siente desamparado solo de imaginarlo. Debería sentirse libre, pero se siente desamparado e impotente, atrapado por la presa, que, pese a todo, le da sentido. Se siente estúpido por no estar a la altura de sus sueños.

Así que, después de llenar el depósito, se sube al coche y está a punto de abrir la tercera y última bolsa de patatas pestilentes cuando en el teléfono suena la primera nota de cuatro tiempos del impromptu de siempre, y duda si será algún periodista que llama para husmear sobre los peces muertos –segundo compás–, no, un periodista no llamaría la noche de la verbena por algo que en el fondo no le interesa a nadie –torbellino de corcheas–, ¿lo coge o no?, podría ser una emergencia: sus padres, Ripley, Navarro desde el móvil de otra persona: de hecho, él mismo ha llamado hoy desde otro número –cuarto compás–, o podría ser Dora –blancas, negras, corcheas–, el contestador saltará enseguida.

–¿Sí?

Y una voz áspera de mujer dice:

–¿Faust? ¿Faust Cortés?

–Yo mismo.

–Me llamo Ramona Ra, no nos conocemos, perdona que te llame, ya me imagino que debe de ser un mal momento, el peor de los mom...

–¿Ramona Ra? –repite él con incredulidad, y mira a su alrededor, como si alguien le estuviera gastando una broma.

–No nos conocemos, pero coincidimos hace medio año en el Parador de Sau, no creo que te acuerdes. Vamos, es imposible que...

–¿En el Parador de Sau? –dice él, que con el estupor solo es capaz de ser un eco de las palabras de ella.

–Sí, yo comía allí y tú también, y vaya, ahora te parecerá que soy una acosadora o una chiflada, pero es que, a ver, ¿cómo te lo diría?

Y los dos permanecen en silencio, quietos, anticiclónicos.

–¿Te estás quedando conmigo?

–No, no, qué va, perdona, iré al grano.

–Te recuerdo.

–¿Me recuerdas? –repite ella, y por la cabeza le pasan mil pensamientos: que el tipo es un enfermo, claro, por eso estudió Psicología, o que está tan desesperado por echar un polvo que es capaz de decirle cualquier cosa a una voz femenina desconocida; quizá llamarle haya sido un error–. ¿Cómo puedes recordarme si no sabes quién soy?

–Tengo buena memoria.

–¿Buena memoria?

–Después te vi en una entrevista en la tele o en el periódico, no sé –miente–, y até cabos. Eres muy alta y delgada. Y socióloga, ¿verdad? –se aventura a decir, y acto seguido se arrepiente: demasiados detalles, parecerá un obseso.

Ramona no sabe qué decir. Es como si la hubieran descubierto. Tiene esa desagradable sensación de falta de privacidad: que va por el mundo y la gente la observa sin que ella lo sepa, que un montón de desconocidos saben cosas de ella. Y como Ramona no dice nada, él:

–Pero ¿por qué me llamas?

–Mira, por casualidades que ahora no vienen al caso, me he enterado de que eres el jefe de la presa de Sau...

–Si es por lo de los peces, tienes que hablar con la central.

–¿Peces? ¿Qué peces?

–Ah, ¿no es por los peces? No lo entiendo, ¿de dónde has sacado mi teléfono?

–Es que en el parador conocí a Esteve, un pescador de Blanes que...

–¿Seguro que esto no es una broma?

–No, no, te lo juro. Es que quiero hacer una película sobre la sequía, bueno, es mucho más que sobre la sequía, y me gustaría quedar contigo para comentarlo.

–¿Conmigo, para comentarlo?

–Necesito documentarme. Y además quiero proponerte algo... Es una locura, ya lo sé, ¿eh?, pero en mi cabeza lo veo clarísimo, podríamos probarlo. Me gustaría dirigirla yo, la peli, pero antes tengo que levantar la pasta. Estaría a caballo entre la ficción y el documental. Querría que me explicaras cómo funciona todo en una presa. Ya sé que eso lo podría hacer cualquiera que trabajara en una presa, pero querría que fueras tú, porque..., es que me gustaría que..., quizá, bueno, para probarlo, eh, quiero decir que tampoco nos comprometemos a nada, tal vez sea un disparate...

Faust empieza a ponerse nervioso con tantos rodeos:

–¡Dilo ya!, ¿qué?

–Me gustaría que tú fueras el protagonista. Que hicieras de actor. Es que a mí las ficciones no me interesan, ¿sabes?, es material muerto, a mí lo que me atrae es la realidad, y ya lo sé, claro, ya sé que tú no eres...

–Sí –la corta Faust, o más bien la corta su cerebro, que sabe lo que le conviene mejor que él mismo.

–¿Cómo dices?

–He dicho que sí.

–Uau, ¿sí?

–¡Que sí, Ramona, que sí! –exclama como si le hubiera pedido matrimonio.

Se baja del coche y tira la bolsa de patatas a la basura, mientras Ramona sigue hablando al otro lado, entusiasmada, pero a él le cuesta escucharla, borracho como está de una alegría infantil y desmesurada. Pero ¿a quién le importa ahora la mesura? Oye un pitido en su cabeza, está aturdido. ¿Se va a desmayar? Los pensamientos se le agolpan, exultantes, desordenados, manan en tromba: las compuertas mentales han cedido y salen todos a borbotones, toneladas de pensamientos por segundo, ahora ahora ahora, inventar un futuro nuevo, deberías ser actor, tío, ¡ueicap!,

¡ueicap!, nunca has querido ejercer de psicólogo, ahora ahora ahora, qué bueno, lo has clavado, es que te cambia la cara, Faust, ahora ahora ahora, todas las películas que has visto, puedes inventarte otro futuro, otra vida, ahora ahora ahora, la posibilidad de convertirte en alguien distinto –todas las personas que somos, todas las personas que hemos sido, todas las personas que seremos: el niño que seguirás siendo el día que mueras–, ahora ahora ahora, todavía estás a tiempo de decirle que sí a Roger y celebrar la verbena en su casa, y adelgazaré, vaya que sí, la jodida Moreno no se lo creerá, ni Joana, cuando me vea en la pantalla de cine, ahora ahora ahora, el mundo es un lugar terrible, y, por muy duro que seas, es capaz de arrodillarte a golpes y tenerte sometido permanentemente si no se lo impides, los peces muertos, ¿y qué?, pintaré más y mejor, y venderé los cuadros, llévaselos de una vez a alguien que entienda para que les eche una ojeada, ahora ahora ahora, las ficciones no me interesan, dice, pero si todo son ficciones, yo tú ellos, lo que nos contamos, todo ficciones en nuestras cabezas, y el futuro también, una ficción más que nos contamos, las ficciones nos impulsan hacia delante y nos permiten creer en lo que todavía no existe y esa es la grandeza del ser humano, ahora ahora ahora, seré actor, puedo empezar poco a poco, delegaré más trabajo en Jofre y Salvi, me sé de memoria tantos gestos, tantos diálogos, podemos quedarnos aquí para que nos machaquen, o podemos luchar para abrirnos camino hacia la luz, ahora ahora ahora, haré un curso, pero mañana sacar peces muertos y esperar a que vuelva a llover, siempre vuelve a llover, siempre, esta vez no será distinto, y después.

Al otro lado del torrente de pensamientos, oye que ella dice:

–Me hace muchísima ilusión, de verdad. Nos llamamos con calma esta semana y me acerco a verte, Faust.

Y él solo dice:

–Ramona.

XXVI

–*Los páramos*, escena 26, 1, primera. ¡Clac!

–Y... –La vida se para en seco y espera la orden para volver a ponerse en marcha– ... ¡acción!

RAMONA

Para empezar deberíamos conocernos bien, o mejor dicho: muy bien.

FAUST

Lo que tú digas. Eres tú la que sabe.

RAMONA

No te creas, también es mi primera vez. Y para que no haya malentendidos:
nada de amor y nada de sexo.

FAUST

(*Horrorizado*.)
No, no, claro que no. ¿Cómo has podido pensar que...? Perdona, estoy nervioso. Es que...

RAMONA

No pasa nada. Venga, disparo yo.

Fuera cae un relámpago que lo ilumina todo.
Ha empezado el diluvio.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todos los que me habéis ayudado a dar verosimilitud a la novela: a Sergi Morilla, que me abrió las puertas de la presa de Sau y respondió todas mis preguntas intempestivas; a Xavi Arnau, que, con una franqueza difícil de encontrar, me habló de la vida que tenía cuando era obeso; a Ana Caparrós y Andreu Adrover, por confiarme los recuerdos del accidente; a Roger Vendrell, que me ilustró sobre meteorología incluso desde el Himalaya; a un señor de Barcelona, por darme la pista de *Camino cortado*; a Leticia Asenjo, por instruirme sobre la formación de los psicólogos; a Ramona, la vecina que me recoge demasiados paquetes, por darme ese nombre tan monumental; a Xavier Iribarren; a Jordi Souto.

A todos los que me habéis ayudado a pulir el libro: en especial, a Jordi, generosísimo, que me animó como nadie, a la imprescindible Rita, a Eva, a mis queridas agentes asteriscas, al formidable equipo de mi nueva editorial.

A los que me leéis, porque sin vosotros todo esto no sería posible.

A Melcior, por acompañarme en las alegrías y las tristezas de la escritura.

A mis hijos, por anclarme a la vida real.

Título de la edición original:
Els erms
Anagrama
Barcelona, 2026

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del
institut ramon llull

Ilustración: Jaume Palau practicando esquí acuático en el pantano de Sau / Club Nàutic Vic Sau

Primera edición: octubre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© Carlota Gurt Daví, 2026
Derechos negociados a través de Asterisc Agents
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433951878

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es